

ESTADOS UNIDOS EN GUERRA

Regresa el fantasma de Vietnam

INTER PRESS SERVICE

ESTADOS UNIDOS EN GUERRA
Regresa el fantasma de Vietnam

Kintto Lucas
Compilador

Colección Entre dos siglos



Abya-Yala
2001

ESTADOS UNIDOS EN GUERRA
Regresa el fantasma de Vietnam

© Inter Press Service

Compilador: Kintto Lucas

Primera edición
en español
2001

Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de octubre 14-30 y Wilson
Casilla: 17-12-719
Telfs.: 2 562633/2 506-267/2 506247
Fax: 2 506255/2506267
E-mail: editorial@abyayala.org
www.abayala.org
Quito-Ecuador

ISBN: 9978-04-742-5

Diseño de portada: Raúl Yépez

Autoedición: Martha Vinueza

Impresión: Producciones digitales Abya-Yala
Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, noviembre del 2001

ÍNDICE

Miradas

El teatro del Bien y el Mal, <i>Eduardo Galeano</i>	11
Estados Unidos después del trauma, <i>Joaquín Roy</i>	14
La sociedad abierta en la mira del terrorismo, <i>Mario Soares</i>	15
Enemigos creados por nosotros mismos, <i>Mark Sommer</i>	17
Una movilización preventiva mundial para evitar la catástrofe, <i>Luiz Inácio Lula da Silva</i>	20
Un discurso importante, <i>Mario Soares</i>	22
La opción ganadora de Bush, <i>Hazel Henderson</i>	25
El tribunal penal internacional es la sede para juzgar a Bin Laden ²⁷ <i>Emma Bonino</i>	27
¿Justicia infinita contra quién?, <i>Kintto Lucas</i>	29
Símbolos, <i>Eduardo Galeano</i>	33

Ajedrez geoestratégico

Política exterior de Estados Unidos es un generador de resentimiento, <i>Mushahid Hussain</i>	39
<i>Bin Laden, del caso Irán-Contras a la guerra con Estados Unidos, Kintto Lucas</i> ..	42
El petróleo impregna la guerra, <i>Ranjit Devraj</i>	45
Otra guerra por los precios del petróleo, <i>Andrés Cañizález</i>	48
Diplomacia de guerra, <i>Jim Lobe</i>	50
Las dudas aliadas, <i>Yojana Sharma</i>	52
La lección no aprendida de Pearl Harbour, <i>Jim Lobe</i>	55
Atentados cambian rumbo de globalización, <i>Gustavo González</i>	58
El dilema de Asia Oriental, <i>Tim Shorrock</i>	60
Impactos sobre Asia Meridional, <i>Mushahid Hussain</i>	63
Vuelve la guerra fría, <i>Ranjit Devraj</i>	66
Colin Powell en peligroso equilibrio, <i>Praful Bidwai</i>	68
China en un mundo de conflictos, <i>Antoaneta Bezlova</i>	71
Entre la espada y la pared, <i>Antoaneta Bezlova</i>	73
Apoyo a campaña antiterrorista acerca a dos rivales, <i>Antoaneta Bezlova</i>	76
Gobierno de Japón impulsa colaboración militar con Estados Unidos, <i>Suwendrini Kakuchi</i>	78

Estados Unidos se acerca al régimen represor de Uzbekistán, <i>Jim Lobe</i>	80
Venta de armas a cambio de apoyo a guerra, <i>Thalif Deen</i>	83
Guerra antiterrorista fomenta compra de armas, <i>Thalif Deen</i>	85
Un nuevo paisaje geopolítico mundial, <i>Jim Lobe</i>	87
Asia Central gana un súbito valor estratégico, <i>Abid Aslam</i>	90
El enemigo de mi enemigo puede ser mi amigo, <i>Jim Lobe</i>	93
Sudán, de enemigo a colaborador, <i>Jim Lobe</i>	96
Los cañones también apuntan a Iraq, <i>Jim Lobe</i>	99
Iraq es la tentación de Estados Unidos, <i>Jim Lobe</i>	101
Demócratas y republicanos unidos para la guerra, <i>Jim Lobe</i>	104
El antiterrorismo llegó para quedarse, <i>Jim Lobe</i>	107
El dilema de los gobernantes musulmanes, <i>Emad Mekay</i>	110
Flaquea apoyo de países islámicos a Washington, <i>Marwaan Macan-Markar</i>	112
Siria condicionó su apoyo a campaña antiterrorista, <i>George Baghdadi</i>	114
Siria reacciona ante presión de Estados Unidos, <i>George Baghdadi</i>	116
Siria al Consejo de Seguridad de la ONU, <i>George Baghdadi</i>	118
Israel separa a Siria y Estados Unidos, <i>George Baghdadi</i>	120
Blair quiere amplios poderes contra el terrorismo, <i>Samanta Sen</i>	122
Guerra aumenta incertidumbre en Palestina e Israel, <i>Ben Lynfield</i>	124
Palestina, entre la guerra santa y la intifada, <i>Ferry Biedermann</i>	127
La odisea de los trabajadores palestinos en Israel, <i>Ben Lynfield</i>	129
Islamabad se distancia de talibanes, <i>Muddassir Rizvi</i>	131
Minoría árabe, entre la discriminación y la represión, <i>Ben Lynfield</i>	133
La guerra santa se globaliza, <i>Tito Drago</i>	135
Líbano teme ser el segundo objetivo de Estados Unidos, <i>Kim Ghattas</i>	137
Los pobres pagarán factura de atentados, <i>Marwaan Macan-Markar</i>	139
Estados Unidos presiona al mundo árabe, <i>George Baghdadi</i>	141
Una encrucijada de intereses políticos y recelo, <i>N. Janardhan</i>	144
Moscú teme represalias de musulmanes chechenos, <i>Sergei Blagov</i>	148
Se busca a un enemigo no identificado, <i>Jim Wurst</i>	149
Por un lugar en la guerra contra el terrorismo, <i>Thalif Deen</i>	152
Ofensiva de Estados Unidos altera panorama político de Asia <i>Mushahid Hussain</i>	154
El costo geopolítico de la alianza con Washington, <i>Mushahid Hussain</i>	157
Los riesgos de apoyar un ataque contra Afganistán, <i>Nadeem Iqbal</i>	160
Graves riesgos y una oportunidad, <i>Mushahid Hussain</i>	163
Recompensas por apoyar a Estados Unidos, <i>Mushahid Hussain</i>	166
Purga en el ejército de Paquistán, <i>Nadeem Iqbal</i>	168
Muertos en protestas contra Estados Unidos, <i>Muddassir Rizvi</i>	170
Putin busca protagonismo en el nuevo escenario, <i>Yojana Sharma</i>	174
Rusia renuente a participar en ataque a Afganistán, <i>Sergei Blagov</i>	177

Annan preocupado ante eventual ampliación de ofensiva de EEUU	
<i>Thalif Deen</i>	180
Banco Mundial reacciona ante la recesión mundial, <i>Emad Mekay</i>	182
Vía rápida aplazada en el Congreso estadounidense, <i>Jim Lobe</i>	184
Irrumpe la palabra “terrorismo”, <i>Tito Drago</i>	187
Ni el gasto militar podrá con la recesión, <i>Emad Mekay</i>	189
El fantasma de Vietnam recorre Afganistán, <i>Jim Lobe</i>	191
Inter Press Service.....	195

MIRADAS

El teatro del bien y el mal

EDUARDO GALEANO

Escritor uruguayo. Columnista de IPS.

En la lucha del Bien contra el Mal, siempre es el pueblo quien pone los muertos.

Los terroristas han matado a trabajadores de cincuenta países, en Nueva York y en Washington, en nombre del Bien contra el Mal. Y en nombre del Bien contra el Mal el presidente Bush jura venganza: “Vamos a eliminar el Mal de este mundo”, anuncia.

¿Eliminar el Mal? ¿Qué sería del Bien sin el Mal? No sólo los fanáticos religiosos necesitan enemigos para justificar su locura. También necesitan enemigos, para justificar su existencia, la industria de armamentos y el gigantesco aparato militar de Estados Unidos. Buenos y malos, malos y buenos: los actores cambian de máscaras, los héroes pasan a ser monstruos y los monstruos héroes, según exigen los que escriben el drama.

Eso no tiene nada de nuevo. El científico alemán Werner von Braun fue malo cuando inventó los cohetes V-2, que Hitler descargó sobre Londres, pero se convirtió en bueno el día en que puso su talento al servicio de Estados Unidos. Stalin fue bueno durante la Segunda Guerra Mundial y malo después, cuando pasó a dirigir el Imperio del Mal. En los años de la guerra fría escribió John Steinbeck: “Quizá todo el mundo necesita rusos. Apuesto a que también en Rusia necesitan rusos. Quizá ellos los llaman americanos.” Después, los rusos se abuenaron. Ahora, también Putin dice: “El Mal debe ser castigado.”

Saddam Hussein era bueno, y buenas eran las armas químicas que empleó contra los iraníes y los kurdos. Después, se *amaló*. Ya se llamaba Satán Hussein cuando los Estados Unidos, que venían de invadir Panamá, invadieron Irak porque Irak había invadido Kuwait. Bush padre tuvo a su cargo esta guerra contra el Mal. Con el espíritu humanitario y compasivo que caracteriza a su familia, mató a más de cien mil iraquíes, civiles en su gran mayoría.

Satán Hussein sigue estando donde estaba, pero este enemigo número uno de la humanidad ha caído a la categoría de enemigo número dos. El flagelo del mundo se llama ahora Osama Bin Laden. La Agencia Central de Inteligencia (CIA) le había enseñado todo lo que sabe en materia de terrorismo: Bin Laden, amado y armado por el gobierno de Estados Unidos, era uno de

los principales “guerreros de la libertad” contra el comunismo en Afganistán. Bush Padre ocupaba la vicepresidencia cuando el presidente Reagan dijo que estos héroes eran “el equivalente moral de los Padres Fundadores de América”. Hollywood estaba de acuerdo con la Casa Blanca. En estos tiempos, se filmó *Rambo 3*: los afganos musulmanes eran los buenos. Ahora son malos malísimos, en tiempos de Bush Hijo, trece años después.

Henry Kissinger fue de los primeros en reaccionar ante la reciente tragedia. “Tan culpable como los terroristas son quienes les brindan apoyo, financiación e inspiración”, sentenció, con palabras que el presidente Bush repitió horas después.

Si eso es así, habría que empezar por bombardear a Kissinger. Él resultaría culpable de muchos más crímenes que los cometidos por Bin Laden y por todos los terroristas que en el mundo son. Y en muchos más países: actuando al servicio de varios gobiernos estadounidenses, brindó “apoyo, financiación e inspiración” al terror de Estado en Indonesia, Camboya, Chipre, Irán, África del Sur, Bangladesh y en los países sudamericanos que sufrieron la guerra sucia del Plan Cóndor.

El 11 de septiembre de 1973, exactamente 28 años antes de los fuegos de ahora, había ardido el palacio presidencial en Chile. Kissinger había anticipado el epitafio de Salvador Allende y de la democracia chilena, al comentar el resultado de las elecciones: “No tenemos por qué aceptar que un país se haga marxista por la irresponsabilidad de su pueblo.”

El desprecio por la voluntad popular es una de las muchas coincidencias entre el terrorismo de Estado y el terrorismo privado. Por poner un ejemplo, la ETA, que mata gente en nombre de la independencia del País Vasco, dice a través de uno de sus voceros: “Los derechos no tienen nada que ver con mayorías y minorías.”

Mucho se parecen entre sí el terrorismo artesanal y el de alto nivel tecnológico, el de los fundamentalistas religiosos y el de los fundamentalistas del mercado, el de los desesperados y el de los poderosos, el de los locos sueltos y el de los profesionales de uniforme. Todos comparten el mismo desprecio por la vida humana: los asesinos de los cinco mil quinientos ciudadanos triturados bajo los escombros de las Torres Gemelas, que se desplomaron como castillos de arena seca, y los asesinos de los doscientos mil guatemaltecos, en su mayoría indígenas, que han sido exterminados sin que jamás la tele ni los diarios del mundo les prestaran la menor atención. Ellos, los guatemaltecos, no fueron sacrificados por ningún fanático musulmán, sino por los militares terroristas que recibieron “apoyo, financiación e inspiración” de los sucesivos gobiernos de Estados Unidos.

Todos los enamorados de la muerte coinciden también en su obsesión por reducir a términos militares las contradicciones sociales, culturales y nacionales. En nombre del Bien contra el Mal, en nombre de la Única Verdad, todos resuelven todo matando primero y preguntando después. Y por ese camino terminan alimentando al enemigo que combaten. Fueron las atrocidades de Sendero Luminoso las que en gran medida incubaron al presidente Fujimori, que con considerable apoyo popular implantó un régimen de terror y vendió el Perú a precio de banana. Fueron las atrocidades de Estados Unidos en Medio Oriente las que en gran medida incubaron la guerra santa del terrorismo de Alá.

Aunque ahora el líder de la Civilización esté exhortando a una nueva Cruzada, Alá es inocente de los crímenes que se cometen en su nombre. Al fin y al cabo, Dios no ordenó el holocausto nazi contra los fieles de Jehová, y no fue Jehová quien dictó la matanza de Sabra y Chatila ni quien mandó expulsar a los palestinos de su tierra. ¿Acaso Jehová, Alá y Dios, a secas, no son tres nombres de una misma divinidad? Una tragedia de equívocos: ya no se sabe quién es quién. El humo de las explosiones forma parte de una mucho más enorme cortina de humo que nos impide ver. De venganza en venganza, los terrorismos nos obligan a caminar a los tumbos. Veo una foto, publicada recientemente; en una pared de Nueva York alguna mano escribió: “Ojo por ojo deja al mundo ciego”.

La espiral de la violencia engendra violencia y también confusión: dolor, miedo, intolerancia, odio, locura. En Porto Alegre, a comienzos de este año, el argelino Ahmed Ben Bella advirtió: “Este sistema, que ya enloqueció a las vacas, está enloqueciendo a la gente.” Y los locos, locos de odio, actúan igual que el poder que los genera.

Un niño de tres años, llamado Luca, comentó en estos días: “El mundo no sabe dónde está su casa.” Él estaba mirando un mapa. Podía haber estado mirando un noticiero.

Estados Unidos después del trauma

JOAQUÍN ROY

Catedrático de Relaciones Internacionales de la Universidad de Miami. Columnista de IPS.

Hace una década, con el colapso de la Unión Soviética (todos, en los Estados Unidos y en Europa), nos las prometíamos muy felices. Era, para usar el tópico de Fukuyama, el fin de la historia.

En realidad, se creía que se habían terminado las ideologías que habían atenazado al mundo en el anterior siglo, que se cerraba con una década de anticipación. La globalización, por su parte, se prestaba a tomar posiciones en un planeta feliz presidido por el libre comercio y la bondad de la democracia liberal. Era, en suma, un mundo idílico. Pero sucedió que casi todos los fantasmas del pasado se resistían a abandonar la escena.

Algunos de los jinetes del Apocalipsis salían de las cloacas donde aparentemente se habían refugiado, al menos en el llamado mundo occidental, ante la tenaz resistencia del sistema gracias al paraguas nuclear de la OTAN y la protección de la modesta pero eficaz Comunidad Europea.

De repente, el racismo y el fascismo, el fanatismo y las más extremas ideologías regresaban a las barricadas y se encargaban de recordarle a la opulenta Europa que en sus arrabales podían recrear todas las pesadillas del pasado. El aviso fue en Yugoslavia. Pero en el corazón del imperio, y por sinrazones diferentes, los enemigos internos, insatisfechos por el multiculturalismo que amenazaba una pretendida pureza de sangre norteamericana, atacaban por su cuenta. Oklahoma fue otro aviso, a la americana. Se creía que con la ejecución del aparente solitario nativista se había terminado con la rabia.

En el exterior era otra cosa. Las embajadas de los Estados Unidos se convertían en fortalezas. Kenya y Sudán engrosaron las listas de advertencias. Pero el sistema seguía incólume, sin apenas inmutarse. El Oriente Medio se desangraba, pero entraba dentro de lo normal. Era la pelea de siempre entre judíos y palestinos.

Huntington y su pretendido choque de civilizaciones no se tomaban en serio. Su tesis se intuía, no sin razón, como una excusa del llamado complejo industrial-militar para engrosar las arcas de las compañías a las órdenes del Pentágono. Y llegó la tragedia.

La dimensión del trauma rebasa todo lo imaginable y de ahí que sea virtualmente imposible predecir las consecuencias, pero hay que intentarlo.

Entre lo posible destaca el endurecimiento del sistema de protección estatal, con la consiguiente erosión de los derechos civiles. No se descartan ni los registros domiciliarios ni las escuchas telefónicas. Por supuesto, el uso de Internet sufrirá una drástica regulación. El múltiple atentado dará pie a los abogados del sistema antimisiles para seguir adelante. Las suspicacias ante la inmigración descontrolada oscurecerán el ambiente.

A la larga, el mundo en general deberá encajar el golpe como contra sus propios intereses y no cometer el error garrafal de creer que esto es un ataque selectivo contra los Estados Unidos. Es contra todas las normas civilizadas. El mundo comprenderá el peso de la púrpura del gobierno y el pueblo norteamericano, desgraciadamente y erróneamente identificados como enemigos de la humanidad.

Al final, a mediano plazo, se espera, la cordura se deberá imponer y las fuerzas internas de la sociedad norteamericana sabrán equilibrar la situación entre la histeria y la sangre fría.

Paradójicamente, el famoso artículo 5 del tratado de la OTAN se convierte ahora en eficaz: un ataque contra un Estado miembro debe ser interpretado como lanzado contra todos. Y este no es un atentado solamente contra los Estados Unidos, por mucho simbolismo que Wall Street y el Pentágono tengan en la imaginería mundial.

Es la hora de la acción coordinada. Ahí se revelará la verdadera altura de los dirigentes. Los norteamericanos deberán actuar con energía y con calma; en el exterior se deberá ofrecer el apoyo sin fisuras.

La sociedad abierta en la mira del terrorismo

MARIO SOARES

Presidente de Portugal entre los años 1986 y 1996. Columnista de IPS.

Aún es temprano para sacar todas las consecuencias de la increíble tragedia ocurrida en los Estados Unidos el martes 11 de setiembre. Las imágenes son horribles y no se borran de nuestra memoria. Se ha escrito con razón que todo cambiará en Estados Unidos y en el mundo después de los terribles ataques suicidas que costaron la vida a millares de víctimas indefensas y golpearon puntos neurálgicos y simbólicos del poder norteamericano: el financiero, el militar y el político.

Es importante destacar que la Unión Europea manifestó su solidaridad con Estados Unidos como si ella misma hubiera recibido los ataques. Y puede decirse que fue así, ya que se trató de una ofensiva contra los valores de las sociedades abiertas occidentales asestada en el punto más doloroso, precisamente en Norteamérica, considerada invulnerable en el interior de sus fronteras.

Vivimos en un mundo desregulado en el que la criminalidad organizada cuenta con ingentes recursos monetarios y tiene la capacidad de insertar su “dinero sucio” en los circuitos financieros internacionales. Con tantos medios a su disposición procura extender su influencia sobre los medios de comunicación y las esferas políticas. Este designio criminal se ve facilitado por la avidez del lucro fácil y especulativo que corroe los valores éticos que deberían orientar a las sociedades abiertas.

La tremenda señal de alarma que representó para millones de seres humanos en todo el planeta el horror del ataque a los torres gemelas del World Trade Centre y al cuartel general del Pentágono, tal vez sirva para que se vuelva evidente la necesidad urgente de hacer prevalecer una verdadera cultura de paz y un orden internacional más justo y regulado, de acuerdo con los valores y las normas del derecho internacional y en el marco de las Naciones Unidas.

En las sociedades abiertas lo que más importa es la opinión pública. No existe un pilar más eficaz para sostener la acción de los gobiernos. Se está comenzando ahora a esbozar una opinión pública global que es preciso saber escuchar. Como lo demuestra la tragedia que acabamos de vivir, se trata de un fenómeno nuevo que está emergiendo en la primera línea de seguridad de las sociedades libres.

El conflicto entre israelíes y palestinos, que ha terminado por deslizarse hacia formas de violencia de enorme crueldad, puede haber alimentado algunos de los odios que hoy vemos desencadenados. No es posible pensar que los terroristas eligieron por casualidad como objetivo a Nueva York, la metrópolis en la que la comunidad judía es más fuerte.

Cabe preguntarse si los Estados Unidos y la Unión Europea habrán hecho todo lo que estaba a su alcance para poner fin al conflicto en el Medio Oriente fortaleciendo a los partidarios de la paz que se encuentran en los dos campos. La violencia de los halcones es contagiosa, pero está probado que no lleva a ninguna parte.

Con esto quiero significar que en las sociedades abiertas nadie está suficientemente protegido contra la violencia. No existen sistemas de seguridad ni estados superpoliciales que nos puedan poner a salvo. La violencia debe ser atacada en sus orígenes —que es preciso identificar— y no sólo en sus efectos

perversos. La represión pura y simple, sobre todo si se aplica ciegamente, sólo servirá para hacer más dramática la situación. Tal es lo que sucederá si se adoptan medidas de seguridad sin el debido criterio.

Es de esperar que los Estados Unidos y la Unión Europea, con autonomía estratégica pero coordinadamente, sepan hallar y consolidar los caminos de la paz mediante un mayor respeto de los derechos humanos y una mayor vigencia de los principios democráticos. La libertad nace en la conciencia de las personas y no la favorece un endurecido sistema de seguridad o barreras policiales más elevadas. Lo mismo puede decirse de la confianza en el futuro, tan importante para una nación que, como los Estados Unidos, se encuentra hoy en día al borde de la recesión.

Enemigos creados por nosotros mismos

MARK SOMMER

Director del Mainstream Media Project, iniciativa con sede en Estados Unidos para llevar nuevas voces a los medios de comunicación. Columnista de IPS.

Al final, los que secuestraron los cuatro aviones que torpedearon al World Trade Center y al Pentágono serán aprehendidos, sometidos a juicio y encarcelados. Finalmente, también, se le echará la culpa (sea ello exacto o no) a las mentes que dirigieron esos actos criminales.

Pero establecer definitivamente la culpabilidad, y por lo tanto conseguir verdadera justicia, seguirá siendo tremendamente difícil. No sólo porque, al contrario de anteriores enemigos, éste es tan invisible como ubicuo debido a que está muy dentro de nuestras almas y también porque es indeseable. Asimismo, es un producto de nuestras propias acciones y creencias así como de las suyas propias. El aspecto más inquietante de los hechos del 11 de setiembre es que nosotros, los estadounidenses, estamos ineludiblemente implicados en un crimen horrible que al menos en parte nos lo hemos autoinfligido.

En su esencia, el ataque al World Trade Center -y los actos terroristas que inevitablemente seguirán a la represalia estadounidense- es la salva inicial en una lucha despiadada entre los todopoderosos y los completamente impotentes. Es, según el presidente George W. Bush y sus aliados europeos nunca se cansan de decir, una lucha entre la democracia y la tiranía, entre la civilización y el terrorismo. Pero aquellos que están del lado de la democracia y de la

civilización no están necesariamente ubicados en la Casa Blanca o en Whitehall, y quienes participan en manifestaciones por las calles no son primariamente anarquistas ni terroristas sino ciudadanos que buscan reinstalar las tradiciones democráticas que les han sido robadas por quienes se quieren hacer pasar como los salvadores de la civilización.

Las desigualdades en materia de riqueza y poder siempre han afectado a la humanidad, pero nunca han sido tan obvias y extremas como ahora. Alimentándose con una dieta televisiva de excesos materiales y violencia, miles de millones de personas que viven con un dólar al día se han vuelto dolorosamente conscientes de la existencia de quienes ganan mil dólares al minuto y de la imperdonable disparidad entre los destinos de éstos y los suyos. Estas atroces diferencias provocan resentimiento y si tales desigualdades no son enfrentadas con determinación, quienes tienen algo que perder se condenan a ellos mismos a una vida de interminable inseguridad causada por quienes no tienen nada que perder.

Pero el terrorismo no es el único enemigo al que han ayudado a crear nuestras propias acciones. El cambio climático, la inestabilidad económica, la degradación del ambiente, la bio-invasión y la reaparición de enfermedades que creíamos vencidas, como la tuberculosis y la malaria, se han convertido ahora en enemigos mucho más amenazadores que los que las naciones-estados que nosotros rutinariamente presentamos como demonios. Y ninguno de esos enemigos puede ser derrotado por medios militares convencionales o incluso no convencionales. Hasta el todopoderoso Pentágono resulta irremediablemente incapaz ante cualquiera de las más temibles amenazas que ahora enfrentamos.

¿Para qué serviría desplegar un escudo antimisiles si de lo que debemos defendernos es de los tremendos huracanes o de las grandes inundaciones que nos azotan desde hace un siglo? ¿Podría un bombardero espacial aniquilar al SIDA, al ébola o al virus del Nilo Occidental? En verdad, cada dólar o rupia gastado en armamentos anacrónicos para defenderse de enemigos en gran parte imaginarios es un dólar o una rupia menos para defendernos contra las rápidamente convergentes amenazas planteadas por descuidadas acciones humanas.

Esa es la mala noticia: estamos luchando contra el enemigo equivocado y con armas equivocadas. De hecho, luchamos contra quienes deberían ser nuestros aliados con armas que están demoliendo los cimientos de nuestro futuro bienestar. Pero las buenas noticias proceden directamente de las malas. Porque aunque somos los agentes de nuestra propia perdición, somos también, potencialmente, nuestros propios y mejores salvadores. Así como nues-

tros propios y peores enemigos, somos también nuestros propios y más efectivos aliados.

Los enemigos que ahora enfrentamos son tan poderosos, tan impersonales en su aspecto y tan ineludibles en sus impactos que nos golpearán tanto a todos por separado como a todos juntos. La misma emocionante unidad con la cual los estadounidenses, sus aliados y adversarios respondieron inmediatamente tras la conmoción provocada por los ataques al World Trade Center tiene el potencial para juntarnos a todos a fin de enfrentar colectivamente a las catástrofes naturales, financieras y sociales que nos están esperando. Porque es cuando están más sometidos a grandes presiones que los seres humanos se muestran más capaces de autosacrificio y de actuar en favor del bien común.

Sin embargo, tales respuestas no están en modo alguno aseguradas, especialmente cuando una inicial efusión de generosidad es luego reemplazada por una “fatiga de compasión”. Tampoco hemos nunca, hasta ahora, experimentado los desastres simultáneos con que probablemente nos castigarán combinaciones de graves disturbios climáticos, degradación ambiental y apuros económicos. Porque estamos entrando en una era de inestabilidad crónica, en la que las placas tectónicas que se extienden debajo de lo que pensamos sea la condición “normal” y permanente del planeta cambien de posición y choquen entre ellas de modo imprevisible y desconcertante.

Ninguna de estas pesadillas es ineludible. La esperanza subsiste porque nosotros tenemos en nuestras mismas manos los medios para nuestra propia salvación. Pero para salvarnos a nosotros mismos debemos primero reconocer que nuestro peor enemigo no es “el otro” -sea él árabe, judío, estadounidense o chino- sino nuestra trágicamente equivocada creencia de que hay “un otro”. Lo que hay en realidad es un “nosotros” en este solitario universo y, nos guste o no, somos completamente responsables de nuestros destinos. Nuestra mejor defensa contra los enemigos que ahora enfrentamos es la de mirarnos en el espejo y de hacer la paz con lo que veamos en él. Armados con tal entendimiento nos transformaremos en los guerreros del espíritu que necesitamos ser para superar los titánicos desafíos que nos hemos planteado a nosotros mismos como especie.

Una movilización preventiva mundial para evitar la catástrofe

LUIZ INÁCIO "LULA" DA SILVA

Ex candidato a la presidencia de Brasil y presidente honorario del Partido de los Trabajadores (PT).

El 11 de septiembre del 2001 señalará para siempre un momento trágico en la historia de la humanidad. Los atentados terroristas cometidos ese día en Estados Unidos merecen un repudio absoluto, así como el pueblo norteamericano merece la más irrestricta solidaridad de todos los pueblos y los gobiernos del mundo.

Aquí en el Brasil nosotros estábamos conmovidos desde la noche anterior (guardadas las diferencias de significado y proporción entre los hechos), debido al bárbaro asesinato del alcalde de Campinas, Antonio da Costa Santos. Hay un nexo fundamental entre las dos tragedias: el terrorismo y la violencia ciega como medios inaceptables de acción política y el igualmente inadmisibles sacrificio de vidas humanas.

Estados Unidos, con el apoyo de todos los países del mundo, tiene el deber y el derecho de esclarecer las circunstancias en las que se perpetraron los atentados, identificar a los responsables de su organización y ejecución, aprehenderlos y llevarlos a la justicia para que paguen ejemplarmente por los crímenes que cometieron. Nadie debe dejar de prestarle solidaridad en su búsqueda de justicia y reparación.

La gravedad de la tragedia y la profunda conmoción que viven los norteamericanos se irradia internacionalmente y agranda considerablemente los riesgos de que se adopten represalias generalizadas, de venganza y de terrorismo de estado por parte del gobierno de Washington. Se habla de guerra y hasta de "barrer" países del mapa. Pero la violencia sólo generará más violencia y más víctimas, en una escalada incontrolable.

Es preciso actuar a partir de conclusiones comprobadas de los hechos, dentro de la ley y de los acuerdos internacionales, y con la participación de las Naciones Unidas. Los estados democráticos no pueden y no deben permitir que sus acciones y sus métodos se confundan con los de los criminales terroristas.

Es necesario reflexionar profundamente y comportarse en modo positivo ante esta grave situación. Si no actuamos prontamente corremos el peligro de pagar aún más caras las consecuencias de estas bárbaras agresiones. Se requiere un esfuerzo grandioso para que las fuerzas democráticas y humanistas de todo el planeta se hagan escuchar con rapidez.

Las sociedades civiles organizadas, las instituciones internacionales, los gobiernos, los partidos políticos y los ciudadanos y las ciudadanas de todos los países deben movilizarse y hallar los medios de manifestarse en una reacción preventiva mundial para tratar de evitar que sobrevenga lo peor. La enorme tragedia ocurrida en Estados Unidos no debe dar lugar a nuevas tragedias en otros escenarios. Otra razón que justifica la necesidad de una reacción preventiva mundial deriva de algunas incitaciones que están comenzado a circular destacadamente en la prensa nacional e internacional. Se trata de declaraciones que apuntan a la adopción de medidas discriminatorias, autoritarias y antidemocráticas por parte de gobiernos de algunos países.

En nombre del combate frontal al terrorismo, que puede atacar de sorpresa, escondido detrás de las apariencias más inocentes, tiende a prevalecer la idea de que todos son sospechosos y algunos más sospechosos que otros. Los prejuicios y los incentivos a la xenofobia tienden a fomentar prevenciones y discriminaciones en contra de determinadas comunidades étnicas y de adeptos de algunas religiones.

La historia enseña que de tales tipos de cultura no nacen buenos frutos. Por el contrario: se multiplican los actos de violencia obcecada, individuales y colectivos, aumentando el odio y los casos de injusticia en las sociedades. En el Brasil, el gobierno se expresó de manera inapropiada en relación a eventuales actitudes que los Estados Unidos puedan adoptar en respuesta a los atentados. Defendió el alineamiento automático y el compromiso previo con posibles reacciones del gobierno de Washington que podrían ser desastrosas. Las fuerzas democráticas y populares brasileñas no pueden caer en esa trampa.

Deben promover la realización de grandes manifestaciones a favor de la paz y de la democracia, en contraposición al espíritu de guerra y de autoritarismo que se pretende hacer prevalecer en el mundo.

Con estos atentados terroristas se vuelven a plantear en este nuevo siglo asuntos esenciales para toda la humanidad: o más democracia y solidaridad globales, o más barbarie.

Nuestro camino es y continuará siendo el de la democracia, la justicia y la paz: para Brasil y para todos los pueblos de la tierra.

Un discurso importante

MARIO SOARES

Presidente de Portugal entre los años 1986 y 1996. Columnista de IPS.

Diez días después del horror y de la tragedia que conmovió a Norteamérica y al mundo entero, hemos asistido al discurso de George W. Bush ante el Congreso, en el que trazó, finalmente, un cuadro de la situación y declaró la guerra total al terrorismo en sus diferentes formas y a los países que lo albergan o lo impulsan.

Por primera vez, desde los atentados contra Nueva York y Washington, el presidente norteamericano hizo un discurso consistente, bien construido y fuerte. Sin embargo, el discurso de Bush no dejará de levantar algunas dudas y perplejidades ante los aliados de Estados Unidos y en la opinión pública norteamericana y europea.

Creo que será oportuno destacar algunas de las orientaciones que se derivan del discurso de Bush, puesto que la guerra total al terrorismo parece ya haber sido declarada y ya se están desplazando hacia el teatro posible de las operaciones -una vez más el golfo Pérsico- aviones, barcos de guerra, portaaviones y tropas especiales de intervención. ¿Quiere esto decir que estamos en la perspectiva de iniciar una tercera guerra mundial, como algunos dicen? No me lo parece. Por el momento, se trata sólo de una “guerra contra el terrorismo”, dondequiera que se encuentren sus bases y santuarios, hasta su erradicación final. Este es el objetivo proclamado.

Con todo, Afganistán, Pakistán, Líbano e Irak -citados significativamente por Bush como ejemplos de países árabes que dan protección a grupos terroristas, aunque no relacionados con la red de Bin Laden-, están obviamente en el punto de mira de la operación Justicia Infinita (¡nombre muy poco afortunado!) que está en curso.

Así, si no se actúa con mucho sentido de la responsabilidad y de la contención -y si la prisa de los “halcones” no se revela más fuerte que la prudencia de los que conocen la complejidad de las cosas-, las operaciones militares que afectarían a estos países (téngase en cuenta que Irak continúa siendo, regularmente, bombardeado por Estados Unidos y por Gran Bretaña) pueden unir al mundo árabe y desencadenar, ahora sí, una guerra que podría acabar siendo más o menos global.

Bush habló de los árabes norteamericanos y del respeto que le merece la religión islámica, que como todas las grandes religiones monoteístas trabaja en favor de la paz. Fue importante. Dijo querer -y menos mal-, para el gran frente contra el terrorismo que busca formar, a los países árabes llamados “moderados”, aliados tradicionales de Estados Unidos aunque casi todos están lejos de ser democracias efectivas. Pero, ¿cómo va a articularse ese “frente”, que en principio debería integrar a la Confederación Rusa y a China (que empiezan a anunciar algunas reticencias y perplejidades), así como a la Unión Europea, los restantes países europeos, India, Japón, Indonesia y otros países del mundo? Es extraño que no haya habido referencias, en el discurso de Bush, a la ONU, la única organización internacional con legitimidad para asegurar la paz en el mundo y que siempre se ha pronunciado contra el terrorismo, en todas sus manifestaciones.

Por otro lado, Bush citó a Israel, un país que muchos quieren que desaparezca del mapa de Oriente Medio -según dijo-, pero cuyo conflicto palestino-israelí, dominado en los últimos meses por los “halcones” de ambos campos, se ha agravado, contribuyendo poderosamente a la radicalización de las tensiones en Oriente Medio, dando así indirectamente un estímulo al fanatismo islámico. Por alguna razón, Bin Laden está considerado un héroe por gran parte de los pueblos de esa región. ¿Intenta Norteamérica ayudar a encontrar el camino de la paz entre Israel y la Autoridad Nacional Palestina? Sería muy importante que lo hiciera, pasando por encima de lo que imagino que serán las tremendas presiones del “lobby” judío de Estados Unidos, porque sería una buena forma de reagrupar en el “frente contra el terrorismo” a los países árabes moderados.

George W. Bush dijo en su discurso que “la guerra contra el terrorismo” requiere paciencia, porque será larga, y requiere también sacrificios. Porque esta vez no se podrá disminuir el número de soldados desplazados, si se quiere desalojar a los terroristas de sus refugios. Es cierto que al terrorismo se lo vence con información, sabiendo lo que piensan, lo que proyectan y sienten los que arriesgan su vida como kamikazes. Obtener esa información, objetiva y detallada, no es tarea fácil, pero es esencial para no cometer errores fatales.

Por lo demás, Norteamérica tiene que defenderse de nuevos ataques eventuales, dado que se considera probable que se puedan repetir a corto plazo. Los servicios secretos norteamericanos han fracasado en toda la línea y por eso el presidente pudo decir -y se comprende- que ha sucedido algo que nunca debería haber pasado. ¿Cómo se podrá pasar a la nueva etapa que empieza sin caer en la paranoia de la seguridad ante un enemigo que no se sabe quién es ni de dónde viene, vigilando al mismo tiempo para que la necesaria segu-

ridad no ponga en peligro las reglas básicas de una sociedad libre como la norteamericana, el respeto de los derechos humanos y la intimidad de cada ciudadano?

El presidente Bush habló asimismo, en el discurso que vengo comentando, de que el combate ha de ser llevado a cabo también en el campo de la economía y de las finanzas. Este es un terreno sumamente complejo. Estados Unidos rozaba la recesión antes del 11 de septiembre. Los acontecimientos de ese martes negro no facilitarán las cosas, ni para Estados Unidos ni para Europa. Las bolsas mundiales van a la baja. ¿Se dispondrá de un proyecto, inspirado en las recetas de Keynes, para inyectar el dinero necesario en las obras de reconstrucción y en ayuda a las industrias en crisis? En una sociedad que está dirigida por el neoliberalismo, como lo es la actual, resulta difícil imaginar que esto suceda.

No obstante, existe otro aspecto que hay que destacar: las operaciones de bolsa que se dice que Bin Laden hizo antes y después de los ataques, jugando con las propias armas de los especuladores de las bolsas norteamericanas y europeas. Armas éstas mucho más destructoras a largo plazo -si se dispone de una regulación financiera internacional- que las utilizadas por los kamikazes con los aviones de las líneas comerciales norteamericanas. ¿Cómo se podrá evitar que la introducción del dinero negro anónimo en los flujos financieros internacionales, también éstos sin rostro, sigan poniendo en peligro las sociedades libres, fundadas en la justicia y el derecho?

He presentado un conjunto de interrogantes suscitadas por el discurso de Bush ante el Congreso de Estados Unidos. Norteamérica, en la crisis de 1929, tuvo necesidad de un Franklin Roosevelt al frente de su destino. ¿Tendrá George W. Bush la envergadura para convertirse en un Roosevelt de esta hora? Con frecuencia, las grandes ocasiones hacen a los grandes hombres. Veremos...

La opción ganadora de Bush

HAZEL HENDERSON

Ensayista y consultora en desarrollo sostenible. Su último libro es "Más allá de la globalización: modelando una economía global sostenible". Columnista de IPS.

Muchos escollos y peligros políticos le han sido señalados al presidente George W. Bush mientras su equipo se ocupa en articular una respuesta al terrible ataque del martes 11. Entre esas advertencias se incluye la necesidad de evitar cualquier rápida represalia con el uso de la fuerza que pudiera causar la muerte de más civiles.

Afganistán es ya un yermo de pobreza, sequía y sufrimientos, mientras que los campamentos de Osama Bin Laden son móviles y difíciles de detectar. Reclutar aliados y alinear a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) para una nueva cruzada llevaría a otra serie de divisiones del tipo de "nosotros contra ellos" que podrían enemistar ulteriormente a Estados Unidos con muchos otros países y provocar el riesgo de nuevos actos terroristas.

El presidente Bush puede aprender de su padre y evitar esas trampas si consigue la unidad del mundo entero para participar en acciones para poner freno al terrorismo. El presidente tiene ahora 40 mil millones de dólares de fondos para uso discrecional que le fueron otorgadas por el Congreso. Bien podría tomar 500 millones de esa suma y pagar el resto de los adeudos con las Naciones Unidas por concepto de pasadas acciones de la ONU para el mantenimiento de la paz que fueron totalmente aprobadas por Estados Unidos.

¿Por qué es necesaria tal cosa? Porque, como su padre durante la Guerra del Golfo en 1991, el presidente Bush necesita crear la más amplia coalición de apoyo a Estados Unidos en su enfrentamiento con el terrorismo. Sólo las Naciones Unidas pueden dar el respaldo de todos los países del mundo por medio de una resolución de sus organismos.

Tal acción de la ONU debe ser veloz y en sustento de Estados Unidos, dado que puede invocar el poder de la ley internacional. Entonces, puede ser convocada rápidamente una reunión cumbre de la ONU sobre el terrorismo con el apoyo de los aliados europeos y de la OTAN y la inclusión de todos los países que quieran verse libres del azote terrorista.

La nueva "guerra", como estamos aprendiendo, es diferente. El modelo del viejo "cowboy" del Lejano Oeste con sus "revólveres humeantes" pertenece al siglo pasado. Estados Unidos ha sido el actor clave de la actual globaliza-

ción tecnológica y económica. Tal innovación creó el mundo interdependiente que ahora compartimos con todos los pueblos, ricos y pobres, industrializados o aún en la era pastoril.

Estados Unidos eliminó todos los muros de contención entre las economías nacionales y ahora está enfrentando las consecuencias: masivos flujos de “dinero caliente” y las crisis y contagios, dado que todas las economías se mueven hacia arriba o hacia abajo en forma sincronizada.

Del mismo modo, los 2 mil millones de personas que en el mundo sobreviven con menos de dos dólares al día pueden ver en los medios globales de comunicación nuestras ostentosas riquezas y nuestro a menudo despilfarrador consumo. El resultado de esta interdependencia global es la creación de resentimientos y rabia, de desesperados inmigrantes que buscan una mejor vida para sus niños e, inevitablemente, de mayores riesgos de terrorismo.

Nosotros, en Estados Unidos, estamos llamados a adquirir una mayor madurez, equiparada con nuestro poder y riqueza. La realidad es que perdimos nuestra inocencia el martes 11 de setiembre del 2001.

La actual globalización económica y tecnológica podría terminar en otra recesión global y en una guerra, como sucedió con la anterior globalización en los años 30.

Entonces, para evitar que ello ocurra debemos ayudar a modelar una economía mundial más justa y ecológicamente más sostenible. La miríada de acuerdos internacionales necesarios para moldear esta más saludable y equilibrada globalización debe reforzar lo ya alcanzado en materia de derechos humanos, en las normas de protección a los trabajadores y en los tratados para proteger al ambiente global.

Estos acuerdos fueron negociados durante 55 años por las Naciones Unidas y todavía hoy muchos más necesitan ser ratificados por Estados Unidos, desde el Protocolo de Kioto sobre el cambio climático global hasta la creación de la Corte Penal Internacional. Necesitamos a Interpol y a muchos otros organismos internacionales para ayudar a capturar a Osama Bin Laden y a sus cómplices. Una vez capturados, estos criminales pueden ser juzgados ante la Corte de La Haya, junto a Slobodan Milosevic y a otros que cometieron crímenes contra toda la humanidad.

Los primeros meses de unilateralismo del Presidente Bush, durante los cuales revocó nada menos que seis tratados internacionales y amenazó con un sistema de defensa misilística que dejaría sin efecto el Tratado sobre Misiles Antibalísticos, causaron profundo enfado, incluso entre los más estrechos aliados de Estados Unidos. Bush los necesita ahora a ellos, así como a otros países, para combatir al terrorismo.

Sólo las Naciones Unidas tienen la capacidad suficiente para llevar a todos los países a una reunión cumbre sobre el terrorismo en la cual, incluyendo a muchos países musulmanes, se pueda dar forma a una estrategia mundial para combatir al flagelo terrorista donde quiera que esté en nuestra interconectada aldea global. Tales estrategias ganadoras se harán más frecuentes y predominantes cuando todos aprendamos las lecciones de la interdependencia mundial.

El tribunal penal internacional es la sede para juzgar a Bin Laden

EMMA BONINO

Miembro del Parlamento Europeo, dirigente del Partido Radical italiano y ex comisaria europea para la ayuda humanitaria (1995-99). Columnista de IPS.

¿Puede ser considerado como un crimen contra la humanidad el secuestro de aviones civiles para lanzarlos como misiles contra rascacielos, provocando deliberadamente la muerte de millares de inocentes? Yo afirmo que sí, y en consecuencia sostengo que no sólo Estados Unidos sino toda la humanidad tiene el derecho de juzgar y castigar a los ejecutores del atentado del 11 de septiembre. En efecto, son numerosos los indicios de que otros grupos terroristas se disponen a cometer nuevas matanzas en otras partes del mundo.

Existe, aunque lamentable sólo en el papel, un Tribunal Penal Internacional (TPI) dotado de jurisdicción para someter a juicio a los presuntos terroristas del 11 de septiembre, Osama Bin Laden y sus cómplices. Pese a que 120 países miembros de las Naciones Unidas firmaron en Roma en julio de 1998 el tratado constituyente del primer “tribunal penal global”, tres años después nos encontramos con que, gracias al incomprensible desinterés de la “gran diplomacia” por esta iniciativa, apenas se han obtenido 39 de las 60 ratificaciones de los parlamentos nacionales que son necesarias para la entrada en vigencia de esta corte de justicia.

¿Que será necesario para que Bin Laden concluya sus días en una cárcel, como Slobodan Milosevic, en vez de sucumbir bajo las bombas y figurar como un héroe en el sacrílego paraíso que el delirio fundamentalista imagina que aguarda a sus mártires?

Después de lo que ha sucedido, nadie puede negarle a los Estados Unidos el derecho de capturar a estos enemigos de la humanidad y sancionarlos, con lo que le harían un servicio a la humanidad.

No creo en cambio en la conveniencia de limitar la lucha contra el nuevo terrorismo a escala planetaria mediante la orquestación de una “Alianza Mundial Antiterrorista” que puede dar lugar a una alianza equívoca. Tal como se la concibe, a ella podría adherir -y hasta sacar lustre de legitimidad- cualquier régimen, incluso uno totalitario, que persiga el objetivo de eliminar a sus propios terroristas, verdaderos o presuntos.

Para impedir que una parte de la vasta humanidad, que aún está condenada a vivir en condiciones de extrema pobreza, pueda llamarse a engaño y creer que unos pocos insanos cultores de la muerte son paladines de los “condenados de la tierra”, sería oportuno tomar en consideración una de las “utopías” que propicia el Partido Radical Transnacional: la creación de una Organización Mundial de la Democracia (¿no existe acaso una Organización Mundial del Comercio?) que reúna a los estados empeñados en el respeto de las reglas y los principios establecidos por los acuerdos y los tratados internacionales y que excluya a todos los estados que conculcan la legalidad y los derechos fundamentales de sus propios ciudadanos.

Probablemente no se hubiera llegado a la actual situación si la comunidad internacional hubiera advertido a tiempo el factor de desestabilización mundial que estaba emergiendo en Afganistán. Lo puedo afirmar en primera persona porque desde hace cuatro años yace en las cancillerías de los quince países de la Unión Europea y en la sede de esta última en Bruselas, el alarmado informe que escribí luego de una agitada visita a la Kabul de los talibanes en calidad de comisaria europea para la ayuda humanitaria.

Sostuve en ese informe que el régimen ilegal, instalado con la fuerza en Kabul por una secta de fanáticos, debía ser repudiado y combatido por la comunidad internacional por haber cometido masivas y deliberadas violaciones de los derechos humanos y por constituir un peligro para la seguridad de toda la región. Y para denunciar la discriminación “racial” a la que se sometía a la totalidad de la población femenina -otro crimen contra la humanidad- organicé la campaña internacional “Una flor para las mujeres de Kabul” dedicada a las mujeres sin rostro de Afganistán, que contó con el respaldo del Parlamento Europeo y de la Comisión Europea, y culminó el 8 de marzo de 1998.

De cara al escaso interés de la diplomacia occidental, en todas las entrevistas que sostuve con representantes de los gobiernos, incluidos los estadounidenses, reiteraba: “Si no les emociona la suerte de las mujeres, piensen en los

riesgos que corre el mundo entero por culpa de un grupo de exaltados y aliados del terrorismo.

Afganistán es un país fundamental en términos geoestratégicos, por su ubicación en las rutas del petróleo y del gas, así como del narcotráfico. Kabul puede convertirse en un centro de desestabilización internacional.”

Una situación semejante se había conformado a comienzos de la década del noventa, cuando la diplomacia occidental se esforzaba por todos los medios en convivir con Milosevic en vez de combatirlo. Pasó bastante tiempo antes de que, en vista de las barbaries cometidas por Milosevic, desde Srebrenica a Kosovo, los gobiernos integrantes de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) se asumieran la responsabilidad de emplear la fuerza militar y neutralizar a los autores de esos crímenes.

La intervención de la OTAN en Serbia suscitó encendidas polémicas durante las semanas en las que tuvo lugar. Pero desde que el Tribunal de La Haya juzgó y encarceló a los mayores criminales de guerra, ya nadie parece dispuesto a ver en Milosevic un héroe perseguido y a tomar a sus sangrientos generales por patriotas oprimidos. Hoy en día es la opinión pública mundial, no la OTAN, la que condena diez años de horrores en la ex Yugoslavia.

Es de esperar que suceda lo mismo después del 11 de septiembre. No es sólo por amor a la justicia que es necesario identificar, capturar y sentenciar a los grandes criminales del nuevo terrorismo de acuerdo con las reglas de los estados de derecho. Es también la condición preliminar e indispensable para conocer a los estrategas del fundamentalismo político-religioso y sus cómplices y para impedir que esta nueva especie de enemigos de la humanidad puedan imponer la barbarie a sus súbditos y a nosotros mismos.

¿Justicia infinita contra quién?

KINTTO LUCAS

Escritor uruguayo radicado en Ecuador. Su último libro es “Plan Colombia. La paz armada”. Corresponsal de IPS en Quito.

Uno

¿Y si Osama Bin Laden es un chivo expiatorio? ¿Y si la operación Justicia Infinita apunta a una intervención en todo el Golfo Pérsico solo para pro-

teger intereses energéticos de Estados Unidos? ¿Y si la idea es controlar el crudo y el gas del mar Caspio y afirmar la hegemonía política en la zona?

¿Y si la CIA no fuera tan ineficaz? ¿Y si Estados Unidos entra a sangre y fuego en otros países que sospecha o tiene información que participaron directa o indirectamente en el ataque del martes 11 de septiembre? ¿Y si además de Afganistán también está Iraq en la mira? ¿Y si las tropas despachadas por Estados Unidos no son sólo para cazar al fundamentalista saudí?

Las declaraciones del presidente estadounidense, George Bush Hijo, hacen suponer que la operación es mucho más que una cacería.

Si bien la inteligencia no es una de sus cualidades, afirmar que los atentados a las Torres Gemelas del World Trade Center (WTC) en Nueva York y al Pentágono en Washington, fueron un acto de guerra y que la réplica sería parte de la primera guerra del siglo XXI, esconde tanto como sugiere.

Argumentar que Estados Unidos atacará a los terroristas y a los países que los alberguen, y que ahora se vería quién es amigo de ese país y quién no, son palabras enviadas a los gobiernos del Golfo para que vayan pensando, y también dicen bastante, aunque sugieren más.

La apelación de Bush Hijo, a una cruzada contra el mal, a una guerra santa, además de poner de manifiesto su fanatismo, semejante al de quienes atacaron las torres gemelas, levanta la sospecha de que la acción de Estados Unidos irá más allá de cazar a Bin Laden y sus adeptos.

Dos

Atrás de los atentados y la respuesta norteamericana hay sombras todavía difusas. Según el comandante de la Fuerza Aérea Ecuatoriana, Oswaldo Domínguez, los atentados “son increíbles”. Conociendo la capacidad de defensa aérea e interdicción de Estados Unidos, el militar no entiende cómo los cazas no tuvieron oportunidad de actuar. También cree que los pilotos fueron entrenados en Estados Unidos, como parecen confirmar las investigaciones. Para afirmar eso se basa en que manejaron a la perfección las cartas de navegación aérea y los procedimientos de ese país.

Según el general de aviación ecuatoriano, “el segundo impacto en la torre fue conducido con la misma técnica de los pilotos japoneses en actos suicidas”. Existió precisión en la ruta hacia el objetivo, conocimiento de los principios aerodinámicos y el movimiento de los controles para hacer virar el avión y hacerle penetrar en el edificio, “por eso inclusive aceleran en el tramo final”.

Si la ineficacia de la CIA y el FBI para detectar los posibles atentados (y el secuestro de cuatro aviones comerciales dentro de Estados Unidos), y la ineficacia militar en la interdicción levantan dudas sobre el papel de los servicios y la defensa estadounidenses en el drama americano de septiembre; el hecho de que ahora se tenga como centro de la confrontación a Bin Laden crea también suspicacias.

Hasta el momento, y creo que hasta el ataque mismo, Washington mantiene la versión de que el ex colaborador de la CIA es el principal sospechoso, pero todavía no se atreve a afirmar que es el principal culpable, como gusta de tildar a sus enemigos. Para los gobiernos de Estados Unidos todos los enemigos son culpables y los amigos inocentes. Bin Laden era “inocente” cuando trabajaba para Ronald Reagan, ahora es “culpable”. Henry Kissinger era “inocente” cuando propiciaba el Plan Cóndor y su secuela de muerte, ahora sigue siendo “inocente”. Hasta ahora no queda claro si Bush y Cía tienen sólo sospechas o la seguridad de que Bin Laden es quien planificó los atentados.

Tres

Todo lleva a pensar que la represalia estadounidense no se limitará a la cacería en Afganistán, y las últimas informaciones de la revista *Jane's* parecen confirmar esa presunción. La reconocida publicación especializada en inteligencia y seguridad militar, entrevistó agentes de los servicios israelíes que vinculan a Irak con Al Qaeda (La Base), grupo liderado por Bin Laden, y señalan que ese país podría haber patrocinado los ataques con aviones comerciales.

Según el artículo, mencionado por la Agencia Nacional de Noticias de Qatar, “el libanés Imad Mughniyeh y el egipcio Ayman Al Zawahiri, fueron señalados por Israel como posibles autores ideológicos de los atentados”.

La revista asegura que Zawahiri sería miembro de Al Qaeda y posible sucesor de Bin Laden. Según *Jane's*, Irak habría descubierto hace dos años “las ventajas que ofrecía la red mundial de Al Qaeda” y desde entonces “varios funcionarios de inteligencia iraquíes viajaron a Afganistán para reunirse con Zawahiri”. Según la publicación, Bagdad también tendría fuertes vínculos con Mughniyeh, quien habría sido identificado en la planificación de otros atentados.

“Sólo obtuvimos pedazos de información, pero suficientes para advertir hace seis semanas a nuestros aliados que un atentado terrorista sin precedentes se avecinaba”, señalaron los espías israelíes mencionados por *Jane's*, y agregaron: “Creemos que los cerebros detrás de los ataques a Nueva York fue-

ron Mughniyeh y Zawahiri, que probablemente tuvieron financiación y algún apoyo logístico del servicio de inteligencia iraquí”.

La publicación también asegura que quienes realizaron el atentado se habrían reunido con sus contactos en Alemania antes de los ataques. Tal vez por esa información se dieron las investigaciones de los últimos días en Alemania, donde se habrían detenido sospechosos de haber participado en los atentados.

Si bien el gobierno estadounidense señaló que no creía en la versión de que el gobierno de Iraq estuviese involucrado en los ataques al WTC y al Pentágono, tampoco descartó esa posibilidad. Y existen voces influyentes que promueven una intervención para derrocar a Sadam Hussein.

Cuatro

El inesperado cese al fuego asumido por Ariel Sharon en su guerra contra Palestina, luego de dejar tantos muertos en el camino, hizo dudar que se trate de una actitud de buena voluntad, y llevó a pensar que se preparaba para los días de la “Justicia Infinita”, que llegaron al Golfo Pérsico con los soldados y las armas de Estados Unidos. La actitud posterior de Sharon en cuanto al conflicto con Palestina puso de manifiesto que esa posibilidad de cese al fuego era pasajera.

El anuncio de Washington de que no invitaría a Israel a participar de la “guerra contra el terrorismo” también se encuadra dentro de esa hipótesis y estuvo destinado a ganarse el apoyo de aliados árabes como Egipto. Lo mismo ocurrió con el tan anunciado apoyo a la constitución de un Estado Palestino. No hay duda de que, a pesar de Sharon, ahora Estados Unidos necesita a Israel cerca y atento, no “distráido” en guerrear a Palestina. Sobre todo, si tenemos en cuenta que muchos países árabes aliados de Washington hicieron conocer que apoyarían una “coalición antiterrorista” si no se maneja “doble moral” y castiga también al “terrorismo israelí”.

Existen diferencias entre el apoyo árabe a la guerra de Bush Padre contra Iraq en 1990-1991 y la que inició Bush Hijo con el movimiento de cazas estadounidenses hacia esa región.

Mientras la intervención anterior era contra Iraq porque había invadido Kuwait, otro país árabe; ahora parece ser, en cierto sentido, contra aquellos que recurrieron al terrorismo en respuesta a la política de Estados Unidos para Medio Oriente.

Dado que hasta el momento no se presentaron pruebas concretas contra Bin Laden, ya surgieron varias teorías de conspiración en el mundo árabe

y musulmán. El canal de televisión del movimiento radical Hizbolá, establecido en Líbano y respaldado por Irán, afirmó que 4.000 judíos no se presentaron a trabajar en las torres gemelas el día de los ataques, sugiriendo que Israel tenía información sobre los atentados que no compartió con Washington.

Esta hipótesis podría ser cierta hasta que se pruebe lo contrario, como sucedió cuando los árabes fueron culpados en primera instancia por el atentado de 1995 en Oklahoma, y finalmente resultó que el autor era Timothy McVeigh, un estadounidense “héroe” de la guerra del Golfo.

En todo caso varios países árabes respaldarán a Estados Unidos, independientemente de la cuestión palestino-israelí, para satisfacer intereses propios, confirmando así que lo único permanente en las relaciones internacionales es el interés político, como señala desde Dubai el analista N. Janardhan en un artículo para IPS.

Pero más allá de los intereses particulares, la diplomacia estadounidense hace todo lo posible para lograr una solución al conflicto árabe-israelí, o por lo menos un cese al fuego mientras duren las acciones de “Justicia Infinita”.

En fin. ¿Y si Osama Bin Laden es solamente un chivo expiatorio? ¿Y si su figura está siendo utilizada para desviar la atención de los verdaderos objetivos militares, económicos y religiosos de Bush y Cía?

¿Elucubraciones? Sin duda. Pero tal vez los próximos días se encarguen de demostrar que la realidad puede ir más lejos que la imaginación, como ocurrió aquella mañana del 11 de septiembre.

Símbolos

EDUARDO GALEANO

Escritor uruguayo. Columnista de IPS.

Negocio. “Esta guerra será larga”, ha anunciado el presidente del planeta. Mala noticia para los civiles que están muriendo y morirán, excelente noticia para los fabricantes de armas.

No importa que las guerras sean eficaces. Lo que importa es que sean lucrativas. Desde el 11 de setiembre, las acciones de General Dynamics, Lockheed, Northrop Grumman, Raytheon y otras empresas de la industria bélica han subido en línea recta en Wall Street. La bolsa las ama.

Como ya ocurrió durante los bombardeos a Irak y Yugoslavia, la televisión rara vez muestra a las víctimas: está ocupada exhibiendo la pasarela de los nuevos modelos de armas. En la era del mercado, la guerra no es una tragedia, sino una feria internacional. Los fabricantes de armas necesitan guerras, como los fabricantes de abrigos necesitan inviernos.

Hollywood. La realidad imita al cine: todo estalla, los niños reciben misiles de la película Atlantis en la cajita feliz de Mc Donald's, y es cada vez más difícil distinguir entre la sangre y el ketchup.

Ahora el Pentágono ha encargado a algunos guionistas de cine y expertos en efectos especiales que ayuden a adivinar los nuevos objetivos terroristas y que también imaginen la manera de defenderse. Según la revista Variety, uno de los que está en eso es el guionista de Duro de matar.

Vestuario. En una de sus imágenes más difundidas, el duro de matar Osama Bin Laden lleva turbante pero tiene puesta una casaca de fajina del ejército de Estados Unidos, y en la muñeca luce un reloj Timex, made in usa.

Él también es made in usa, como los demás fundamentalistas islámicos que la CIA reclutó y armó, desde cuarenta países, contra el comunismo ateo en Afganistán. Cuando Estados Unidos celebró su victoria en aquella guerra, la presidenta de Pakistán, Benazir Bhutto, advirtió en vano a Bush padre: "Ustedes han creado un monstruo, como el doctor Frankenstein".

Y se ha comprobado, una vez más, que los cuervos arrancan los ojos de quien los cría. Pero el sponsor los sigue utilizando. Ahora, los fanáticos le sirven de coartada perfecta, para hacer la guerra contra quien quiera y como quiera y para consolidar su dominio universal. Y también para dar explicaciones indiscutibles. Durante el mes de setiembre las empresas estadounidenses dejaron en la calle a doscientos mil trabajadores: "Llámenlos los números de Bin Laden", sentenció la secretaria de Trabajo, Elaine Chao.

Un par de semanas antes de que se derrumbaran las torres, se estaba derrumbando la economía mundial, y la revista The Economist aconsejaba a sus lectores: "Consíganse un paracaídas". Desde que pasó lo que pasó, quien no consiga un paracaídas puede encontrar, al menos, un culpable fabricado a medida.

Pánico. La humanidad entera está sintiendo los síntomas del ataque del ántrax, chuchos, dolor de cabeza, esa mancha en la piel que parece moretón... Todos tenemos miedo de abrir las cartas, y no porque contengan alguna impagable cuenta de impuestos o de luz, o la fatal noticia de que lamentamos comunicarle que hemos resuelto prescindir de sus servicios.

Los militares de Ucrania estaban de maniobras, cuando un misil SA-5 derribó un avión de pasajeros y mató a 78 personas. ¿Fue por error o porque los misiles inteligentes sabían que los aviones de pasajeros son armas enemigas? Los misiles inteligentes, ¿atacarán ahora las oficinas de correos?

Armas. Un portaaviones estadounidense, el Nimitz, se acercó a nuestras costas por un día. La visita me preocupó, porque en mi barrio hay un edificio que tiene todo el aspecto de una mezquita, y con los misiles inteligentes nunca se sabe.

Afortunadamente no pasó nada. O casi nada: unos cuantos políticos compatriotas fueron invitados a conocer el portaaviones, flotante ciudad de la muerte, y casi se matan. El avión que los llevaba aterrizó mal y quedó con un ala en el agua.

Gracias a la visita nos enteramos de que este portaaviones ha costado 4.500 millones de dólares. Según los cálculos de Unicef y de otros organismos de las Naciones Unidas, con tres portaaviones como el Nimitz se podría dar comida y remedios, durante un año, a todos los niños hambrientos y enfermos del mundo, que están muriendo a un ritmo de treinta y seis mil por día.

Mano de obra. No sólo el terrorismo islámico tiene sus “durmientes”: también el terrorismo de Estado. Uno de los protagonistas del Plan Cóndor en los años de las dictaduras militares en América del Sur, el coronel Manuel Cordero, ha declarado que la guerra sucia “es la única manera” de combatir al terrorismo, y que, son necesarios los secuestros, las torturas, los asesinatos y las desapariciones. Él tiene experiencia, y ofrece su mano de obra.

El coronel dice que escuchó los discursos del presidente Bush, y que así será la tercera guerra mundial que está anunciando. Lamentablemente, escuchó bien.

Antecedentes. Como el coronel, también el embajador tiene experiencia. John Negroponte, representante estadounidense en las Naciones Unidas, amenaza con llevar la guerra “a otros países”, y sabe de qué habla.

Hace unos años, él llevó la guerra a América Central. Negroponte fue el padrino del terrorismo de los contras en Nicaragua y de los paramilitares en Honduras. Reagan, el presidente de entonces, decía lo mismo que ahora dicen el presidente Bush y su enemigo Bin Laden: vale todo.

Víctimas. Esta nueva guerra, ¿se hace contra la dictadura Talibán o contra el pueblo que la padece? ¿Cuántos civiles asesinarán los bombardeos?

Cuatro afganos, que trabajaban para las Naciones Unidas, fueron los primeros “daños colaterales” de los que se tuvo noticia. Todo un símbolo: ellos se dedicaban a desenterrar minas.

Afganistán es el país más minado del mundo. Bajo el suelo hay diez millones de minas listas para matar o mutilar a quien las pise. Muchas fueron plantadas por los rusos, cuando la invasión, y muchas fueron plantadas, contra los rusos, por donación del gobierno de Estados Unidos a los guerreros de Alá.

Afganistán nunca ha aceptado el acuerdo internacional que prohíbe las minas antipersonales. Estados Unidos, tampoco. Y ahora las caravanas de los fugitivos intentan escapar, a pie o en burro, de los misiles que llueven desde el cielo y de las minas que estallan desde la tierra.

Desgarros. Rigoberta Menchú, hija del pueblo maya, que es un pueblo de tejedores, advierte que estamos “con la esperanza en un hilo”.

Y así es. En un hilo. En el manicomio global, entre un señor que se cree Mahoma y otro señor que se cree Buffalo Bill, entre el terrorismo de los atentados y el terrorismo de la guerra, la violencia nos está destejiendo.

AJEDREZ GEOESTRATÉGICO

Política exterior de Estados Unidos es un generador de resentimiento

MUSHAHID HUSSAIN

Corresponsal de IPS en Islamabad.

La arbitraria política exterior de Washington parece ser el factor determinante de la diferencia entre la imagen que Estados Unidos tiene de sí mismo y la que tienen otros países, especialmente los islámicos.

El presidente estadounidense George W. Bush, en un discurso el 11 de octubre, manifestó perplejidad ante “el fuerte odio hacia Estados Unidos en algunos países musulmanes”.

“Como la mayoría de los estadounidenses, me cuesta creerlo, porque sé lo buenos que somos”, dijo Bush. Al día siguiente se registraron violentas protestas contra Estados Unidos en Pakistán, Nigeria, Indonesia, Egipto y Palestina.

Muchos visitantes extranjeros perciben a Estados Unidos como una tierra que ofrece las oportunidades y la libertad que no tienen en su país de origen, y por eso es el destino más buscado por los emigrantes.

La franqueza, el humor y el trabajo duro que caracterizan al estadounidense medio le granjean afectos, pero estas virtudes no se exportan, sino que quedan limitadas al territorio nacional.

Así mismo, los ideales de libertad y democracia brillan a veces por su ausencia en la política exterior de Washington.

Después de todo, ¿qué tienen en común líderes como Mao Zedong, Ho Chi Minh, Gamal Abdel Nasser, Fidel Castro o Ahmed Sukarno? Que todos eran grandes admiradores de Estados Unidos y de su revolución antes de asumir el gobierno.

Todos ellos elogiaban la actuación y la ideología de Estados Unidos en el siglo XX, definida por el presidente Woodrow Wilson de apoyo al “derecho de autodeterminación” de los pueblos y colonias subyugadas, en tiempos de la primera guerra mundial.

El periodista estadounidense Edgar Snow, cuyo relato de la lucha del Partido Comunista chino, “Estrella roja sobre China”, se convirtió en un clásico, lanzó al líder comunista Mao a la escena internacional.

Cuando Ho Chi Minh, fundador del Partido Comunista de Vietnam, declaró a su país independiente de Francia el 2 de septiembre de 1945, utilizó frases de la Declaración de Independencia de Estados Unidos sobre “el derecho inalienable de las personas a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”, a tal punto estaba inspirado por los ideales estadounidenses.

Antes del derrocamiento en julio de 1952 de la monarquía en Egipto, promovida por Nasser y otros 12 miembros del Movimiento de Oficiales libres, el entonces coronel egipcio tenía una estrecha relación con Estados Unidos, incluso con el jefe de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en Medio Oriente de ese período, Kermit Roosevelt.

Roosevelt se comunicaba a escondidas con Nasser a través de Anwar el Sadat, quien luego sería también presidente de Egipto. En Indonesia, Sukarno veneraba a Thomas Jefferson, el tercer presidente de Estados Unidos, y adornaba sus discursos con citas de él.

Y cuando Castro lanzó la Revolución Cubana, confiaba en que recibiría el apoyo de Washington. Pero luego de llegar al poder, se dieron cuenta de que el Estados Unidos que admiraban y del que habían aprendido en libros de historia era muy diferente en la vida real. Después, dos hechos marcaron lo que sería una tendencia de la policía exterior de Washington.

En 1953, la CIA dio el primer golpe contra un régimen democrático por ser contrario a los intereses económicos de Estados Unidos. Se trataba del gobierno de Mohamed Mossadegh, en Irán, quien se había opuesto a los británicos y nacionalizado el petróleo.

Una década después, la CIA planificó el derrocamiento y asesinato del presidente de Vietnam del Sur, su antiguo aliado Ngo Dinh Diem, porque ya no servía a sus intereses.

Por esos y otros episodios, como la invasión de Guatemala en 1954, Estados Unidos pasó a ser considerado por varios líderes como una potencia inmoral y despiadada cuyos instrumentos de política exterior eran capaces de cualquier cosa, contra amigos o enemigos.

Fue quizá en este contexto que el ex canciller estadounidense Henry Kissinger dijo: “Ser enemigo de Estados Unidos es peligroso, pero ser su amigo puede ser fatal”.

La imagen negativa de Estados Unidos se relaciona con su doble moral y su escaso respeto por la dignidad humana y los valores democráticos fuera del territorio nacional.

“Los niños mueren, pero nadie hace nada. Las casas son destruidas, pero nadie hace nada. Los sitios sagrados son violados, pero nadie hace nada. Estoy harto de la vida en este mundo de mortales”, es el lamento de un poeta árabe publicado en el diario *Al Hayat*, de Londres.

El autor de esas líneas no es un radical islámico, sino el embajador de Arabia Saudita en Gran Bretaña, y los sentimientos expresados en ellas son casi universales entre los musulmanes, sean pobres o ricos.

La doble moral de Washington refuerza la hostilidad de los musulmanes. Por ejemplo, Estados Unidos insiste en la aplicación de las resoluciones de las Naciones Unidas con respecto a Iraq, pero no con respecto a Israel.

Así mismo, Washington otorga a las bombas nucleares denominaciones religiosas, como la bomba “islámica” de Pakistán, y considera el terrorismo un monopolio del Islam.

Olvida, sin embargo, que Timothy McVeigh (autor del atentado de Oklahoma), Baruch Goldstein (el colono judío que asesinó a 29 palestinos en una mezquita en 1994) y los Tigres de Tamil (que asesinaron al ex primer ministro indio Rajiv Gandhi y perpetraron numerosos atentados en Sri Lanka), no son musulmanes.

La conspiración o connivencia de Washington para el debilitamiento del proceso democrático en algunos países es otro ingrediente clave del sentimiento contrario a Estados Unidos.

En 1960, el líder independentista Patrice Lumumba fue expulsado del gobierno de la actual República Democrática de Congo y reemplazado por el general Joseph Mobutu, considerado el hombre adecuado para imponer el orden por las multinacionales que operaban en el país.

En 1965, el general Suharto derrocó a Sukarno en Indonesia. Posteriormente, fueron masacrados unos 500.000 indonesios, muchos de los cuales figuraban en listas de izquierdistas suministradas por la embajada de Estados Unidos a los hombres de Suharto.

Y en 1973, el socialista Salvador Allende, presidente de Chile democráticamente electo, fue derrocado y se suicidó en un golpe militar respaldado por la CIA.

No sorprende que algunos pueblos atribuyan la injusticia, la represión, la pobreza y la corrupción reinantes en sus países a las acciones de Estados Unidos. Sin embargo, no muchos estadounidenses eran conscientes del impacto de la política exterior de Washington sobre millones de vidas en el extranjero hasta el 11 de septiembre, el día de los atentados contra las torres gemelas de Nueva York y el Pentágono.

Un puñado de terroristas suicidas hicieron más daño a la autoconfianza de Estados Unidos que la segunda guerra mundial, el conflicto de Vietnam y la guerra fría juntas. “Lo de hoy se trató de restaurar la confianza de los estadounidenses”, declaró a la prensa el jefe de un escuadrón de Tomcat F-14 el 7 de octubre, luego de participar de los primeros ataques contra Afganistán en respuesta a los atentados en Nueva York y Washington.

Sin embargo, la confianza de los estadounidenses no debe recobrase a expensas del mundo musulmán. La crisis debe ser manejada con paciencia, madurez y sabiduría.

De los numerosos periodistas occidentales que han llegado a Pakistán desde el 11 de septiembre, ni uno denunció hostilidades ni persecución por parte de las personas que encuentran en la calle, ni siquiera de los manifestantes contra Estados Unidos.

No existe animosidad personal contra los estadounidenses ni contra los occidentales en general. Sólo una fuerte crítica política y aversión ante la política exterior de Washington, que es la fuente del sentimiento anti-estadounidense.

Bin Laden, del caso Irán-Contras a la guerra con Estados Unidos

KINTO LUCAS

Corresponsal de IPS en Quito.

El extremista saudita Osama Bin Laden, que fue entrenado por Estados Unidos, parece ser un ubicuo fantasma y tuvo incluso participación en la financiación ilegal de las fuerzas que combatieron al régimen sandinista de Nicaragua.

Bin Laden, por cuya captura vivo o muerto Estados Unidos se declaró dispuesto a ir a la guerra contra Afganistán, es a juicio de algunos analistas un ejemplo de los riesgosos colaboradores que utiliza a veces la Agencia Central de Inteligencia (CIA).

Adrián Mac Liman, investigador del Centro de Colaboraciones Solidarias de Madrid y especialista en asuntos de Medio Oriente, cree que Bin Laden es la “oveja negra de la CIA”. Como también lo fue el general Manuel No-

riega, acusado por Washington de narcotraficante y cuyo caso le costó a Panamá la invasión estadounidense de 1989 que provocó cientos de muertos.

El analista político nicaragüense Oscar René Vargas aseguró al Nuevo Diario, de Managua, que del escándalo Irán-Contras surge la vinculación de Bin Laden con la operación para financiar a la derechista Resistencia Nicaragüense (RN), que desde 1981 hasta 1990 combatió al gobierno sandinista.

El Congreso de Estados Unidos había bloqueado la entrega de dinero a los “contras”, como se conocía a los combatientes de la RN. Arabia Saudita y Brunei dieron 40 millones de dólares para financiarlos.

“La relación de Bin Laden con la familia del rey saudí le permitió trasegar a través de estos países un dinero proveniente de la venta de armas de la CIA a Irán, hacia la contra nicaragüense”, dijo Vargas.

Bin Laden se había sumado a la lucha contra la ocupación militar soviética de Afganistán, comenzada en diciembre de 1979. Estados Unidos dio apoyo material e instrucción militar a la guerrilla afgana y a los combatientes islámicos procedentes de Oriente Medio y el norte de África que se enfrentaban a los soviéticos.

Según Washington, los contras nicaragüenses y los mujaidines (milicianos islámicos) de Afganistán eran “combatientes de la libertad”.

El caso Irán-Contras fue el mayor escándalo político del gobierno de Ronald Reagan (1981-1989). Implicó el desconocimiento de la ley que impedía la asistencia financiera a la “contra” nicaragüense y, especialmente, la venta de armas a Irán, enemigo declarado de Estados Unidos.

“Pese a los titubeos iniciales de la administración norteamericana, el Pentágono y la CIA lograron persuadir a los políticos de Washington de la necesidad de enfrentar” a la Unión Soviética a través de los afganos alzados en armas, explicó Mac Liman.

Pero la resistencia armada y las brigadas internacionales islámicas no eran capaces de coordinar sus acciones, por diferencias ideológicas y viejas pugnas tribales, lo que impedía la creación de un frente común. Según Mac Liman, fue en esas circunstancias que surgió el aporte de Bin Laden, quien se transformó en intermediario entre la CIA y el servicio de inteligencia del ejército de Pakistán.

“Bin Laden facilitó la llegada de combatientes y fondos estadounidenses a la resistencia afgana. Sus contactos con los servicios secretos de Washington y Riad (Arabia Saudita) lo convirtieron en el tesorero del operativo Afganistán”, aseguró Mac Liman.

Rafael Poch, analista del diario La Vanguardia, de Barcelona afirmó el 14 de septiembre que “en febrero de 1980, más de 2.000 insurgentes afganos ya eran entrenados en bases pakistaníes como fruto de esa cooperación.

“La ayuda económica fue escalonada: 30 millones de dólares en 1980, 50 millones en 1981, y 2.800 millones en 1991, cuando los soviéticos ya se habían ido”, afirmó Poch.

El analista citó declaraciones del general Mohamad Yusaf, ex jefe de operaciones de inteligencia de Pakistán en Afganistán, quien afirmó que el entonces director de la CIA, William Casey, promovió en 1984 “acciones terroristas en el Asia Central soviética”.

Mac Liman, por su parte, dijo que como consultor de la Organización de Naciones Unidas conoció a Bin Laden en 1983, durante las negociaciones multilaterales en Ginebra en procura de la retirada de las tropas soviéticas de Afganistán.

Líderes de facciones afganas repetían que “después de los rusos vendría la democracia, soberanía, autodeterminación”. Pero Bin Laden advirtió que se impondría el Islam. “Después de la derrota de los rusos edificaremos el nuevo Islam, puro, diáfano, auténtico”, afirmó.

De origen yemenita, Bin Laden es hijo de un empresario de la industria de la construcción de Arabia Saudita que logró hacer fortuna.

Se educó en los mejores colegios e institutos del mundo árabe, y luego ingresó en la empresa de su padre, hasta que la abandonó para incorporarse a la resistencia en Afganistán.

Cuando Estados Unidos se lanzó a la guerra contra Iraq para expulsarlo de Kuwait, en 1991, Bin Laden lo condenó. Para él, fue una guerra de Satán contra el Islam.

En septiembre de 1999, Bin Laden afirmó al diario El País, de Madrid, que “los infieles” (Estados Unidos) “se pasean por todos los rincones de la tierra de Mahoma, en la que le fue revelado el Corán”.

“Todo ladrón o criminal que se introduzca en otro país con el fin de robar debe asumir el riesgo de ser asesinado en cualquier momento. Los estadounidenses deben esperar reacciones del mundo musulmán en consonancia con la injusticia que cometen”, advirtió Mohammad Omar Bakri, portavoz de Bin Laden en Gran Bretaña, señaló al diario El Mundo, de Madrid, que éste sufrió un cambio drástico en 1995, con la fatwa (decreto religioso) por la que convocó a los musulmanes a unirse en un frente para luchar por la gloria del Islam.

“Su objetivo y el nuestro es el de izar la bandera del Islam tanto en la infiel Londres como en Sicilia o en Andalucía. Esta unidad es la obra maestra de Osama y sólo por esto ya se encuentra en la gloria de Alá”, dijo Bakri.

En 1996, Bin Laden creó el Frente Islámico Internacional para la Jihad (guerra santa) contra Estados Unidos e Israel. El Frente lanzó, “por la gracia de Dios, una fatwa terminante que ordena a la nación islámica llevar a cabo la jihad para liberar los lugares sagrados”, declaró Bin Laden a El País.

Según Mac Liman, Bin Laden hace un paralelismo histórico entre la ocupación de los santos lugares del Islam por los cruzados en la alta Edad Media y la presencia de tropas estadounidenses en Arabia Saudita a partir de 1990.

En la década del 90, los mujaidines tomaron parte en las guerras de Bosnia, Chechenia, Kosovo y Argelia y crearon bases en Indonesia y Filipinas.

El ex aliado de la CIA rechaza a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y a la Autoridad Nacional Palestina, a las que acusa de simpatizar con “los infieles”.

“El que niegue el menor principio de nuestra religión comete el pecado más grave en el Islam (...) La OLP y la llamada Autoridad Palestina han dejado las armas, han abandonado lo que denominan violencia y han intentado la negociación pacífica. ¿Qué les han dado los judíos? No les han devuelto ni el uno por ciento de sus derechos”, comentó.

“Bin Laden es un engendro de la CIA, como (el ex jefe de inteligencia peruano) Vladimiro Montesinos y tantos otros personajes nefastos para la sociedad. Por lo tanto (esa Central) no está libre de culpa del accionar del terrorista”, advirtió el sociólogo ecuatoriano Alejandro Moreano.

Moreano cree que la guerra del presidente estadounidense George Bush contra Bin Laden enfrenta a dos manifestaciones de la barbarie, y para terminar con ellas es necesario un proceso civilizatorio, la construcción de un mundo más equitativo.

El petróleo impregna la guerra

RANJIT DEVRAJ

Corresponsal de IPS en Nueva Delhi.

El petróleo, que fue factor fundamental en la guerra del Golfo de 1991, impregna el conflicto en ciernes entre una coalición internacional contra el terrorismo y Afganistán, aseguraron analistas indios.

“Su influencia y presencia militar en Afganistán y en los estados de Asia central serían un gran logro estratégico para Estados Unidos, así como lo es en los países petroleros del Golfo”, sostuvo el general retirado V.R. Raghavan, un analista de estrategia de India.

Raghavan cree que la posibilidad de una presencia militar occidental desde Turquía hasta Tajikistán no escapa a los estrategas estadounidenses que preparan la campaña militar contra Afganistán.

El gobierno afgano del movimiento fundamentalista islámico Talibán protege al extremista saudí Osama Bin Laden, considerado por Estados Unidos el principal sospechoso de los atentados cometidos en Nueva York y Washington el 11 de septiembre, que dejaron más de 6.000 muertos.

Si alguna vez el “gran juego” en Afganistán fue un asunto de zares y comisarios que buscaban acceso a los puertos del Golfo, hoy se trata de tender oleoductos y gasoductos hacia las inexplotadas reservas minerales de Asia central, sostienen observadores.

Azerbaijón, Kazajistán, Turkmenistán y Uzbekistán poseen en conjunto reservas probadas de 15.000 millones de barriles de petróleo, según afirmó el gabinete de estrategia Heritage Foundation en marzo de 1999 ante la Cámara de Representantes de Estados Unidos.

Esos cuatro países también tienen al menos nueve billones (millones de millones) de metros cúbicos en reservas probadas de gas natural.

Otro estudio del Instituto de Estudios Afganos estimó las reservas totales de petróleo y gas en las repúblicas ex soviéticas de Asia central en tres billones de dólares, a precios del año pasado.

Afganistán no sólo puede jugar un papel clave como pasaje de oleoductos y gasoductos entre Asia central y mercados internacionales, sino que también posee él mismo significativas reservas.

Durante la ocupación soviética de Afganistán, en los años 80, Moscú estimó las reservas probadas y probables de gas natural de ese país en unos cinco billones de pies cúbicos. La producción había alcanzado 275 millones de pies cúbicos diarios a mediados de los años 70.

Pero los sabotajes primero de los mujaidines (combatientes islámicos) contra los soviéticos, y luego de grupos rivales en la guerra civil que siguió a la retirada soviética, en 1989, casi paralizaron la producción de gas.

Jorqaduq, Jowaja, Gogerdak y Yatimtaq son los principales yacimientos de gas natural que aguardan su explotación. Todos ellos están situados a menos de nueve kilómetros de la localidad de Sheberghan, en la norteña provincia de Jowzjan.

La producción y distribución de gas natural bajo el gobierno de los talibanes es responsabilidad de la Empresa Afgana de Gas, que en 1999 comenzó a reparar el gasoducto hacia la ciudad de Mazar-i-Sharif. Los soviéticos estimaron las reservas probadas y probables de petróleo afgano en 95 millones de barriles. Hasta ahora, los intentos por explotar las reservas de Afganistán o aprovechar su estratégica ubicación geográfica como pasaje a mercados de Europa y Asia meridional fueron frustrados por las continuas guerras civiles.

La empresa californiana Unocal, que tenía 46,5 por ciento de las acciones en Central Asia Gas (CentGas), un consorcio que planeaba construir un gasoducto a través de Afganistán, se retiró en 1998 luego de años de infructíferos esfuerzos.

El gasoducto debía extenderse 1.271 kilómetros desde los yacimientos de Dauletabad, en Turkmenistán, hasta Multán, en Pakistán, a un costo estimado de 1.900 millones de dólares. Con otros 600 millones de dólares, se lo podría haber llevado hasta India, un país muy necesitado de energía.

Expertos en energía de India como R.K. Pachauri, director del Instituto Tata de Investigaciones sobre Energía, urgen desde hace tiempo a los planificadores nacionales para asegurar el acceso a productos petrolíferos de las repúblicas de Asia central, con las que Nueva Delhi ha mantenido tradicionalmente buenas relaciones.

Otros socios de CentGas son Delta Oil Company de Arabia Saudita, el gobierno de Turkmenistán, Indonesia Petroleum, la japonesa Itochu, la surcoreana Hyundai y el Crescent Group, de Pakistán.

Uno de los problemas del consorcio fue la incertidumbre sobre quiénes serían los beneficiarios en Afganistán: los gobernantes talibanes, la opositora Alianza del Norte, el pueblo afgano, o ninguno de ellos.

Pero la razón decisiva para el retiro de Unocal fue sin duda el bombardeo con misiles estadounidenses de los campos de entrenamiento de terroristas de Osama Bin Laden, en agosto de 1998, en represalia por los atentados contra las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania.

Unocal declaró entonces que el proyecto debería esperar hasta que Afganistán alcanzara “la paz y estabilidad necesarias para obtener fondos de agencias internacionales y un gobierno reconocido por Estados Unidos y las Naciones Unidas”.

La coalición internacional contra el terrorismo que el presidente estadounidense George W. Bush está formando ahora constituye la primera oportunidad de concreción de ese deseo de Unocal. Si la coalición tiene éxito, podría “reconfigurar la industria de la energía en el siglo XXI”, opinó Raghavan.

Otra guerra por los precios del petróleo

ANDRÉS CAÑIZÁLEZ

Corresponsal de IPS en Caracas.

Un mes después de los atentados, los precios internacionales del petróleo llegaron a su nivel más bajo en dos años, pero la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo), atenta a la conflictiva situación internacional, no puso en marcha aún el previsto recorte automático de la producción.

Las autoridades de la OPEP consideran citar una conferencia ministerial extraordinaria e incluso una cumbre para analizar un eventual recorte de la oferta diaria de crudo dirigida a apuntalar los precios.

La cotización se mantuvo 12 días consecutivos debajo de los 22 dólares por barril, el piso de la banda de precios establecida por la segunda cumbre de la OPEP, celebrada en septiembre de 2000, en Caracas.

Según ese mecanismo, si la cesta de siete crudos se mantiene 10 días debajo del mínimo, las autoridades de la organización deberían disponer un recorte de la oferta de 500.000 barriles diarios para apuntalar los precios.

Pero la OPEP reiteró que esperará, antes de tomar una decisión, que se aclare el panorama internacional, en especial las consecuencias de los bombardeos de Estados Unidos y otros países contra Afganistán, en respuesta a los ataques contra Nueva York y Washington.

Sin embargo, el organismo de países exportadores de crudo “no ha descartado recortar la producción”, dijo el secretario general de la organización, el ex ministro venezolano Alí Rodríguez. Según distintas versiones, el grupo de 11 países podría disminuir su cuota al mercado entre 700.000 y un millón de barriles diarios. Esa es la propuesta que promocionó en octubre el presidente venezolano, Hugo Chávez, en visita a varios países petroleros.

La organización dispuso a lo largo de este año el retiro de 3,5 millones de barriles a la oferta diaria de crudo, en un intento por estabilizar los precios y mantenerlos dentro de la banda de entre 22 y 28 dólares.

El ex ministro de Energía venezolano y ex presidente de la OPEP Humberto Calderón Berti aseveró que la organización debe modificar su estrategia, pues los recortes de producción para defender los precios permitió a otros productores ajenos a la organización copar el mercado.

Los precios seguirán a la baja, según Calderón Berti, un pronóstico fortalecido porque no aumentaron a pesar de un conflictivo panorama interna-

cional que coincide con el tercer trimestre del año, periodo en que tradicionalmente aumenta la demanda por el fin del verano en el Norte industrializado.

“La OPEP no debe recortar nuevamente la producción y más bien debe estimular la demanda energética” mediante precios moderados, aseguró el experto.

Desde el 1 de septiembre, la OPEP coloca en el mercado mundial 23,2 millones de barriles diarios de crudo. En este total no se suman las ventas de Iraq bajo control de la Organización de Naciones Unidas desde 1990, cuando ese país invadió Kuwait.

Los ataques contra Afganistán crearon “una nueva situación y no podemos tomar acciones sin determinar bien cuál va a ser el cuadro final de ese escenario”, dijo Rodríguez a la prensa venezolana desde Viena, sede de la OPEP.

La organización podría citar una reunión ministerial extraordinaria, antes de la ya prevista para el 14 de noviembre, informó Rodríguez. Los ministros habían optado en su última reunión a fines de septiembre por no variar la producción y vigilar el comportamiento del mercado.

Por su parte, el presidente venezolano Hugo Chávez, quien visitó en los últimos días algunos países miembros de las OPEP y sostiene contactos telefónicos regulares con sus pares de la organización petrolera, dijo que podría citarse una nueva cumbre del grupo, que sólo ha tenido dos reuniones de ese tipo en 40 años de historia.

Desde que asumió el gobierno de Venezuela, Chavez es considerado como el principal impulsor de la OPEP, que trajo como consecuencia el alza de los precios del crudo. Esa subida llevó a que Estados Unidos tuviera que sacar sus reservas al mercado.

Rodríguez señaló que el mercado está marcado por la incertidumbre que siembran los ataques contra Afganistán y la desaceleración del crecimiento económico mundial, consecuencia de la recesión en Estados Unidos que se vio agudizada tras los ataques del 11 de septiembre.

“Todavía no sabemos qué repercusiones van a tener ambos elementos. La respuesta hasta ahora ha sido muy tranquila”, dijo Rodríguez, quien descartó divergencias entre los socios de la organización ante la coyuntura internacional.

La OPEP, que abastece 37 por ciento del mercado mundial de petróleo, está integrada por Argelia, Arabia Saudita, Emiratos Arabes Unidos, Indonesia, Irán, Iraq, Kuwait, Libia, Nigeria, Qatar y Venezuela.

El descenso de precios ha sido paulatino desde el 11 de septiembre y no se registró el sobresalto que preveían algunos analistas.

Diplomacia de guerra

JIM LOBE

Corresponsal de IPS en Washington.

Días después del atentado del 11 de septiembre Estados Unidos redobló sus gestiones diplomáticas en busca de respaldo antes de atacar Afganistán. Fue cuando descubrió que más allá de las condenas a los ataques, el apoyo que le ofrecieron otros países para su guerra contra el terrorismo no es incondicional, y que en algunos casos esas condiciones serán caras.

El presidente de Francia, Jacques Chirac, llegó a Washington para entrevistarse con su par George W. Bush. Así mismo, el primer ministro de Gran Bretaña, Tony Blair, considerado el aliado más cercano de Estados Unidos, también se reunirá con Bush en esta capital.

La presidenta de Indonesia, Megawati Sukarnoputri, llegó a Washington, para realizar una visita previamente acordada. Funcionarios estadounidenses creen que Sukarnoputri, que condenó los atentados, desempeñará un papel fundamental en la guerra de Washington contra el terrorismo.

La supuesta red terrorista de Bin Laden, Al Qaeda (La Base), se habría extendido en los últimos dos años hasta Indonesia, el mayor país islámico del mundo.

Simultáneamente, Washington envía diplomáticos a otras capitales importantes. El subsecretario de Estado Richard Armitage se halla en Moscú para solicitar la ayuda de Rusia.

Moscú descartó su intervención militar contra el Talibán, aunque no verá con desagrado el castigo a un régimen fundamentalista al que acusa de apoyar a rebeldes islámicos en la separatista república rusa de Chechenia.

Los primeros resultados concretos de la ofensiva diplomática de Washington se anunciaron cuando el secretario de Estado Colin Powell dijo que el primer ministro de Israel, Ariel Sharon, y el presidente de la Autoridad Nacional Palestina, Yaser Arafat, acordaron varias medidas para el cese del fuego.

Entre esas decisiones figuran el retiro de las fuerzas israelíes de zonas del territorio palestino, como preludio de negociaciones de paz.

“Este es un hecho alentador” que podría conducir a la separación de fuerzas y “el estado de no violencia”, declaró Powell.

Si Washington logra calmar la violencia entre israelíes y palestinos, tendría más posibilidades de reclutar para su causa a otros países, sobre todo a estados árabes.

El gobierno de Bush se había negado hasta el momento a presionar a Sharon para que reanudara las negociaciones de paz con Arafat, lo cual socavó seriamente la posición de Washington en el mundo árabe en los últimos meses, advirtieron numerosos analistas.

Esa negativa también irritó a aliados de Estados Unidos, como el presidente egipcio Hosni Mubarak y el príncipe heredero saudita Abdulá, quien imprevistamente rechazó una invitación para reunirse con Bush en los últimos meses.

Abdulá también ordenó al comandante militar de su país que no realizara su habitual ronda de consultas con sus colegas estadounidenses en Washington. El príncipe heredero tendría la intención de comunicarle al gobierno de Bush su disconformidad con el alineamiento estadounidense con Israel.

La ira del mundo árabe aumentó en la semana transcurrida desde los atentados en Estados Unidos, mientras el gobierno de Sharon aprovechó para lanzar varias ofensivas en zonas palestinas, añadiendo más nombres a la lista de más de 600 palestinos muertos en la violencia de los últimos 12 meses.

“Esto tendrá repercusiones terribles”, dijo en principio el propio Mubarak en entrevista con el canal de noticias CNN.

En la misma entrevista, Mubarak señaló que el respaldo que Bush brinda a Sharon “quizá sea uno de los elementos que fomentaron” los atentados del martes 11 de septiembre.

La necesidad de que Bush presione a Sharon para que aplique el cese del fuego y reanude las negociaciones de paz es uno de los puntos que plantearon los gobernantes europeos de visita en Washington.

Los líderes europeos desempeñaron un papel mucho más activo en los últimos meses como intermediarios entre israelíes y palestinos.

Washington obtuvo el firme respaldo de Francia y Gran Bretaña cuando invocó el artículo 5 del Tratado de Washington de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte).

Ese artículo estipula que los estados miembro deben proporcionar ayuda a los signatarios que sean atacados desde el exterior.

El secuestro de los cuatro aviones que se utilizaron como proyectiles en los atentados tuvo lugar en espacio aéreo estadounidense, pero se presume que su planificación y financiación proceden del exterior.

Sin embargo, luego de la reunión de la OTAN, varios líderes destacaron que Washington no tiene un “cheque en blanco” con el respaldo de sus aliados para responder a los atentados de la manera que desee.

A las capitales europeas les inquieta el discurso de Estados Unidos. Bush se refirió a la “cruzada (de Washington) contra los perversos”, una desgraciada elección de palabras en virtud de la importancia que tiene obtener el respaldo musulmán a una posible represalia militar estadounidense.

“La destrucción de las redes terroristas no debe concebirse ni declararse como una neocruzada de los países industrializados contra los mundos musulmanes”, advirtió el ex presidente francés Valéry Giscard d’Estaing, en una columna aparecida en el diario Washington Post.

Los europeos también dudan de la exactitud de los datos que tienen los servicios de inteligencia estadounidenses acerca de Bin Laden y su presunta influencia e infraestructura, y pretenden que la ofensiva militar estadounidense no sea indiscriminada ni realizada de forma que incite el odio del mundo musulmán.

Los europeos “tienen más inversiones en esa parte del mundo, están más cerca y tienen muchos más musulmanes viviendo en sus sociedades que nosotros”, dijo un colaborador del Congreso legislativo.

Pakistán logró que Washington le retire las fuertes sanciones económicas y el embargo a la ayuda que padece a cambio de proporcionar aeropuertos para que Estados Unidos los utilice en la ofensiva militar.

Rusia advirtió a sus vecinos de Asia central que no proporcionen bases a las fuerzas militares estadounidenses, y tiene varios puntos discrepantes para plantear a Estados Unidos, como la expansión de la OTAN y los planes de Washington para construir un sistema de defensa contra misiles.

Las dudas aliadas

YOJANA SHARMA

Corresponsal de IPS en Berlín.

Gobiernos de países europeos miembros de la OTAN manifiestan dudas sobre el alcance práctico del apoyo que prometió la organización a Estados Unidos para su campaña militar contra el terrorismo internacional.

“Convertir declaraciones de solidaridad y promesas de simpatía en apoyo militar será un desafío para muchos países europeos”, incluso si Estados Unidos lograra probar que los ataques fueron planeados desde el exterior, dijo un diplomático de la Unión Europea (UE) en Berlín.

El Consejo de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) invocó el capítulo quinto del Tratado de Washington, constitutivo de la alianza.

Se trata de una cláusula de defensa recíproca según la cual, un ataque exterior contra alguno de los países de la organización puede considerarse una agresión a todos los miembros.

Pero Alemania, Holanda y Noruega cuestionaron el papel de la OTAN, mientras se asienta la nube de polvo en las ruinas de las torres gemelas del World Trade Center de Nueva York y el Pentágono.

“La posible contribución a una defensa recíproca” aún debe ser decidida por Alemania, dijo el canciller (primer ministro) Gerhard Schroeder. La OTAN todavía no ha decidido “ninguna acción concreta” contra los responsables del ataque, aclaró. El ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, Joschka Fischer, consideró que Estados Unidos debía “examinar detenida y fríamente” la situación antes de reaccionar. La apelación de la OTAN al capítulo quinto del Tratado de Washington “ha mostrado la fortaleza de la Alianza”, pero “ahora se necesitan soluciones políticas para Medio Oriente y otros conflictos regionales”, dijo Fischer en Berlín.

“No estamos al borde de una guerra”, subrayó, por su parte, el ministro de Defensa alemán Rudolph Scharping en un debate en el Bundestag (parlamento) sobre el apoyo de la OTAN a Estados Unidos.

La “venganza y el castigo” no resolverán los problemas, y se debe identificar a los terroristas y a sus socios antes de decidir una “respuesta apropiada”, afirmó.

El gobierno estadounidense reconoció que, como la prensa lo suponía, el principal sospechoso de los atentados es el fundamentalista islámico Osama Bin Laden, supuestamente protegido por el movimiento Talibán, que gobierna Afganistán.

Noruega también expresó sus reservas en Bruselas. “Es poco probable que fuerzas noruegas formen parte de la operación de represalia. La declaración de la OTAN debe ser vista en primer lugar y sobre todo como un firme respaldo político”, dijo el ministro de Defensa noruego, Bjoern Tore Godal.

Incluso Gran Bretaña, el principal defensor de Washington, dejó en claro que cualquier acción militar debe ser precedida por consultas conjuntas

entre los 19 miembros de la OTAN. “Esto no será un cheque en blanco”, dijo un funcionario británico después de la resolución en Bruselas.

Lograr que todos los miembros europeos de la OTAN participen en una operación militar conjunta puede ser un proceso largo y complejo, pues cada estadio de un operativo, desde la planificación hasta la puesta en práctica, debe contar con el consenso de los integrantes, señalaron diplomáticos.

La reunión de embajadores de la OTAN mostró claramente que no hay consenso sobre las acciones que la OTAN debería adoptar.

Pero, además, el capítulo quinto del tratado constitutivo establece que la agresión debe ser externa, lo cual debe comprobarse, y no indica cómo deberían reaccionar los aliados cuando el responsable de la agresión no es un estado.

La “conducta militar de Occidente” está “dominada por el discurso de ataques precisos contra objetivos militares y la decisión de evitar daños colaterales”, dijo Lawrence Freedman, profesor de Estudios Bélicos en el King’s College de Londres.

Por primera vez en 1999, la cumbre de la OTAN resolvió que las “acciones de terrorismo, sabotaje y crimen organizado que perturben el flujo de recursos vitales” serían consideradas actos de provocación contra estados miembros.

Pero aún no existe ningún plan de contingencia o acción conjunta prevista por la OTAN contra este tipo de ataques.

Según expertos de seguridad, además de Estados Unidos, solo Gran Bretaña y Francia tienen capacidad para atacar objetivos en Medio Oriente, pero países como Alemania e Italia podrían utilizarse como bases de lanzamiento de ataques.

Estados Unidos podría pedir autorización para sobrevolar el espacio aéreo de otras naciones europeas, la mayoría de las cuales espera que no se les solicite el envío de contingentes militares propios.

Por otra parte, Estados Unidos podría preferir lanzar una operación militar propia con apoyo de la OTAN en lugar de una campaña dirigida por un comando conjunto de la alianza que exigiría aprobación de todos los 19 países.

“Estar obligado por las decisiones de la OTAN podría ser problemático para Estados Unidos, pues limitaría su libertad de acción”, dijo el diario Frankfurter Allgemeine, de Francfort, en un editorial.

“Muchos gobiernos de Europa esperan que Washington considere demasiado lenta y burocrática la estructura de la OTAN y planifique y lance su

propia acción militar con algún apoyo logístico de sus aliados europeos”, afirmó un diplomático de la UE en Berlín.

“Pakistán y Arabia Saudita, dos de los tres países que reconocieron al régimen del Talibán, podrían ser militarmente mucho más importantes que los aliados europeos”, subrayó.

De hecho, miles de efectivos militares estadounidenses y aviones de guerra están apostados en Arabia Saudita, país que podría ser una “plataforma de lanzamiento”, clave para cualquier ataque.

La lección no aprendida de Pearl Harbour

JIM LOBE

Corresponsal de IPS en Washington.

Los atentados en Nueva York y Washington, como el sorpresivo bombardeo japonés de Pearl Harbour hace 60 años, son el resultado de graves descuidos de ambas partes, atacantes y atacados, que tendrán severas consecuencias para el mundo.

El ataque a la base aeronaval estadounidense de Pearl Harbour, en Hawái, donde murieron unos 2.400 militares y civiles, marcó un hito en la historia, porque fue la primera vez que fuerzas extranjeras atacaron territorio estadounidense desde que los británicos incendiaron el Capitolio en 1812.

Pero principalmente, el bombardeo japonés contra aquella base naval puso fin al aislamiento de Estados Unidos y lo arrastró a la segunda guerra mundial (1939-1945), que terminó con el lanzamiento de las bombas atómicas sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki.

En Pearl Harbour nació la moderna política de seguridad nacional de Estados Unidos y comenzó a surgir una amplia gama de nuevas técnicas de inteligencia. Aún está por verse si los atentados, en los que murieron más de 6.000 personas, tendrán un impacto similar.

Pero el hecho de que Pearl Harbour fuera el episodio histórico más recordado da la pauta de que el ataque contra las torres del World Trade Center y el Pentágono pueden marcar otro punto de inflexión en el mundo.

Washington, a pesar de la capacidad y experiencia de sus servicios de inteligencia, fue tomado completamente por sorpresa, como ocurrió aquel 7 de diciembre de 1941.

El gobierno estadounidense tenía indicios de eventuales ataques, pero los agentes de inteligencia creyeron que los objetivos serían instalaciones en el exterior, como ocurrió con las embajadas en Kenia y Tanzania en 1998 y con el buque USS Cole en Yemen el año pasado.

Nunca imaginaron que aviones comerciales serían lanzados contra los edificios insignia del propio territorio de Estados Unidos.

Nadie pensó que los grupos fundamentalistas islámicos, como Al Qaeda del millonario saudita Osama Bin Laden, la organización sobre la que recaen las sospechas, tendrían experiencia, infraestructura y militantes preparados para secuestrar en forma simultánea cuatro aviones comerciales y conducirlos hacia los objetivos.

Los expertos en lucha contra el terrorismo consideraban, desde la guerra contra Iraq en 1991, que esas organizaciones podrían usar armas químicas o biológicas, pero no esperaban acciones como las del martes 11 de septiembre.

Lo mismo ocurrió en Pearl Harbour. Algunos advertían un posible ataque de Japón a la flota del Pacífico, pero los altos mandos desechaban esa opinión, pues creían que el imperio japonés carecía de fuerza aérea para un ataque de esa envergadura.

Además, créase o no, las autoridades estadounidenses de la época pensaban que los japoneses no tenían capacidad visual suficiente, debido a las características de sus ojos, como para realizar con éxito un bombardeo sobre Pearl Harbour.

Washington subestimó por completo el poderío japonés, pero Tokio también cometió errores fatales.

La facilidad con que expandió su imperio, derrotando una generación antes a Rusia y ocupando vastos territorios de China en los años 30, estimuló la creencia de los mandos japoneses de su superioridad racial y militar.

Japón creía que si destruía la flota estadounidense en el Pacífico podría alejar a Washington de Asia oriental por un tiempo suficiente como para consolidar su poder en la región, y en particular en las Indias Holandesas orientales (la actual Indonesia), ricas en petróleo. Tokio creía que a Washington le costaría años recuperarse del ataque.

Los militares japoneses, para quienes a raza blanca era esencialmente cobarde, estaban convencidos de que una operación fulminante contra Pearl Harbour acabaría con la moral y la autoconfianza de Estados Unidos, que se retiraría de la región para fortalecer su territorio y permanecer fuera de la guerra.

Japón subestimó por completo la capacidad de reacción estadounidense. En lugar de destruir su moral, Pearl Harbour galvanizó y unió a la nación como ningún otro acontecimiento en el pasado.

Todo estadounidense con buen físico y aun muchos jóvenes menores de edad se presentaron como voluntarios para la guerra pocos días después del ataque. La imprevista operación inflamó una sangrienta guerra que terminó cuatro años después con la destrucción con bombas atómicas de dos ciudades de Japón.

Es muy probable que los extremistas islámicos como Bin Laden y sus aliados, si es que realmente estuvieron detrás de los atentados, cometieran errores similares por partir de parecidas suposiciones. Como Japón, superaron grandes desafíos y derrotaron a poderosos enemigos, como hizo Afganistán con la Unión Soviética en los años 80.

Los extremistas también se consideran moralmente superiores a Occidente, y en especial a Estados Unidos, calificado en más de una vez por Bin Laden como “tigre de papel”.

“Con pocos recursos y con nuestra fe podemos vencer a la más grande potencia militar de los tiempos modernos. Estados Unidos es mucho más débil de lo que parece”, aseguró Bin Laden en un vídeo de dos horas divulgado en el mundo árabe el verano boreal pasado.

En cierta forma, algunos acontecimientos parecen fortalecer la opinión del extremista saudita. Las fuerzas de Estados Unidos se retiraron de Somalia en 1993 luego de que 18 de sus soldados fueran asesinados en una emboscada en las calles de Mogadiscio, al parecer organizada por Bin Laden.

La guerra de Kosovo, en 1999, confirmó que Washington sólo está dispuesto a pelear desde una distancia segura.

Estados Unidos sólo respondió a los mortales atentados terroristas en Kenia y Tanzania con misiles crucero lanzados sobre supuestos campos de entrenamiento en Afganistán y contra una fábrica de productos farmacéuticos en Sudán.

El resultado parece haber sido el robustecimiento de la posición de Bin Laden en el mundo islámico, sin mengua de su capacidad militar. Washington todavía no respondió al atentado suicida contra el USS Cole, que mató a 17 infantes de marina y que, al parecer, fue también organizado por la red de Bin Laden.

Cuando en junio circularon rumores de un posible atentado contra la Quinta Flota estadounidense en el Golfo, ésta puso rumbo de inmediato a alta mar, alejándose de la zona de riesgo.

Dados esos antecedentes, Bin Laden u otros extremistas pueden haber creído que un ataque letal de gran magnitud contra dos ciudades clave, que pudiera ser visto por la población estadounidense, bastaría para derrumbar la moral militar de este país y obligarlo a abandonar la región del Golfo.

Pero la reacción de la opinión pública no ha sido la que aguardaban los terroristas. Los hechos parecen decir que renace en Estados Unidos el espíritu de unión nacional que se vio después de Pearl Harbour.

Atentados cambian rumbo de globalización

GUSTAVO GONZÁLEZ

Corresponsal de IPS en Santiago de Chile.

Los ataques del día 11 en Nueva York y Washington, así como la respuesta de Estados Unidos, abren interrogantes sobre el futuro de la globalización y de los movimientos que cuestionan ese proceso.

El historiador y periodista italiano Gennaro Carotenuto y el periodista chileno Víctor Hugo de la Fuente advirtieron el riesgo de que se satanice a los movimientos globalifóbicos por sus críticas contra la hegemonía mundial de Estados Unidos.

“La reacción de muchos será la impuesta por los medios de comunicación: cualquier crítica al imperio (Estados Unidos) es hoy en día casi complicidad con el terrorismo”, dijo a IPS Carotenuto desde su centro de trabajo en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Macerata, en Italia.

La posible prevalencia de ese tipo de enfoques sería “un golpe gravísimo” para los críticos de la globalización neoliberal, agregó Carotenuto, miembro del Foro Social de Génova, que promovió las protestas pacíficas durante la reunión del Grupo de los 8 países más ricos del mundo, realizada en julio en ese septentrional puerto italiano.

Por su parte, De la Fuente sostuvo en Santiago de Chile que “es evidente que Estados Unidos y los sectores más reaccionarios ya se han lanzado contra los movimientos que se oponen a la globalización neoliberal intentando demonizarlos”.

“Pero nuestros movimientos son pacifistas y defienden valores y principios apreciados por la gran mayoría de la población, como son la justicia y

la paz social”, agregó el coordinador en Chile de ATTAC (Asociación por una Tasa a las Transacciones Financieras y la Acción Ciudadana).

De la Fuente dijo a IPS que el presidente estadounidense George W. Bush “pretende chantajear a los países y habitantes del planeta señalando que se está con Estados Unidos o se está con el terrorismo”.

Para Carotenuto, los ataques del día 11 contra las torres gemelas del World Trade Center, de Nueva York, y el edificio del Pentágono, sede del Departamento de Defensa, en Washington, son también “hijos de la globalización”.

“Esto es así en el sentido de que realizaron lo que jamás había pasado en la historia de Estados Unidos: llevar la ‘guerra’ a su territorio. Aunque la idea de que haya sido un acto de guerra, según la versión de Bush, es funcional al sistema que él mismo preside”, indicó el activista y académico italiano.

Washington “siempre pensó poder actuar en política exterior sin que ello tuviera consecuencias en la casa propia, y esa idea está completamente superada por los eventos del día 11”, comentó Carotenuto.

Tras sentenciar que esos atentados “son condenables desde todo punto de vista”, De la Fuente estimó que constituyen también un resultado de los intentos de implantar el capitalismo y la globalización neoliberal “como el único sistema y camino posible para la humanidad”.

El coordinador chileno de ATTAC insistió en que la globalización ha acentuado las diferencias entre países ricos y pobres, y eso beneficia sólo a los grandes grupos económicos.

“Mientras se mantenga esa situación y exista una superpotencia que se arroga el papel de gendarme internacional, se seguirán generando odios y actitudes de violencia, incluso irracional como es el terrorismo”, apuntó De la Fuente.

Los dos activistas coincidieron en que la decisión de Estados Unidos de encauzar la respuesta internacional a los ataques a través de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) está acentuando la pérdida de influencia de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en el mundo globalizado.

“Hoy, más que nunca, es necesario que existan organismos a nivel internacional como la ONU y la Corte Penal Internacional, para que ayuden a resolver los conflictos y no se imponga la ley del más fuerte”, dijo el periodista chileno.

A su vez, Carotenuto apuntó que la última vez que la ONU y su Consejo de Seguridad tuvieron algún protagonismo fue en la guerra del Golfo, en 1991, porque entonces todavía existía la Unión Soviética.

Una de las dudas planteadas es si de esta crisis emergerá un sistema internacional caracterizado por un rumbo más militarizado de la globalización y con una mayor presencia hegemónica de los Estados Unidos.

Según la canciller de Chile, Soledad Alvear, el gobierno de Bush está haciendo “un esfuerzo diplomático importante” por alejarse de esa posibilidad y generar una respuesta conjunta de la comunidad internacional contra el terrorismo.

Alvear apuntó que las convenciones mundiales y hemisféricas, como el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), firmado en 1947, deben ser adecuados a una nueva realidad, que cambie sus parámetros iniciales inspirados en la guerra fría y se sitúen frente a las “nuevas amenazas” del terrorismo y el narcotráfico.

Carotenuto no descartó que Estados Unidos, debido a la necesidad de buscar apoyos para ganar militarmente su “guerra contra el terrorismo”, deba ceder en aspectos de la ortodoxia neoliberal con que se rige en sus relaciones económicas internacionales. Es probable que, como consecuencia de esas concesiones, surja un mundo más multilateral en lo económico luego de esta crisis, comentó el historiador y periodista italiano.

“Lo que sí es seguro es que habrá una dramática disminución de los derechos civiles”, en el contexto de las medidas de seguridad que se están adoptando después de los atentados en Estados Unidos.

“¿Hasta cuándo será obligatorio presentarse tres horas antes a tomar un avión?”, se preguntó Carotenuto. Se aceptan esas restricciones porque “hay miedo y patriotismo”, pero no se sabe hasta cuándo las soportará la economía neoliberal, señaló.

En estas condiciones, al movimiento antiglobalización le resulta “mucho más difícil volver a salir a la calle”, concluyó el dirigente del Foro de Génova.

El dilema de Asia Oriental

TIM SHORROCK

Corresponsal de IPS en Washington.

La creciente oposición en países de Asia oriental a la presencia de bases y tropas estadounidenses choca contra iniciativas de Washington y de los gobiernos de la región para aumentar esa presencia, indicaron analistas.

Las Fuerzas Armadas estadounidenses planean aumentar su despliegue en la región y el gobierno de Japón estudia la posibilidad de profundizar su alianza militar con Estados Unidos, tras los ataques terroristas del 11 de septiembre en Nueva York y Washington.

“El gobierno de Estados Unidos y los de Asia oriental afrontarán un importante desafío político”, pronosticó Kent Calder, director de un programa sobre las relaciones entre Washington y Tokio en la estadounidense Universidad de Princeton.

“La competencia política interna en los países de la región conduce a presiones contra las bases estadounidenses”, señaló el especialista, quien fue asesor especial de dos embajadores de Estados Unidos en Japón, Walter Mondale y Tom Foley, en un foro organizado por la japonesa Fundación Sasakawa para la Paz.

“En Japón se fortalecen las posiciones populistas de quienes piden la reducción del despliegue militar estadounidense”, dijo en ese foro Yoichi Kato, periodista del diario japonés *Asahi Shimbun*.

“El papel de Estados Unidos en la defensa de Japón es muy cuestionado”, añadió Kato, investigador invitado en la Universidad Nacional de Defensa y el Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales, ambos con sede en Washington, donde se realizó el foro.

El debate se llevó a cabo dos días después de que el Departamento de Defensa estadounidense diera a conocer la última edición de su *Revista Cuatrienal de Defensa*, una publicación dedicada a formular propuestas sobre la política militar y la estrategia del país.

La revista terminó de redactarse tras los atentados del 11 de septiembre, y en ella se destaca la importancia de la defensa del territorio estadounidense, así como la necesidad de aumentar el despliegue militar “disuasivo” en regiones clave del mundo, entre ellas Asia oriental.

Los autores del informe no mencionan en forma específica a China, pero dan a entender en forma muy clara que consideran necesario el despliegue en Asia de fuerzas suficientes para mantener a raya a las tropas de Beijing, y afirman que “Asia se transforma en forma gradual en una región donde puede producirse una competencia militar en gran escala”.

“Existe la posibilidad que emerja en esa región un competidor militar con una formidable base de recursos, y el litoral oriental asiático, desde la Bahía de Bengala al Mar de Japón, es un área en la cual los desafíos son especialmente importantes”, sostuvieron. La mayor parte de ese litoral corresponde a las costas de China.

El Departamento de Defensa enfatizó que la marina de guerra estadounidense debe aumentar su despliegue de portaaviones en el Pacífico Occidental, y estudiar “opciones para instalar bases que puedan ser puertos de referencia de tres o cuatro nuevas naves de guerra y submarinos lanzadores de misiles de largo alcance destinados al área”.

Eso se agregaría a la ya formidable presencia militar que implica la base naval estadounidense en la centrooriental ciudad japonesa de Yokosuka, puerto de referencia del portaaviones Kitty Hawk, el único de Estados Unidos con base fuera del país.

Washington debe “mantener sus importantes bases militares en Europa Occidental y Asia Nororiental, desde las cuales es posible desplegar fuerzas para afrontar contingencias en otras regiones del mundo”, según los autores del informe del Departamento de Defensa.

En Asia, esas bases incluyen las instaladas en Corea del Sur por el Ejército, y dos en la sudoccidental isla japonesa de Okinawa.

Una de las bases en Okinawa es la de Kadena, la mayor de la Fuerza Aérea fuera de Estados Unidos, y la otra, de la Infantería de Marina, es una de las tres instaladas por esa fuerza para despliegue rápido fuera del país.

El despliegue de soldados estadounidenses en Europa disminuyó de 250.000 a menos de 85.000 tras el fin de la Guerra Fría, pero la presencia militar de Washington en Asia no se ha reducido, sino que tendió a fortalecerse en los últimos cinco años, destacó Calder. En ese período, cambios económicos y políticos en los países asiáticos anfitriones de las bases estadounidenses han cambiado el panorama estratégico y creado presiones que Calder y Kato consideran amenazas para la posición militar de Washington en la región. En Corea del Sur, la política gubernamental de reconciliación con Corea del Norte, así como las negociaciones entre Washington y Pyongyang, han “reducido en forma sustancial la percepción de una amenaza por parte de Seúl”, señaló Calder. Ese cambio se suma al aumento de las libertades políticas en Corea del Sur, y los sudcoreanos tienden a actuar en forma “menos inhibida” y a expresar mayor hostilidad contra la presencia militar estadounidense, comentó. En Japón, organizaciones no gubernamentales y movimientos sociales han aumentado su presión contra las bases estadounidenses, en especial luego de que un integrante de la Infantería de Marina de Estados Unidos violó en 1995 a una joven de Okinawa. Seis años después, la hostilidad en Okinawa contra los estadounidenses es tan grande que un incidente similar al de 1975 “conduciría al colapso de la alianza militar” entre Washington y Tokio, aseguró Kato. Además, los graves problemas económicos que afronta Japón desde hace una

década estimulan las críticas al gasto anual de unos 5.000 millones de dólares que realiza Japón para albergar las bases estadounidenses.

El gobernante Partido Democrático Liberal (PDL) ha cambiado sus posiciones históricas debido al liderazgo del actual primer ministro, Junichiro Koizumi, cuyo programa de reformas estructurales busca sustituir el reparto de la riqueza por el reparto de las cargas, indicó Kato.

En ese contexto, “es natural que la gente se pregunte si el país mantiene un trato justo” con Estados Unidos, o si Washington “se aprovecha” de Tokio, opinó. El PDL, en el cual coexisten fracciones proestadounidenses y antiestadounidenses, afronta un grave dilema y “carece de argumentos convincentes para defender la alianza” militar con Estados Unidos, aseguró.

Esa alianza podía justificarse durante la Guerra Fría, al invocar amenazas de la Unión Soviética o de Corea del Norte, pero en la actualidad se ha defendido con argumentos sobre el peligro del terrorismo internacional, contra el cual la presencia militar estadounidense en Japón “es poco eficaz”, explicó.

El gobierno japonés debería sostener en forma pública que la razón de esa alianza es en la actualidad la amenaza de China, y “la gente lo apoyaría”, añadió.

Tras los atentados del 11 de septiembre, Koizumi decidió desplegar las Fuerzas de Autodefensa de su país, al cual Estados Unidos impuso prescindir de un Ejército tras derrotarlo en la Segunda Guerra Mundial, para apoyar eventuales acciones militares de Washington en respuesta a esos ataques terroristas.

En una encuesta realizada por el diario japonés Asahi sobre ese despliegue, 46 por ciento de los consultados expresaron su oposición a la decisión de Koizumi, y 42 por ciento la apoyaron. “Eso muestra que la gente aún no está segura de que Japón deba emprender acciones militares”, comentó Kato.

Impactos sobre Asia Meridional

MUSHAHID HUSSAIN

Corresponsal de IPS en Islamabad.

Más que ninguna otra región del mundo, Asia meridional enfrentará graves consecuencias por la campaña antiterrorista emprendida por Estados Unidos tras los atentados suicidas de Nueva York y Washington.

Una de esas consecuencias es la puja entre Pakistán e India, naciones rivales, acerca del papel de cada una en la coalición militar encabezada por Estados Unidos.

Otro efecto es la creciente oposición interna a la decisión del gobierno paquistaní de alinearse con Washington. Cuatro personas murieron en la ciudad de Karachi durante una huelga general convocada por partidos e instituciones islámicas contra la decisión del gobierno del general Pervez Musharraf de colaborar con Washington. Hubo manifestaciones en varias ciudades del país.

Pakistán debió optar entre exponerse a las represalias estadounidenses o sacrificar su independencia estratégica para preservar otros valores.

Desde los ataques, la concepción estadounidense sobre Asia meridional cambió radicalmente. El gobierno de George W. Bush reformuló sus propósitos iniciales, que se referían a la promoción de India como contrapeso de China, considerada el nuevo adversario a controlar, y el abandono del apoyo a Pakistán.

“La preocupación común de Estados Unidos e India acerca del creciente poderío de China y de sus intentos por aumentar su influencia en el resto de Asia constituyen la base obvia para una cooperación estratégica”, afirmaba el 3 de octubre el periodista Nayan Chanda en el diario *International Herald Tribune*. Pero los atentados en los que murieron al menos 6.300 personas alteraron el escenario estratégico.

Pakistán mostró una notable presteza para sumarse a la campaña estadounidense, ante la posibilidad de que India ofreciera sus bases para combatir al extremista saudita Osama Bin Laden, refugiado en Afganistán y señalado por Estados Unidos como principal sospechoso de los atentados.

Estados Unidos no apeló a India, sino que emplazó a Pakistán, al que considera un integrante clave de su coalición.

Si bien no se habló públicamente de compensaciones, la prensa estadounidense aseguró que Musharraf pidió a Bush el levantamiento de sanciones económicas, la reducción de la deuda paquistaní y una postura activa de Estados Unidos en el conflicto por Cachemira, que enfrenta a Pakistán e India.

Varios funcionarios estadounidenses aseguraron que las demandas paquistaníes eran “razonables” e incluso menores, comparadas con lo que Estados Unidos espera obtener de la cooperación de Pakistán.

En su discurso, Musharraf justificó su decisión de cooperar con Washington como una medida para proteger la seguridad, la economía y los bie-

nes estratégicos (los programas misilísticos y nucleares) de Pakistán, y la causa cachemira.

India procura “aislarnos, acercándose a Estados Unidos e intentando que se nos considere como un estado terrorista”, dijo también el gobernante militar.

Pero Washington hizo caso omiso a los intentos de India de presentar a Pakistán como socio del terrorismo de Bin Laden.

La pérdida de protagonismo de India se produjo a pesar de las buenas relaciones entre el gobierno de Bush y el oficialista partido Bharatiya Janata (nacionalista hindú).

Nueva Delhi se basó en los entendimientos alcanzados en 2000 en el Grupo Conjunto de Trabajo sobre Terrorismo, según los cuales Estados Unidos, India y países como Rusia e Israel, emprendían esfuerzos de cooperación contra el terrorismo.

Para India, ese grupo asumía un protagonismo natural si la estrategia antiterrorista de Estados Unidos se concentraba en Asia meridional.

Por eso, el ministro de Asuntos Exteriores Jaswant Singh se apresuró a ofrecer bases a Estados Unidos, incluso antes de cualquier pedido de Bush.

El otro error indio fue creer que la presión islámica interna impediría a Pakistán distanciarse del movimiento islámico Talibán, que controla casi todo el territorio afgano y alberga a Bin Laden.

En ese contexto no sorprenden las críticas dentro del propio gobierno indio por el apresuramiento de Nueva Delhi, que no logró sintonizar con las propuestas de Washington.

“India se adelantó a ofrecer ayuda militar y asistencia logística sin conocer el plan de Washington”, dijeron algunos ministros, según aseguró el diario Indian Express.

Al día siguiente, el gobierno desmintió que Estados Unidos hubiera solicitado permiso para utilizar bases militares y que India las hubiera ofrecido.

Un encuentro internacional para considerar la cuestión afgana celebrado en Dushambe, capital de Tayikistán, contó con la participación de Rusia, India, Irán, Uzbekistán y representantes de la Alianza del Norte, resistencia armada contra el Talibán, cuyo líder Ahmad Massud, fue asesinado dos días antes de los ataques en Estados Unidos.

Esa reunión pretendió un abordaje del caso afgano excluyendo a los pakistaníes y al Talibán, pero la nueva estrategia estadounidense se basa en la inclusión de Pakistán y de otros estados musulmanes.

Los promotores de la campaña militar que seguramente será lanzada sobre Afganistán procuran eludir la concepción del “choque de civilizaciones”,

para evitar el choque entre el mundo musulmán y Estados Unidos. El Islam, y no India, es la clave de la actual crisis, por eso Pakistán tiene un papel crucial, a juicio de los estrategas estadounidenses.

Vuelve la guerra fría

RANJIT DEVRAJ

Corresponsal de IPS en Nueva Delhi.

Asia meridional parece volver a la guerra fría, mientras India estrecha sus vínculos militares con Rusia y el secretario de Estado estadounidense Colin Powell realiza consultas en la región sobre un gobierno pos-Talibán en Afganistán.

El viceprimer ministro ruso Ilya Klebanov destacó, de visita en Nueva Delhi, que Rusia siempre respaldó a la opositora Alianza del Norte en Afganistán y se opuso al régimen radical islámico Talibán, ahora blanco de bombardeos por una coalición internacional contra el terrorismo encabezada por Washington.

“Debo decir que India y Rusia tienen igual visión sobre la situación en Afganistán, pero hoy las potencias occidentales se suman a nuestros esfuerzos”, declaró Klebanov en conferencia de prensa.

Así mismo, anunció que Rusia firmará un contrato para arrendar a India cuatro bombarderos TU-22, capaces de portar ojivas nucleares.

Sin embargo, Klebanov no respondió si Moscú planea arrendarle también a Nueva Delhi un submarino nuclear, como lo hizo durante la guerra fría.

El año pasado, India firmó un acuerdo con Rusia para comprarle equipos militares por 3.000 millones de dólares, incluso cazas SU-30, tanques T-90 y el portaaviones Almirante Gorshkov, en una reminiscencia de los estrechos vínculos de defensa entre ambos países durante la guerra fría. India respaldó la ocupación soviética de Afganistán en la década de 1980.

Desde 1996, cuando Talibán tomó Kabul, y hasta los atentados del 11 de septiembre en Estados Unidos, Nueva Delhi brindaba respaldo a la opositora Alianza del Norte, mientras Pakistán, su vecino y rival, apoyaba a Talibán.

Ahora, cuando el gobierno afgano es blanco de ataques por proteger al saudí Osama Bin Laden -el principal sospechoso de los atentados de Nueva York y Washington-, India intenta impedir que el próximo régimen de Afganistán quede en manos de la Alianza del Norte.

Klebanov y el primer ministro indio Atal Bihari Vajpayee conversaron sobre el futuro político de Afganistán y la situación actual de la región antes de brindar su conferencia de prensa.

El canciller estadounidense Powell llegó a Nueva Delhi luego de hacer una serie de concesiones a Pakistán, que está colaborando con la campaña antiterrorista de Washington.

El presidente pakistaní Pervez Musharraf advirtió que un vacío de poder en Kabul podría provocar una nueva guerra civil y exigió garantías de que se tomen en cuenta los intereses de la etnia mayoritaria patán en la futura conformación política del vecino Afganistán.

La etnia patán, a la que pertenecen los Talibán, constituye 45 por ciento de la población afgana y tiene estrechos vínculos históricos y culturales con los pakistaníes. Los otros grupos, incluidos los tajikos, los uzbekos y los hazaras, son los que integran la opositora Alianza del Norte.

La visita de Powell a Islamabad estuvo destinada a explorar la posibilidad del retorno del rey afgano exiliado, Mohammed Zahir Shah. Pese a ser patán, se cree que Shah podría ser un factor de unión para las distintas tribus afganas durante un régimen interino.

“El ex rey, el ala moderada de los Talibán, la Alianza del Norte y exiliados políticos afganos deben integrar el futuro gobierno”, declaró Musharraf en una conferencia de prensa conjunta con Powell.

Powell concordó con Musharraf en que los Talibán deben participar del próximo gobierno afgano.

“Si nos deshacemos del régimen (Talibán), persistirán aquellos que sigan sus enseñanzas y creencias”, advirtió el secretario de Estado.

Por su parte, Musharraf respondió a ese respaldo político reafirmando el apoyo de Pakistán “por tiempo indefinido” a la operación militar de Estados Unidos en Afganistán.

Mientras, India y Pakistán intercambiaban disparos por segundo día consecutivo a través de la Línea de Control que divide la región musulmana de Cachemira entre ambos países. La parte india de Cachemira ya fue causa de tres guerras entre los dos estados de Asia meridional, armados con bombas nucleares.

El presidente de Estados Unidos, George W. Bush, exhortó a ambos países a reducir la tensión. “Considero importante que India y Pakistán se contengan durante nuestras actividades en Afganistán y para siempre”, dijo.

En Islamabad, Powell también urgió a ambos rivales nucleares a reanudar el diálogo para buscar una solución pacífica a la cuestión de Cachemira.

Pero el ministro de Defensa de India, George Fernandes, prometió continuar con las “acciones punitivas” en la frontera para impedir que militantes pakistaníes se infiltren en territorio indio.

India acusa a Pakistán de patrocinar el “terrorismo transfronterizo” en Cachemira, pero Islamabad sostiene que sólo brinda a los guerrilleros separatistas “apoyo moral y diplomático”.

Colin Powell en peligroso equilibrio

PRAFUL BIDWAI

Corresponsal de IPS en Nueva Delhi.

La primera visita del secretario de Estado (canciller) estadounidense Colin Powell a India y Pakistán finalizó, mientras se profundizaba la tensión entre los dos países vecinos por la región de Cachemira y por la integración de un futuro gobierno en Afganistán.

Powell y su par indio Jaswant Singh no avanzaron en la resolución de las discrepancias entre India y Pakistán acerca de la integración de un futuro gobierno en Afganistán, tras una posible caída del régimen fundamentalista islámico de Talibán, que controla 90 por ciento de su territorio.

Estados Unidos y Gran Bretaña dirigen bombardeos contra Afganistán desde el 7 de octubre, ante la negativa del Talibán de entregar al saudita Osama Bin Laden, responsabilizado por Estados Unidos de los atentados terroristas contra Nueva York y Washington el 11 de septiembre.

India respalda a la Alianza del Norte, coalición que combate a Talibán y que incluye a minorías étnicas, mientras Pakistán apoya a este movimiento, en que predomina la mayoría patán (pashtún). Islamabad confía en que buena parte de Talibán se integrará a un futuro gobierno en Afganistán.

El diálogo de Powell con el presidente de Pakistán, Pervez Musharraf, logró reafirmar el respaldo de Islamabad a la guerra encabezada por Estados Unidos, a pesar de la creciente oposición interna, en particular de los sectores religiosos.

Pakistán aseguró que su participación en la alianza militar se mantendrá firme hasta el fin y Estados Unidos prometió no ignorar los intereses pakistaníes en la constitución de un futuro gobierno afgano.

Estados Unidos aún no manifestó sus preferencias, si bien Powell sugirió que un sector moderado del régimen Talibán podría integrar un nuevo gobierno. La presencia del funcionario estadounidense en India polarizó las diferencias dentro de la dirigencia nacional acerca de la cuestión de Cachemira y de la política antiterrorista interna.

El ala moderada del gobierno indio apoya la guerra contra el terrorismo y demanda a la comunidad internacional el reconocimiento de que el movimiento separatista en Cachemira, región disputada desde hace 54 años con Pakistán, constituye un “terrorismo transfronterizo” promovido por su vecino y rival.

El ala derechista, que parece estar ganando terreno, defiende una agresiva ofensiva militar que comprenda “una dura persecución” de sospechosos y ataques “punitivos” contra los mismos.

Los ataques “punitivos” indios que continuaron en los últimos tres días en Cachemira causaron la muerte de 30 rebeldes y la destrucción de por lo menos 11 puestos fronterizos pakistaníes en la línea de control, la división provisional que separa el territorio cachemiro en una zona india y otra pakistaní.

Los hechos coincidieron con el retorno a la jefatura del Ministerio de Defensa de George Fernandes, un claro representante de la línea dura del gobernante partido hindú Bharatiya Janata (BJP).

Powell pidió moderación a ambos países, reiterando que lo que más necesita Asia meridional es un diálogo de reconciliación.

Estados Unidos e India son aliados “naturales” que “comparten” los valores de la democracia, dijo el secretario de Estado, quien invitó al primer ministro Atal Bihari Vajpayee a visitar Washington el 9 de noviembre. Pero el gobierno indio se siente decepcionado, pues Powell no adhirió explícitamente a su definición del “terrorismo transfronterizo” en Cachemira, ni reafirmó que las relaciones bilaterales son de “largo plazo y estratégicas”, al contrario de la alianza “táctica” de Washington con Islamabad.

Nueva Delhi aspira a que Washington defina a Islamabad como el origen del terrorismo en Cachemira y que apoye su propia guerra antiterrorista, pero insiste al mismo tiempo en que la cuestión es bilateral, y no admite mediaciones de terceras partes.

Esta postura contradictoria expresa las profundas divisiones del gobierno indio sobre seguridad y sobre la política a seguir frente a Estados Unidos. Esas diferencias se hicieron manifiestas en las últimas horas. Mientras el canciller Singh calificó los incidentes fronterizos como acciones “de rutina, normales y locales” cuya importancia no debe exagerarse, el ejército informó que

los bombardeos “punitivos” fueron previstos para impedir y castigar incursiones en la zona india desde Pakistán. Más tarde, el Ministerio de Defensa describió el operativo como una “represalia” militar.

Estos hechos alarmaron a la diplomacia estadounidense en Nueva Delhi. La cancillería aseguró en reiteradas conversaciones telefónicas con la embajada estadounidense que los choques en la frontera de Cachemira no son parte de una nueva estrategia india para expulsar a los terroristas de la zona. Sin embargo, esto es lo que buscan los sectores duros que, inspirados en la nueva política mundial antiterrorista provocada por los ataques del 11 de septiembre, aspiran a eliminar al separatismo cachemir por métodos militares.

Los líderes de la sociedad extremista Rashtriya Swayam Sevak Sangh, mentora ideológica del gobernante BJP, encabezan esta postura, junto a otras organizaciones y a figuras como el Ministro del Interior Lal Krishna Advani.

Fernandes se aproximó a este sector en los últimos meses, con el cual comparte un profundo rechazo por Pakistán y por China, y gracias a su apoyo retornó al gabinete luego de siete meses de alejamiento debido a un escándalo de corrupción sobre compra de armas en que se vio envuelta su cartera.

La nueva política de ataques punitivos en Cachemira se vuelve potencialmente más peligrosa, pues ambos estados realizan ejercicios militares en la zona.

Según informes de la prensa local, el ejército indio empleó artillería pesada para destruir los reforzados puestos fronterizos pakistaníes, invulnerables a las armas “ligeras, artillería antiaérea, lanzagranadas automáticas y morteros” que Nueva Delhi asegura haber utilizado.

Imágenes de televisión de la localidad pakistaní de Sialkot confirmaron grandes daños en diversos edificios, causados en apariencia por proyectiles de artillería.

Un enfrentamiento de este tipo podría convertirse rápidamente en una escalada bélica entre dos países que cuentan con pocas salvaguardias para el uso de sus respectivos arsenales nucleares. En el último conflicto militar en Cachemira, en 1999, ambos gobiernos se amenazaron mutuamente con un ataque de este tipo.

China en un mundo de conflictos

ANTOANETA BEZLOVA
Corresponsal de IPS en Beijing.

El apoyo de China a la campaña contra el terrorismo organizada por Estados Unidos se debe a intereses propios y a su creciente dificultad para permanecer al margen de conflictos internacionales. Beijing anunció que apoyará la campaña estadounidense para castigar a los responsables de los atentados contra el World Trade Center de Nueva York y el Pentágono (Ministerio de Defensa) de Washington. El gobierno chino no había integrado anteriores coaliciones militares impulsadas por Washington, pero en esta ocasión se apresuró a señalar que actuará “hombro con hombro” con Washington, y aprobó una resolución del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas contra el terrorismo. También decidió que sus agencias de inteligencia compartan con las estadounidenses información sobre organizaciones terroristas que operan en Asia.

La cooperación entre Beijing y Washington no tiene precedentes desde que el presidente estadounidense Richard Nixon (1969-1974) y el gobernante chino Mao Zedong acordaron una alianza estratégica en los años 70, debido a la compartida rivalidad con la Unión Soviética.

La anunciada colaboración puede definir el futuro de las relaciones bilaterales y el de China como potencia regional.

Antes de los atentados del día 11, China se había presentado siempre como una víctima de poderes imperialistas extranjeros. Varias generaciones de chinos fueron convencidas por los medios de comunicación del gobierno de que Estados Unidos es el principal enemigo del país y que desea privar a China de su derecho a la grandeza.

En mayo de 1999, en ocasión del ataque de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) contra Serbia, un avión de Estados Unidos bombardeó la embajada de China en Belgrado. El Pentágono aseguró que se había tratado de un error debido al uso de planos obsoletos, pero muchos chinos creen que fue una agresión deliberada.

En abril, la captura de un avión espía estadounidense por parte de la Fuerza Aérea china, que perdió un avión con su piloto en esa operación, aumentó la hostilidad y desconfianza de la población hacia Washington.

Especialistas chinos en política internacional suponen que el gobierno no desea quedar aislado de la comunidad internacional como le ocurrió al apoyar al presidente yugoslavo Slobodan Milosevic en el conflicto con la separatista provincia serbia de Kosovo.

La OTAN lanzó su ofensiva de 1999 contra Serbia con el argumento de que era preciso evitar un genocidio en Kosovo.

“Los ataques terroristas del 11 de septiembre han despertado a China”, dijo el profesor Madhav Nalapat, experto en las relaciones del país con India de la Academia Manipal de Estudios Superiores.

“Los gobernantes comprendieron que lo ocurrido en Estados Unidos podría acaecer también en ese país”, observó Nalapat.

En teoría, Beijing y Washington tienen preocupaciones comunes en relación con el terrorismo, ya que el gobierno chino teme la creciente actividad de movimientos separatistas islámicos en la sudoccidental provincia de Xinjiang, fronteriza con Afganistán.

Tanto Beijing como Washington pretenden contener la propagación de los movimientos rebeldes islámicos en Asia central y meridional.

Pero organizaciones defensoras de derechos humanos advierten que la campaña mundial contra el terrorismo podría utilizarse para atacar a la oposición política en los países de la región.

De hecho, las autoridades chinas pusieron condiciones a su apoyo a Estados Unidos, afirmando que Washington debería respaldar a Beijing en su propio combate contra “el terrorismo y el separatismo” en Xinjiang, Tibet y Taiwan.

“Para crear una coalición global contra el terror, Estados Unidos debería poner fin al doble discurso en la lucha antiterrorista”, señaló Wang Fuchun, investigador del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad de Beijing.

La guerra llevará inestabilidad a las fronteras de China y abrirá la perspectiva de una expansión militar estadounidense en Asia central.

Estados Unidos tiene emplazados 47.000 efectivos en Japón y 37.000 en Corea del Sur, al este de China, pero un ataque directo sobre Afganistán determinaría una fuerte presencia estadounidense también en el flanco occidental.

Si bien esta situación es vista como un acuerdo a corto plazo, algunos expertos suponen que Washington estará demasiado preocupado por su seguridad interna como para comprometer una mayor protección a Taiwan, un país al que China considera una provincia cismática.

“Si Washington considera que las amenazas más importantes proceden sobre todo de Medio Oriente, ¿por qué destina tantas tropas a Asia oriental?”, cuestionó Yan Xuetong, director del Instituto de Investigación de Asuntos Internacionales de la Universidad de Qinghua.

A juicio de Yan, Washington podría verse obligado a posponer la construcción del sistema nacional de defensa con misiles, rechazado por China, para fortalecer otras formas de seguridad interna.

“¿Cuáles son los peligros más inminentes para Estados Unidos, el terrorismo o los misiles (nucleares) de alcance continental? Si el pueblo estadounidense puede ganar guerras en el exterior sin bajas, pero es asesinado en su país por una bomba, ¿dónde está su seguridad?”, se preguntó.

Además de las razones estratégicas, la voluntad china por tener protagonismo en el ámbito internacional tiene también causas económicas.

Su pedido de ingreso a la Organización Mundial del Comercio (OMC), proceso que insumió 15 años, está llegando a un exitoso final. En noviembre, la OMC debería aceptarla, abriéndole el acceso a los mercados de todo el mundo.

Finalmente, como país importador de recursos energéticos, China quiere asegurarse que ninguna guerra o atentado afecte su abastecimiento de petróleo y gas natural.

Entre la espada y la pared

ANTOANETA BEZLOVA
Corresponsal de IPS en Beijing.

China está en aprietos debido a la presión de Estados Unidos, que intenta crear una amplia coalición internacional para responder al peor atentado de su historia.

Si Beijing decide unirse a Washington en su nueva guerra contra el terrorismo internacional, se arriesga a enemistarse con algunos de sus antiguos aliados en Asia, acusados de albergar terroristas o considerados “estados renegados” por Estados Unidos.

Pero si China se opone a la campaña de Estados Unidos, se encontrará aislado de una comunidad internacional conmovida por los ataques suicidas contra las torres gemelas de Nueva York y el Pentágono.

Una semana después de los atentados, los medios de comunicación controlados por el Estado dejaron de ocuparse de esa tragedia, en señal de la difícil posición de China.

El People's Daily, el diario de mayor circulación nacional, dedicó una amplia cobertura al 70 aniversario de la invasión de China por el ejército imperial japonés y condenó toda forma de intervención militar.

El tono de la cobertura parece reflejar las contradicciones del propio gobierno acerca de las implicaciones de una campaña mundial contra el terrorismo dirigida por Estados Unidos.

Washington está determinado a atacar Afganistán si el gobierno Talibán no le entrega al saudí Osama Bin Laden, considerado el principal sospechoso de los atentados del día 11 y también de otros cometidos en 1998 contra las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania.

Es improbable que cualquier ofensiva de Estados Unidos contra Afganistán o Pakistán, aliado del régimen talibán, invoque mucho apoyo de Beijing.

En las primeras décadas del régimen comunista, China ofreció apoyo logístico y moral a varios movimientos guerrilleros radicales de Asia.

Aun en la actualidad, los servicios de inteligencia de Estados Unidos aseguran que Beijing vende tecnología nuclear y misilística a Irán, Iraq y Pakistán, entre otros países que Washington considera patrocinadores del terrorismo.

Aunque Beijing desea presentarse como una fuerza que respalda los esfuerzos comunes de la comunidad internacional, evita ser identificada con la política exterior de Estados Unidos, que a menudo califica de "hegemónica".

China defiende con firmeza el concepto de la soberanía nacional y se opone férreamente a la intervención extranjera en los asuntos internos propios o de otros países.

Muchos chinos consideran que los ataques terroristas fueron horribles, pero comprensibles debido a la agresiva política exterior de Estados Unidos, en particular en Medio Oriente.

Qiao Liang, un estratega militar de la fuerza aérea china, opinó que los atentados fueron una respuesta a la hegemonía estadounidense.

"Muchos inocentes se volvieron víctimas de la política de Estados Unidos luego de la guerra fría", arguyó.

Pero a pesar de sus escrúpulos sobre una respuesta militar a los ataques, esta vez China desea encontrar terreno común con la comunidad internacional.

En una conversación telefónica con el presidente estadounidense George W. Bush, en la noche siguiente a los ataques, el presidente chino Jiang Zemin ofreció la ayuda de su país en la guerra contra el terrorismo.

Jiang calificó al terrorismo como “un desafío para todas las personas que valoran la paz”.

“China está dispuesta a fortalecer el diálogo y la cooperación con Estados Unidos y la comunidad internacional para combatir toda forma de violencia terrorista”, informó la agencia estatal de noticias Xinhua.

Aunque el informe no ofreció detalles sobre el papel que China podría jugar en una campaña contra el terrorismo encabezada por Estados Unidos, un alto funcionario de Beijing declaró que su gobierno está dispuesto a ofrecer no sólo apoyo moral, sino también práctico.

“Depende de lo que nos pida Estados Unidos”, declaró a la prensa en Berlín Zhao Qizheng, director de la Oficina de Información del Consejo Estatal y miembro del Comité Central del Partido Comunista.

El apoyo de Beijing podría materializarse en alguna acción de los Seis de Shanghai, una organización de seguridad regional formada por China y Rusia y los cuatro países de Asia central: Kazajistán, Kirgizistán, Tajikistán y Uzbekistán.

Paradójicamente, esa alianza fue forjada como un contrapeso político de Estados Unidos, si bien su principal propósito consiste en combatir a las organizaciones radicales islámicas.

Pero esta vez Beijing decidió que su oposición al terrorismo pesa más que su oposición a las políticas de Washington.

Dos días después de los atentados en Estados Unidos, los Seis de Shanghai firmaron una declaración en Almaty, la capital de Kazajistán, en la que expresaron su compromiso de combatir el terrorismo.

Aunque Beijing teme una intervención extranjera en sus propias regiones conflictivas de Xinjiang y Tibet, temen todavía más el impacto del fundamentalismo islámico sobre el movimiento separatista de Xinjiang, en el noroeste. En esa provincia, radicales musulmanes de la etnia uighur han perpetrado atentados con bomba y asesinato a funcionarios de gobierno.

Apoyo a campaña antiterrorista acerca a dos rivales

ANTOANETA BEZLOVA

Corresponsal de IPS en Beijing.

La participación de China y Japón en la campaña contra el terrorismo encabezada por Estados Unidos forzó a ambos países asiáticos a recomponer sus relaciones diplomáticas, en una inesperada modificación de sus prioridades políticas.

El primer ministro japonés Junichiro Koizumi procuró disipar los temores de Beijing sobre un resurgimiento de las ambiciones militares de Tokio durante una visita a la capital china, y ofreció gestos conciliatorios por los crímenes de guerra cometidos por Japón.

Koizumi comenzó su viaje con una visita al puente Marco Polo, en las afueras de Beijing, donde las fuerzas japonesas lanzaron en 1937 un ataque sorpresivo que dio comienzo a la invasión de China.

Luego visitó la cercana Sala Recordatoria de la Guerra de Resistencia contra la Agresión Japonesa y ofreció allí “remordimientos y disculpas” por el sufrimiento que Japón causó al pueblo chino durante la guerra de 1937 a 1945.

Koizumi fue el segundo jefe de gobierno japonés en visitar la sala y presentar disculpas, pero el primero en dejar una corona de flores. En la cinta atada a la corona constaba su promesa de “paz permanente y amistad por generaciones” con China.

El mandatario japonés también escribió en caracteres chinos las palabras “honestidad” y “compasión” en el libro de visitantes del monumento recordatorio.

“Vi las diversas exhibiciones con sincero remordimiento por las víctimas chinas de la agresión. No debemos volver nunca a la guerra, porque esa es la única manera de honrar a los caídos”, declaró a su salida de la sala.

Tras satisfacer los deseos de sus anfitriones con una demostración de arrepentimiento, Koizumi se reunió con el presidente chino Jiang Zemin y con el primer ministro Zhu Rongji.

Las conversaciones se concentraron en el plan de Tokio de hacer aprobar una ley que permita a los militares japoneses ofrecer apoyo de retaguar-

dia, no combatiente, a la campaña antiterrorista de Estados Unidos en respuesta a los atentados del 11 de septiembre en Nueva York y Washington, que dejaron más de 6.000 muertos.

La ley alejaría a Japón de su compromiso constitucional de posguerra de restringir sus fuerzas armadas a la autodefensa, porque les permitiría custodiar bases estadounidenses en Japón, transportar armas y brindar atención médica a los soldados estadounidenses heridos.

Koizumi destacó que Japón y China deben contribuir a la guerra multinacional contra el terrorismo organizada por Estados Unidos, que se materializó con ofensivas aéreas y terrestres contra Afganistán.

El gobierno Talibán de Afganistán protege al extremista saudí Osama Bin Laden, el principal sospechoso de la autoría intelectual de los atentados del 11 de septiembre.

“Es importante que China y Japón, como miembros de la comunidad internacional, hablen sobre la manera de cooperar en la lucha contra el terrorismo”, exhortó Koizumi.

El primer ministro japonés desea demostrar su intención de cumplir la promesa formulada al presidente estadounidense George W. Bush de que Japón haría su mejor esfuerzo para respaldar la “coalicción contra el terror”.

Por su parte, Beijing dejó clara su pretensión de que el papel militar de Japón en la coalición antiterrorista se limite únicamente a la actual campaña.

Los medios oficiales chinos destacaron la visita de Koizumi al museo del puente Marco Polo y su disculpa al pueblo chino, pero decidieron ignorar el consentimiento de Beijing hacia el papel militar de Tokio en la guerra contra el terrorismo.

Si bien Koizumi descartó cualquier participación directa de las fuerzas japonesas en una represalia militar encabezada por Estados Unidos debido a la Constitución pacifista de Japón, tanto China como Corea del Sur expresaron su preocupación por lo que consideran un resurgimiento de las ambiciones militares de Tokio.

Ambos países manifestaron indignación cuando este verano boreal el mandatario japonés visitó el santuario de Yasukuni, en Tokio, que honra a criminales de guerra junto a otros caídos japoneses. Beijing y Seúl también criticaron la aprobación en Japón de textos escolares de historia que pasan por alto las atrocidades cometidas por los japoneses en tiempos de guerra. Pero a pesar de tener siempre presente el pasado militarista de Japón, China no desea ser percibida como un país opuesto a la cooperación internacional contra el terrorismo.

El día en que Koizumi llegó a Beijing, Jiang aseguró a Bush por teléfono que China está “lado a lado” con Estados Unidos en la lucha contra el terror.

Al terminar sus conversaciones con Jiang y Zhu, Koizumi declaró que obtuvo comprensión hacia el papel militar de Tokio en la campaña antiterrorista.

“Procuré el entendimiento (de China) y creo que lo obtuve”, expresó Koizumi, y describió su charla con Jiang como “alegre y disfrutable”. “Logramos un entendimiento básico para mejorar las relaciones bilaterales. El encuentro fue muy significativo”, concluyó.

Por su parte, Jiang señaló que la historia “es la base política de las relaciones chino-japonesas” y que “Asia siempre se mantendrá atenta para que Japón no retome su antiguo camino”, citado por el canal oficial de televisión. Si Japón no reconoce sus errores del pasado, será muy difícil alcanzar una mejora sustancial en sus relaciones con China y otros vecinos de Asia, advirtió Zhu a su homólogo japonés.

Gobierno de Japón impulsa colaboración militar con Estados Unidos

SUVENDRINI KAKUCHI

Corresponsal de IPS en Tokyo.

El primer ministro de Japón, Junichiro Koizumi, debe convencer a la opinión pública de la necesidad de ampliar el papel de las Fuerzas Especiales de Defensa, tras haber prometido a Estados Unidos pleno apoyo en la guerra contra el terrorismo.

Koizumi presentó al parlamento dos proyectos de ley que permitirían a las Fuerzas de Defensa ofrecer apoyo logístico de retaguardia, no combatiente, a los militares estadounidenses que ahora bombardean Afganistán en represalia por los atentados del 11 de septiembre en Nueva York y Washington.

La iniciativa del primer ministro es polémica, dado que la Constitución de posguerra de Japón es pacifista y restringe las fuerzas armadas a la defensa.

En su visita a China, Koizumi aseguró que la participación de Japón en la campaña contra el terrorismo encabezada por Estados Unidos no significa el resurgimiento de sus ambiciones militares.

En el parlamento, el primer ministro subrayó la necesidad de las nuevas leyes, en vista de los estrechos vínculos de Japón con Estados Unidos. Koizumi también promueve el porte de armas por los miembros de las Fuerzas Especiales, con fines de protección personal.

“Como ya dije y reiteré, los actos de terrorismo en Estados Unidos constituyen un desafío a la paz y la libertad no sólo de ese país, sino de toda la comunidad internacional”, dijo a la Dieta o parlamento.

“Japón planea cooperar con otros países, incluso Estados Unidos, y hacer frente a tales actos con determinación”, añadió.

Las nuevas propuestas legislativas ampliarían la controvertida ley sobre Fuerzas Especiales de Defensa aprobada en 1999, que constituyó la base para una participación más activa de Japón junto a fuerzas estadounidenses involucradas en conflictos en el extranjero, previa aprobación de la Dieta.

La Cámara de Representantes estableció una comisión especial para discutir los dos proyectos antiterroristas. Uno está destinado a permitir el envío de las fuerzas de autodefensa para proveer apoyo de retaguardia no combatiente a las ofensivas militares en Afganistán.

El otro modificaría la ley de Fuerzas Especiales de Defensa, de modo que se puedan movilizar tropas para proteger instalaciones militares propias y de Estados Unidos en territorio japonés.

En virtud de la ley actual, sólo la policía puede proteger tales instalaciones si no se trata de una emergencia militar.

Si bien el gobernante Partido Liberal Democrático controla ambas cámaras de la Dieta, Koizumi se propone obtener el apoyo de todos los partidos para sus proyectos.

Koizumi, que goza de gran popularidad y es conocido por sus inclinaciones nacionalistas, quiere aprovechar la campaña antiterrorista de Estados Unidos para que Japón se transforme en un participante activo en la resolución de conflictos internacionales, según analistas. “Definitivamente, Koizumi pretende para Japón un papel significativo del lado de Estados Unidos en el actual conflicto”, opinó Tomihisa Sakamoto, analista de defensa de la Universidad Aoyama Gakuin.

Sakamoto predijo que los proyectos serán debilitados y aprobados a condición de que la Dieta sea la que disponga si las fuerzas de autodefensa pueden colaborar con Estados Unidos. “Aunque Koizumi cuenta con mayoría de votos en la Dieta, quiere obtener el respaldo de los partidos opositores tam-

bién porque se trata de un asunto de gran sensibilidad pública”, explicó Sakamoto.

Estados Unidos se acerca al régimen represor de Uzbekistán

JIM LOBE

Corresponsal de IPS en Washington.

El acercamiento del gobierno de Estados Unidos al régimen represor de Uzbekistán en el contexto de la guerra de Washington contra el terrorismo preocupa a organizaciones de derechos humanos en este país.

Todo apoyo que brinde Washington al régimen de Islam Karimov podría ser contraproducente, aseguran.

Los 10 años de gobierno de Karimov, quien también estuvo al frente del gobierno comunista de su país antes de la independencia en 1991, eliminó prácticamente la oposición política y reprimió a los musulmanes no asociados a organizaciones islámicas reconocidas por el Estado.

“En Uzbekistán hay gran preocupación de que la crisis afgana otorgue al presidente Karimov un cheque en blanco para reprimir a la oposición política legítima y grupos religiosos”, según un informe del Grupo de Crisis Internacional, una organización con sede en Bruselas dedicada al estudio de los conflictos armados.

Si Estados Unidos “vincula demasiado sus intereses a un gobierno fundamentalmente antidemocrático, a la larga podría verse como el enemigo por los uzbekos reformistas”, concluyó el informe.

La alianza con Karimov incluso arriesga fortalecer a los grupos armados opositores, como el Movimiento Islámico de Uzbekistán, un grupo insurgente respaldado por el régimen fundamentalista islámico de Talibán, en Afganistán, al que el presidente George W. Bush vinculó directamente a Osama Bin Laden.

Bin Laden, refugiado en Afganistán con el apoyo del Talibán, es acusado por Washington de ser el principal sospechoso de los atentados terroristas del 11 de septiembre contra Nueva York y Washington.

Pero el Movimiento Islámico de Uzbekistán y casi una docena de otros “grupos extremistas islámicos” adquirieron “cada vez más apoyo popular” en

el último año, según un informe divulgado en julio por el Servicio de Investigación del Congreso, organismo estatal que tiene acceso a información secreta de Washington.

La represión de Karimov ha “radicalizado a la oposición”, según Reuel Hanks, editor de la *Journal of Central Asian Studies* (Revista de Estudios de Asia Central), quien sostiene que incluso llevó a la clase media a “recurrir a acciones cada vez más desesperadas y violentas” contra el gobierno.

“Casi no existe una familia de la clase media en Uzbekistán en que al menos uno de sus integrantes no haya sido detenido, cuestionado, encarcelado arbitrariamente o golpeado por las fuerzas de seguridad”, según Robert Cutler, especialista de Asia Central en la Universidad Carleton, de Montreal, Canadá.

Uzbekistán fue la primera república ex soviética de Asia Central en ofrecer a Washington el derecho a sobrevolar su territorio y el acceso a sus instalaciones militares, informaron funcionarios de Estados Unidos.

Los primeros vuelos militares de Estados Unidos a Uzbekistán se realizaron dos semanas después de los atentados del 11 de septiembre. El subsecretario de Estado John Bolton se reunió con Karimov en la capital uzbeqa, Tashkent. Uzbekistán es considerado importante para toda acción militar o encubierta de Estados Unidos en Afganistán, con el cual comparte una frontera de 150 kilómetros. La base aérea uzbeqa de Termez está a pocos kilómetros de la frontera, y la ex capital de la opositora Alianza del Norte -que lucha contra el régimen Talibán-, Mazar Sharif, se encuentra junto a la frontera.

Uzbekistán es la más poblada de las cinco ex repúblicas soviéticas de Asia Central y cuenta con el ejército más poderoso de la región. Karimov ha intentado, en la última década, seguir los pasos de Tamerlán el Grande, quien en el siglo XIV conquistó una extensa zona que se extendía desde Moscú hasta Nueva Delhi. Karimov envió en los últimos años a su ejército a Kazajistán y Kirgystán.

A pesar de la amenaza del Movimiento Islámico de Uzbekistán, Karimov resistió firmemente las gestiones rusas para que el país se incorporara a una organización de seguridad liderada por Moscú, y en cambio prefirió buscar ayuda militar en momentos críticos con China.

Para mantener su independencia, también buscó relaciones firmes con la Organización del Tratado del Atlántico Norte y con Estados Unidos, con el cual su ejército realizó maniobras conjuntas.

Karimov sugirió en 1998 que Washington desplegara tropas en Uzbekistán, según el antiguo comandante del Comando Central de Estados Uni-

dos, el general retirado Anthony Zinni, quien asumió como asesor especial del secretario de Estado Colin Powell.

Al igual que Tamerlán, Karimov se muestra poco tolerante al disenso. Bajo su control, el parlamento uzbeko ilegalizó a todos los partidos independientes, cuyos líderes fueron forzados a exiliarse.

Observadores internacionales reiteraron las denuncias sobre los procedimientos de sucesivas elecciones en las que Karimov se impuso por más de 90 por ciento de los votos.

Las prácticas de su gobierno se encuentran entre las más represivas de la región. Al menos 7.000 musulmanes cumplen condenas de hasta 20 años de prisión acusados de “actividades contra el estado” o “intentos de subvertir el orden constitucional”, según un informe de Human Rights Watch (HRW). La tortura es “común” y son “rutinarias” las prácticas de golpizas, electrochoque y violación de los detenidos, según el documento. Las autoridades locales organizan “manifestaciones de repudio” para intimidar y aislar a las familias de los detenidos, en especial a las mujeres, “en un retorno a los oscuros días de la Unión Soviética”. El régimen de Karimov “está radicalizando a la juventud desencantada, empujándola a tomar las armas y a unirse al Movimiento Islámico de Uzbekistán y sus aliados”, dijo en agosto ante el Congreso un diplomático estadounidense. El gobierno de Bill Clinton (1993-2001) reiteró su preocupación por las prácticas represivas, pese a que estrechó los vínculos en materia de seguridad con Uzbekistán. Tashkent recibió en la última década 263 millones de dólares en asistencia económica y militar, que comprendió importantes sumas para la lucha contra el terrorismo y el tráfico de drogas. Analistas de Washington estiman que el gobierno de Bush estrechará aun más esos lazos. Según fuentes legislativas, el gobierno pedirá al Congreso que apruebe más ayuda militar y presionará al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional (FMI) para que proporcionen más préstamos al país de Asia central. El FMI retiró este año a su representante permanente en Uzbekistán ante la negativa de Karimov de implementar reformas. Algunos analistas creen que el régimen exagera la amenaza del Movimiento Islámico de Uzbekistán, cuyos efectivos no suman más que algunos cientos, con el fin de obtener más apoyo de Occidente. Una oposición más radical y violenta “sirve para fortalecer la imagen cultivada por Karimov desde la independencia, la de un post-moderno Kemal Atatürk (líder nacionalista turco) dedicado a combatir las fuerzas atávicas de los clérigos musulmanes, y a mantener a Uzbekistán del lado de Occidente”, opinó Hanks.

Otro modelo citado por el informe del Grupo de Crisis Internacionales fue el del depuesto shah de Irán, cuyo represivo reinado propició la revolución islámica de 1979.

Venta de armas a cambio de apoyo a guerra

THALIF DEEN

Corresponsal de IPS en la ONU.

Un grupo de ONG de Estados Unidos manifestó preocupación ante el propósito del gobierno de recompensar con venta de armas la colaboración en la guerra contra el terrorismo de países que antes cuestionaba.

El Arms Trade Oversight Project (Proyecto de Control del Comercio de las Armas) incluye a la Federación de Científicos Estadounidenses, Saferworld, África Action, Centro de Política Internacional, Estadounidenses por la Acción Democrática y el Consejo por un Mundo Habitable.

Erik Floden, director del Proyecto, dijo que India y Pakistán serán los primeros beneficiados por la nueva política de Estados Unidos, pero la lista puede crecer a medida que más países declaren su respaldo a la guerra de Washington contra el terrorismo.

Washington impuso sanciones a India y Pakistán en 1998 por las pruebas nucleares que ambos realizaron ese año.

El Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) anuló las sanciones que había impuesto a Sudán. La resolución tuvo andamamiento porque Washington no hizo uso de su facultad de veto.

Sudán está incluido en la lista de países que en opinión del Departamento de Estado colaboran con el terrorismo. Pero su promesa de colaborar con la nueva campaña antiterrorista indujo a Estados Unidos a permitir la aprobación de la propuesta en el Consejo de Seguridad.

Uzbekistán, cuyo gobierno ha sido acusado de violar los derechos humanos, también busca la asistencia militar de Washington a cambio de su colaboración.

El gobierno de George W. Bush también ofreció implícitamente su ayuda militar a países de Medio Oriente como Siria, Yemen e Irán, a cambio de su cooperación.

La propuesta se hizo específicamente a países musulmanes, porque se desea que éstos otorguen mayor legitimidad a la coalición encabezada por Estados Unidos que se propone atacar a Afganistán, un país predominantemente islámico.

En Afganistán se encuentra el extremista saudita Osama Bin Laden, a quien Estados Unidos señala como el principal sospechoso de los atentados del 11 de septiembre contra Nueva York y Washington, que dejaron más de 6.000 muertos y 8.000 heridos.

La mayoría de los países islámicos, entre ellos Irán y Siria, indicaron que se sumarán a la campaña contra el terrorismo sólo si ésta es dirigida por la ONU. El mismo respaldo condicionado ha sido ofrecido por Egipto, que recibe de Estados Unidos 1.300 millones de dólares por año en ayuda militar.

Floden dijo que Washington no debería enviar armas a ninguno de esos países, y mucho menos a India y Pakistán, ambos con capacidad bélica nuclear y enfrentados desde hace décadas por la soberanía del territorio de Cachemira. “Deberíamos otorgar ayuda económica y humanitaria, no militar”, subrayó a IPS.

Floden recordó que las armas que Estados Unidos proporcionó a los combatientes afganos en su lucha contra la ocupación rusa en la década de 1980 ahora se utilizarán contra Washington.

En una carta dirigida a miembros del Congreso legislativo de Estados Unidos, la alianza de ONG expresó su inquietud sobre la legislación propuesta en la lucha contra el terrorismo ya que no aplicaría restricciones vigentes sobre exportaciones de armas y ayuda militar a los países que podrían asistir a Washington.

La legislación vigente en Estados Unidos incluye normas de emergencia que permiten al presidente ofrecer ayuda militar a sus aliados en tiempos de crisis. “Creemos que el Congreso debería seguir supervisando las exportaciones de armas y la ayuda militar de Estados Unidos, y no sacrificar los objetivos políticos de la política exterior”, señaló la carta.

“Como representantes de organizaciones religiosas, de desarrollo, de control de armas y derechos humanos que trabajan para limitar el impacto negativo que tiene el comercio de armas en la paz y la seguridad internacionales, nos preocupa que el texto propuesto socave los valores centrales de la política exterior de Estados Unidos”.

Esos valores son la “libertad, la democracia y el respeto por la vida humana”, agregaron las ONG.

En definitiva, ese texto “podría poner en peligro la seguridad estadounidense”, advirtió el grupo.

Los atentados del 11 de septiembre demuestran que Estados Unidos debe tomar medidas para proteger al país y llevar a la justicia a los responsables, señalaron.

Pero con ese fin, “Estados Unidos no debe socavar las leyes y políticas que han servido para mantener a las armas fuera del alcance de gobiernos y terroristas que pueden amenazar la seguridad nacional estadounidense”, destacó el grupo.

Guerra antiterrorista fomenta compra de armas

THALIF DEEN

Corresponsal de IPS en la ONU.

La guerra de Estados Unidos contra el terrorismo internacional amenaza con desencadenar una nueva carrera armamentista en Medio Oriente, advirtieron expertos en asuntos de defensa.

Omán obtuvo 1.100 millones de dólares en armas de Estados Unidos, y se convirtió en uno de los primeros países alcanzados por la nueva política de Washington para vender armas y otorgar ayuda militar sin restricciones a los gobiernos dispuestos a sumarse a su coalición contra el terrorismo. “Una vez más, parece que Estados Unidos emplea la venta de armas como medio de recompensar a los países que hacen lo que les decimos”, comentó Natalie Goldring, de la estadounidense Universidad de Maryland.

La venta efectuada a Omán es “lamentable”, opinó Goldring. “Estados Unidos tendría que ser más cauto. Es probable que nuestros pilotos se enfrenten (en Afganistán) a armas estadounidenses transferidas a la región en años anteriores”, dijo.

Estados Unidos comenzó el domingo 7 de octubre a bombardear a Afganistán, donde se encuentra el saudita Osama Bin Laden, a quien Washington responsabiliza por los atentados del 11 de septiembre contra Nueva York y Washington.

Bin Laden tiene el respaldo del régimen fundamentalista islámico Talibán, que controla más del 90 por ciento del territorio afgano. “Nos enfrentamos a la posibilidad de que el Talibán utilice nuestras armas en contra de no-

sotros. ¿Y nuestra respuesta es vender más armas (a la región)?”, agregó Goldring.

Según el acuerdo negociado, Omán adquirió 12 aviones caza F-16 C/D, 10 misiles antiaéreos de mediano alcance AMRAAM, 10 misiles Sidewinder, 20 misiles antinavales Harpoon y equipos de radar. “La venta propuesta contribuirá a la política exterior y la seguridad nacional de Estados Unidos ayudando a mejorar la seguridad de un país amigo”, declaró el Pentágono (Departamento de Defensa). También “fortalecerá a Omán como socio de la coalición” antiterrorista, agregó.

Arabia Saudita, Omán, Pakistán, Turquía y Uzbekistán permitirán que Estados Unidos utilice sus bases aéreas o sobrevuele su territorio en la campaña militar contra Afganistán. A cambio, y como hizo con Omán, se prevé que Washington venderá armas y otorgará ayuda militar a los demás países.

Estados Unidos es el principal proveedor de armas de Arabia Saudita, y este año se prevé que las ventas a ese país superarán los 2.000 millones de dólares. Así mismo, Washington vendió armas a Uzbekistán por 1.700 millones y a Turquía por 375 millones.

A raíz de los atentados del 11 de septiembre, Estados Unidos levantó la prohibición de venta de armas a Pakistán que había impuesto en 1998 por que ese país había realizado pruebas nucleares.

La venta de armas sin restricciones a los países dispuestos a “brindar apoyo retórico a la guerra contra el terrorismo podría proporcionar a (regímenes) violadores de derechos humanos los equipos para encarcelar, torturar o matar a sus propios pueblos”, advirtió Erik Floden, de la revista Arms Trade News.

Estados Unidos “proporcionó armas y entrenamiento a Irán e Iraq” a partir de los años 70, recordó Floden.

Estados Unidos fue el mayor proveedor de armas a Irán, antes de la revolución islámica de 1979 en ese país. En la guerra entre Irán e Iraq (1980-1988), Washington envió armas y ayuda militar a Iraq, en forma encubierta. Medio Oriente sigue siendo el mercado regional más grande para la venta de armas, según Floden.

El Servicio de Investigación del Congreso de Estados Unidos informó que la región recibió casi 75 por ciento de todas las armas vendidas por Estados Unidos a países en desarrollo entre 1993 y 1996, equivalente a 46.000 millones de dólares.

Medio Oriente recibió 47 por ciento de todas las armas vendidas por Estados Unidos entre 1997 y el 2000, o sea 38.400 millones de dólares.

Omán anunció el año pasado que planeaba gastar un promedio de 2.200 millones de dólares anuales en su defensa hasta el 2005, frente a los 1.700 millones de dólares de 1999.

Irán y Rusia anunciaron que brindarán más armas y ayuda militar a la Alianza del Norte, el grupo opositor de Afganistán que lucha contra el régimen de Talibán. A su vez, Rusia negoció la venta de armas por 300 millones de dólares a Irán.

Teherán ya tiene en su poder 94 misiles aire-aire y lanzadores de misiles, más de 100 tanques T-72 y T-76, más de 80 vehículos de combate blindados 80 BMP-2, y dos sistemas de artillería de 140 milímetros, todos ellos adquiridos a Rusia.

Rusia vendió a Irán tres submarinos de clase Kilo, por valor de 450 millones de dólares. China proporcionó a Irán 25 aviones caza, cinco barcos de guerra, más de 200 misiles HY-2 Silkworm y cantidades sin especificar de cañones de 122 y 130 milímetros.

Rusia cesó su venta de armas a Irán durante varios años a partir de 1995, debido a la presión de Washington, indicó Goldring. Pero ahora “creo que los rusos opinan que no recibieron mucho a cambio por esa pausa. No hay pruebas de que Estados Unidos haya limitado sus ventas”, dijo.

Un nuevo paisaje geopolítico mundial

JIM LOBE

Corresponsal de IPS en Washington.

El alineamiento de fuerzas en el mundo se modificó radicalmente después de los ataques terroristas del 11 de septiembre contra las torres gemelas de Nueva York y el Pentágono, en Washington.

Los atentados desataron una tormenta en la diplomacia internacional, en la medida en que muchos gobiernos maniobraron para respaldar a Estados Unidos en su lucha contra el terrorismo de manera de favorecer sus propios intereses.

Las Fuerzas Armadas estadounidenses fueron invitadas a establecerse en Asia central, el patio trasero de Rusia, con la aprobación de Moscú. Algunos analistas hablan incluso de un intento de Rusia de incorporarse a la Organización del Tratado del Atlántico Norte.

En la mayor expansión del papel militar de Japón desde la segunda guerra mundial, Tokio acordó enviar buques de guerra al océano Indico para dar respaldo logístico a los portaaviones estadounidenses, pese a la controversia nacional que la medida generó.

Gran Bretaña, el más estrecho aliado de Estados Unidos, envió a su canciller a Teherán para recabar apoyo a los planes bélicos de Estados Unidos. Esta fue la visita británica de más alto nivel a Irán desde la Revolución Islámica de 1979.

El gobierno de George W. Bush, tras buscar una alianza estratégica con India en Asia meridional durante sus primeros ocho meses de mandato, se aproximó ahora al gran rival de Nueva Delhi, Pakistán, que pronto podría reanudar las relaciones militares con Washington luego de 11 años de alejamiento.

Aunque durante meses se resistió a negociar un cese del fuego con los palestinos, el primer ministro israelí Ariel Sharon finalmente autorizó a su canciller a dialogar con el presidente palestino Yasser Arafat.

El diálogo Arafat-Peres es al parecer el comienzo de un gran esfuerzo de Estados Unidos para forzar a ambas partes a reanudar las negociaciones de paz.

Así mismo, por primera vez en más de una década, Estados Unidos y China identificaron un enemigo común e intercambian información de inteligencia.

Desde Francia hasta Filipinas, desde Malasia hasta México y desde Israel hasta Indonesia, todos buscan su ventaja mientras Washington prepara una respuesta.

Filipinas estaría considerando conceder acceso a los militares estadounidenses a su antigua base naval en Subic Bay y el ejército de Indonesia se beneficiaría de una renovada atención de Washington, tras una interrupción de dos años. Por su parte, México ha visto postergado de momento su propósito de lograr una frontera más libre con Estados Unidos.

Algunos países han sido más afectados que otros. Los más presionados son los vecinos de Afganistán, cuyo gobierno Talibán alberga al principal sospechoso de los atentados, el saudita Osama Bin Laden y su organización Al Qaeda (La Base).

Es por eso que India, tan cortejada por la administración de Bush como aliada estratégica contra China antes del 11 de septiembre, pasó de pronto a un segundo plano.

El apoyo de Pakistán, que tiene una frontera de 2.300 kilómetros con Afganistán, conoce como nadie al movimiento fundamentalista islámico Ta-

libán y puede descubrir los escondites de Al Qaeda, es considerado mucho más importante que el respaldo que India pueda ofrecer a la ofensiva anunciada.

Esta situación exaspera a India, enemiga histórica de Pakistán, que expresó su deseo de unirse a la “guerra contra el terrorismo” de Washington el 12 de septiembre, aún antes de que los bomberos extinguieran el fuego estallado en el Pentágono.

Estados Unidos también se aseguró el acceso a bases en Tajikistán y Uzbekistán, cuyo presidente Islam Karimov deseaba, al menos desde 1998, el establecimiento de una presencia militar de Washington en su país como contrapeso de Moscú, según un alto general estadounidense.

El apoyo del presidente ruso Vladimir Putin a la oferta todavía no oficial de Karimov cambia radicalmente la ecuación estratégica en Asia central y tiene enormes implicaciones geopolíticas, aunque pueda deberse a la necesidad. China, la mayor preocupación de Bush antes de los atentados, no se opuso al cortejo de Uzbekistán a Washington pese a sus temores de involucramiento militar.

Además, Beijing apenas se refirió al despliegue sin precedentes de Japón en apoyo de buques de guerra estadounidenses, aunque antes había criticado duramente los esfuerzos de Estados Unidos por fortalecer y ampliar su alianza militar con Tokio.

Aparentemente, Beijing trata de cooperar con Washington como parte de una estrategia de largo plazo para evitar un choque en Asia oriental, en particular por Taiwan, la “provincia renegada” de China.

Si ambos países pueden elaborar una estrategia contra el terrorismo como enemigo común, las fuerzas de Washington que intentaban presentar a China como un rival estratégico se volverán menos creíbles.

Medio Oriente y el mundo árabe en general también son protagonistas desde el 11 de septiembre, y por eso Israel se encuentra bajo creciente presión para alcanzar un cese del fuego e iniciar negociaciones con los palestinos.

Así como su padre consideró esencial para la guerra del Golfo (1991) recabar el apoyo de los países árabes, Bush hijo debe ahora reducir al máximo la frustración árabe por el respaldo de Washington a Israel, y no pierde ocasión de señalar que la guerra contra el terrorismo no está dirigida contra el Islam.

Este ha sido el mensaje de casi todos los aliados árabes de Washington, desde el presidente egipcio Hosni Mubarak hasta el príncipe heredero Abdullah, de Arabia Saudita.

El propio Israel ha comprendido bien el mensaje, pese a los esfuerzos de Sharon por presentar a Arafat como un terrorista semejante a Bin Laden.

“Este es un mundo diferente. El valor relativo de los países árabes para Estados Unidos ha aumentado desde el 11 de septiembre”, señaló el ministro de Defensa israelí, Binyamin Ben-Eliezer.

Aunque estos cambios en el paisaje geopolítico tienen enormes implicaciones, ninguno es necesariamente permanente o irreversible, por tres razones. La primera es que las prioridades de Washington pueden cambiar. La segunda es que ninguno de los acuerdos se realiza a cambio de nada, y queda por ver si Estados Unidos está dispuesto o es capaz de pagar el precio exigido.

Por último, los gobiernos autoritarios con los que Washington negocia ahora podrían ser incapaces de cumplir sus promesas debido a la oposición doméstica.

Asia Central gana un súbito valor estratégico

ABID ASLAM

Corresponsal de IPS en Washington.

Las relaciones entre Estados Unidos y Tajikistán, Turkmenistán y Uzbekistán cambiarán profundamente si esos países de Asia central se convierten en aliados de primera línea de Washington en su inminente guerra contra Afganistán.

El gobierno de George W. Bush aún no explicó qué tipo de presencia pretende en esos tres países fronterizos con Afganistán, qué apoyo espera de sus gobernantes ni qué precio está dispuesto a pagar por su respaldo.

Muchos de estos detalles quizá no se sepan hasta que acabe la campaña militar inicial. No obstante, se sabe bastante como para preocupar a numerosos observadores.

En Tajikistán persisten las disputas con trasfondo religioso entre clanes, aunque se logró un proceso de paz que incluye la incorporación al gobierno de grupos islámicos.

Así mismo, el gobierno de Dushanbe debió utilizar valiosos recursos para contener las incursiones de rebeldes basados en Afganistán cuya lucha contra el gobierno de Uzbekistán se extendió a través de la frontera tajika.

La prioridad que otorgó el gobierno a las necesidades de seguridad estancó las reformas políticas y limitó la actividad económica.

Rusia tiene instalados aproximadamente 10.000 soldados en Tajikistán para patrullar la frontera con Afganistán y mantener a los rebeldes y refugiados fuera del territorio tajiko.

Tajikistán también comparte fronteras con China. Moscú y Beijing contribuyen en cierta manera en el combate al Talibán, pero ninguno desea que Washington se instale en Asia central como parte de su guerra contra el terrorismo en general y contra Afganistán en particular.

El régimen fundamentalista islámico del Talibán, que gobierna la mayor parte del territorio afgano, decidió no expulsar del país al extremista saudita Osama Bin Laden, como pretende Estados Unidos.

Estados Unidos acusa a Bin Laden de ser el principal sospechoso de los atentados que el día 11 destruyeron las torres gemelas del World Trade Center en Nueva York y demolieron parcialmente el edificio del Pentágono (Departamento de Defensa) en Washington.

Turkmenistán aseguró vagamente a Washington su apoyo. El territorio turkmeno abarca desde el mar Caspio hasta la frontera con Afganistán.

Como mínimo, Washington querrá tener derechos de vuelo sobre el territorio turkmeno, según analistas de Stratfor Inc, una compañía comercial de inteligencia política y militar, con sede en Austin, estado de Texas.

Pero si la guerra también se libra en el plano terrestre, Turkmenistán sería un valioso escenario. Desde allí ingresaron las fuerzas soviéticas a Afganistán, en su invasión de 1979.

Uzbekistán ha indicado que está dispuesto a discutir todo tipo de cooperación con Estados Unidos. El país tiene una base aérea cerca de la frontera afgana y podría proporcionar una plataforma valiosa para las incursiones terrestres porque el territorio afgano junto a su frontera está controlado por la Alianza del Norte, que lucha contra el Talibán.

A pesar de sus vínculos con Moscú y Beijing, estos países podrían apoyar a Washington si reciben la debida ayuda militar y de inteligencia, créditos y la promesa de visitas de estado y otros gestos simbólicos por el estilo, aseguran ex oficiales y funcionarios de inteligencia en Stratfor.

Pero quizá no sea tan sencillo.

La guerra de Washington contra el terrorismo, sobre todo del tipo islámico, podría legitimar la represión política en algunos países, advirtió la organización de derechos humanos Human Rights Watch (HRW).

En una carta abierta al secretario de Estado Colin Powell, HRW advierte que “algunos gobiernos podrían aprovechar cínicamente esta causa para

justificar la represión interna de presuntos opositores políticos, ‘separatistas’ o activistas religiosos, previendo que ahora Estados Unidos se mantendrá en silencio”.

El riesgo de este tipo de oportunismo podría ser mayor en Uzbekistán, donde el gobierno de Islam Karimov encarceló y torturó en los últimos años a miles de musulmanes no violentos por practicar su religión fuera de los controles del Estado.

Washington comenzó a enviar personal militar al país para preparar sus operaciones en Afganistán.

El gobierno estadounidense agregó al Movimiento Islámico de Uzbekistán, acusado de detonar autos bomba y de atacar a civiles, a su lista oficial de organizaciones terroristas el 15 de septiembre, cuatro días después de los atentados contra Nueva York y Washington.

Uzbekistán y Tajikistán reprimen incluso formas apolíticas de práctica y organización religiosas, vistas como amenazas a las élites gobernantes, según el Grupo de Crisis Internacionales, un centro de investigación especializado en la resolución de conflictos, con sede en Bruselas.

Esta actitud sólo ha sido reforzada por China, Estados Unidos y Rusia. Beijing y Moscú combaten sendos grupos separatistas musulmanes en la provincia de Xinjiang y la república de Chechenia, respectivamente.

Tajikistán y Uzbekistán también padecen graves problemas económicos, mientras aumenta el descontento social debido a la brecha existente entre las élites, que se benefician de las privatizaciones y otras reformas de mercado, y las mayorías que son empujadas a la desesperación económica.

“En algunas localidades hay indicios de que se está llegando a un punto de quiebre”, advirtió un informe del GCI.

“En ese caso se prevén insurrecciones espontáneas u actividades políticas clandestinas, crecientes actos guerrilleros y una mayor voluntad para derrocar a los regímenes actuales. La fuerza social más peligrosa es una población desesperada con poco para perder”, agregó el informe.

En otras palabras, la ayuda económica y los préstamos sólo avivarían el fuego de la revolución al incrementar la desigualdad y la corrupción.

La pregunta es si Washington tiene el interés suficiente en la región para hacer inversiones importantes no sólo en la seguridad militar, sino también en las economías locales, y de manera que no aumente la desigualdad ni el descontento.

El enemigo de mi enemigo puede ser mi amigo

JIM LOBE

Corresponsal de IPS en Washington.

El gobierno de Estados Unidos procura avanzar hacia la normalización de relaciones con Irán, a partir de la hostilidad común contra el movimiento Talibán, que controla la mayor parte del territorio afgano.

El Departamento de Estado estadounidense encomendó a su director de planeamiento de políticas, Richard Haass, una revisión formal de las relaciones con Irán.

Haass también está a cargo de los vínculos entre Estados Unidos, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y los países que participan en negociaciones para instalar un nuevo gobierno en Afganistán tras el probable derrocamiento del Talibán. Irán desea participar en esas negociaciones.

Haass fue el principal consejero de la Casa Blanca sobre asuntos de Medio Oriente durante la crisis del Golfo en 1990-1991, cuando el presidente estadounidense era George Bush, padre del actual mandatario del mismo nombre.

Antes de que Haass fuera designado por el actual secretario de Estado, Colin Powell, criticó sanciones aplicadas por Washington contra Teherán y la política del presidente Bill Clinton (1993-2001) para Irán e Iraq, que definió a ambos países como “Estados fuera de la ley” y les aplicó un criterio de “doble contención”.

Esa política ha incluido el intento de evitar que el petróleo y el gas natural del Golfo y Asia Central se exporten con escala en Irán, pese a que esa ruta es la más rápida y barata.

El año pasado, Haass opinó en una conferencia que la participación de Irán en esfuerzos multilaterales por la paz en Afganistán debería ser aprovechada por Washington para discutir con Teherán asuntos bilaterales, aunque fuera de modo informal.

Abogados del gobierno pidieron a una corte federal que anulara una sentencia favorable a los 52 diplomáticos y militares estadounidenses mantenidos como rehenes en la embajada de Estados Unidos en Teherán tras la re-

volución islámica de 1978, quienes habían pedido el año pasado miles de millones de dólares de indemnización por parte del gobierno iraní.

El Departamento de Estado había decidido anular esa demanda cuando conoció su existencia, pero muchos piensan que la intención fue enviar a Teherán un mensaje conciliatorio.

“La idea de que el Departamento de Estado acaba de enterarse de que sus propios diplomáticos ganaron un juicio contra un gobierno soberano es ridícula”, opinó el asistente de un congresista que votó en el verano (boreal) la prórroga por cinco años de la vigencia de la Ley de Sanciones Contra Irán y Libia.

Esa ley autoriza al Poder Ejecutivo a sancionar a las firmas extranjeras que inviertan en la explotación del petróleo iraní. La nueva actitud del Departamento de Estado hacia Irán es posterior a la recepción de un mensaje diplomático de Teherán, enviado mediante el ministro de Relaciones Exteriores de Suiza. En ese mensaje, el gobierno iraní aseguró a Washington que brindará asistencia a cualquier tripulante de aviones militares estadounidenses derribados u obligados a aterrizar en territorio de Irán durante operaciones contra Afganistán.

Estados Unidos rompió relaciones diplomáticas con Irán tras la toma de la embajada en Teherán, y ambos gobiernos se comunican mediante diplomáticos suizos.

El gobierno iraní tiene sumo interés en las operaciones estadounidenses en Afganistán, ya que tiene una frontera de 800 kilómetros con ese país y es hostil al Talibán, entre otras cosas porque representa a la rama wahabi del islamismo sunnita, en conflicto desde hace siglos con el islamismo chiita de Teherán.

Irán ha protestado en reiteradas ocasiones por el trato del Talibán a la etnia hazara de Afganistán, cuyos integrantes son 20 por ciento de la población afgana y en su mayoría chiitas.

Además, en la actualidad hay unos dos millones de afganos refugiados en Irán, una de las mayores poblaciones de refugiados del mundo, y el derrocamiento del Talibán ayudaría a cumplir el deseo iraní de que esas personas vuelvan a su país.

Teherán estuvo a punto de declarar la guerra a Afganistán en 1998, luego de que fuerzas del Talibán mataron a diplomáticos iraníes. La actual coyuntura muestra una coincidencia de intereses entre Irán y Estados Unidos, pero en ambos países hay fuerzas poderosas que se oponen a reactivar las relaciones bilaterales, congeladas durante casi un cuarto de siglo.

Grupos de presión israelíes de Estados Unidos trabajaron con éxito para que se extendiera por cinco años la vigencia de la Ley de Sanciones contra Irán y Libia, que el Poder Ejecutivo deseaba extender sólo a dos años.

En abril, Washington afirmó que el Estado iraní era el mayor patrocinador del terrorismo en el mundo, por su apoyo en Líbano a la lucha contra Israel del Hezbolá (Partido de Dios). En junio, el fiscal general estadounidense John Ashcroft acusó a Teherán de responsabilidad en un atentado con bombas realizado en 1996 en la sudoriental ciudad saudita de Khobar, que causó la muerte de 19 soldados de Estados Unidos.

Washington también ha acusado a Teherán de desarrollar armas nucleares y ha amenazado a Rusia con sanciones por vender a Irán equipo que puede emplearse para ese propósito.

El movimiento liberalizador iraní encabezado por el presidente Mohammed Jatami ha expresado interés en reanudar las relaciones con Estados Unidos, pero poderosas fuerzas religiosas ortodoxas, encabezadas por el ayatolá Ali Jamenei, se oponen a las reformas de Jatami y a ese propósito.

El gobierno iraní expresó su solidaridad con Estados Unidos tras los ataques del 11 de septiembre, y unas 50.000 personas que asistían a un partido de fútbol en Teherán realizaron un minuto de silencio por las víctimas de esos atentados. Además, el alcalde de Teherán envió una carta de condolencia a su par de Nueva York, Rudolph Giuliani, que fue el primer contacto oficial y público entre autoridades de ambos países desde 1979.

Desde entonces, Irán ofreció apoyo a la campaña contra el terrorismo, pero pidió a Estados Unidos que buscara aprobación del Consejo de Seguridad de ONU a esa campaña, cosa que Washington no ha querido hacer, y expresó temor de que la ofensiva desestabilice la región y cause más emigración afgana hacia Irán.

De todos modos, la visita a Teherán del primer ministro británico Tony Blair, primera de un gobernante de su país en más de 20 años, se interpretó como una señal de acercamiento entre Estados Unidos e Irán, porque Blair ha actuado desde el 11 de septiembre como embajador de Washington en el mundo islámico. Es posible que el gobierno iraní desee “hacer causa común contra el Talibán, y vale la pena explorar esa perspectiva”, comentó Powell.

El líder religioso ortodoxo iraní Mohsen Rezaei explicó al periódico Financiero Times, qué su país desea que Washington ponga fin a la política de “contención” y reconozca el papel de Teherán en la seguridad regional. “Irán puede desempeñar un papel eficaz en la seguridad regional, no como gendarme de Estados Unidos, sino como representante de la comunidad internacional. Pensamos que Washington llegará por fin a esa conclusión”, afirmó.

Teherán no sólo desea desempeñar ese papel en el Golfo, con cuyos gobiernos ha mejorado mucho sus relaciones en los últimos años, sino también en Asia Central.

Sudán, de enemigo a colaborador

JIM LOBE

Corresponsal de IPS en Washington.

Sudán, que alojó en el pasado al extremista saudita Osama Bin Laden y en 1998 sufrió un bombardeo de represalia de Estados Unidos, colabora inequívocamente con la lucha antiterrorista, señalaron funcionarios de Washington.

El presidente de Sudán, Omar al Bashir, aseguró que su gobierno rompió hace tiempo los vínculos con Bin Laden, a quien Estados Unidos considera el principal sospechoso de los atentados del día 11 en Nueva York y Washington.

Pero Bashir, que encabeza un régimen militar islámico, se pronunció contra el empleo de la fuerza. “Somos contrarios al ataque a Afganistán o a cualquier otro país donde los civiles puedan ser las víctimas”, dijo en Jartum.

“Si tomamos el 11 de septiembre como el comienzo de un nuevo orden internacional, ellos (los gobernantes de Sudán) decidieron que quieren estar del lado correcto. Están abriendo sus archivos y en un par de casos nos han dado más de lo que pedimos”, dijo a IPS una fuente gubernamental.

“Estoy seguro de que nos van a dar por lo menos varias de las pistas que buscamos. Por ahora es una relación muy productiva”, sostuvo.

Washington está especialmente interesado en poner bajo custodia a unas 24 personas cercanas a Bin Laden, estrechamente vigiladas por el régimen sudanés del Frente Nacional Islámico, según funcionarios estadounidenses.

El secretario de Estado Colin Powell aseguró que el régimen “se volvió repentinamente mucho más interesado y activo en la colaboración con nosotros sobre varias cuestiones”.

Las declaraciones de Powell desanimaron a organizaciones y activistas estadounidenses contrarios al régimen de Sudán, al que acusan de genocidio

en su guerra contra los cristianos y los defensores de cultos africanos que luchan desde hace 18 años por la autonomía del sur del país.

A los activistas les preocupa la opción del “compromiso constructivo” adoptada por el gobierno de Washington hacia Jartum.

Grupos cristianos, la bancada de legisladores negros en el Congreso, sindicatos y destacados activistas de derechos humanos esperaban que los atentados suicidas del día 11 persuadirían al presidente George W. Bush de enfrentar al régimen sudanés como parte del movimiento terrorista internacional.

“Sudán debe ser considerado una pieza esencial del rompecabezas (del terrorismo)”, afirmó Nina Shea, analista de Freedom House, organización de derechos humanos que integra la semioficial Comisión Estadounidense sobre Libertad Religiosa Internacional.

El informe del Departamento de Estado sobre terrorismo publicado en abril sostenía que Sudán “seguía siendo utilizado como refugio seguro de varios grupos”, como la organización Al Qaeda, de Bin Laden, el Grupo Islámico (Gama Islamiya) y la Jihad Islámica egipcia entre otras, señaló Shea.

Agentes sudaneses estuvieron implicados en el atentado de 1993 contra las torres gemelas del World Trade Center y en el intento de asesinato del presidente de Egipto Hosni Mubarak en 1995, por el cual la Organización de Naciones Unidas (ONU) decretó sanciones contra Sudán, indicó Shea.

A raíz de las presiones egipcias y estadounidenses, Sudán expulsó a Bin Laden en 1996.

Como represalia a los atentados de 1998 a las embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania, el gobierno de Bill Clinton condujo un ataque con misiles contra un laboratorio farmacéutico en las afueras de la capital sudanesa, supuestamente utilizado por Bin Laden.

Los activistas apuntan así mismo a los testimonios aportados en los últimos juicios por terrorismo, donde se detallan los estrechos lazos de Bin Laden con Jartum, así como el imperio que el acaudalado saudita construyó durante su permanencia en Sudán (1991-1996).

Ese imperio comprende campamentos de entrenamiento militar, cuentas bancarias, empresas aparentemente legítimas, plantaciones y una firma que construyó la carretera que utilizan el ejército sudanés y las compañías petroleras extranjeras en su avance hacia el sur.

“Es esencial reconocer que la presencia financiera de Bin Laden en Sudán continúa en particular en la agricultura, la banca y la construcción”, dijo Eric Reeves, uno de los dirigentes del movimiento contra Jartum.

Ese movimiento espera que el Senado estadounidense apruebe la Ley de Paz en Sudán, ya votada favorablemente en la Cámara de Representantes, que prohíbe cotizar en los mercados bursátiles de Estados Unidos a las compañías extranjeras que explotan los recursos petroleros sudaneses.

Empresas canadienses, suecas, malasias, italianas y chinas extraen petróleo en el sur del territorio de la nación africana. La exportación de crudo suministra a Sudán un ingreso anual de 500 millones de dólares.

Buena parte de esos fondos se destinan a la compra de armamento que el gobierno utiliza para combatir a las fuerzas rebeldes y para desplazar de sus aldeas a cientos de miles de habitantes con el fin de “limpiar” las zonas de producción petrolera, aseguran activistas.

No obstante, el gobierno estadounidense se opone a la ley señalando que la misma crearía un peligroso antecedente y se inclina por la propuesta del Senado, que sólo exige a las compañías extranjeras que hagan públicos sus intereses en Sudán ante la Comisión de Control de Acciones y Valores.

Poco antes de los atentados, Washington nombró como enviado especial a Sudán al ex senador John Danforth, un ministro protestante.

El gobierno buscaba persuadir a los legisladores que apoyan las medidas contra el capital financiero de que necesita más tiempo para procurar una mediación de paz, pero al mismo tiempo decidió no obstaculizar una propuesta egipcia para levantar las sanciones de la ONU a Sudán.

La votación del foro mundial prevista para el día 14 fue aplazada indefinidamente a raíz de los atentados, tras un entendimiento entre Washington y Jartum.

“Creo que Estados Unidos le dijo a Sudán que no insistiera en el tema, que se ocuparía del mismo más adelante”, opinó un asesor legislativo.

“Siento curiosidad por saber qué pasó en los seis meses transcurridos desde el último ataque terrorista que nos llevaría a abstenernos sobre el levantamiento de sanciones. ¿Creemos que todos los grupos terroristas fueron expulsados de Sudán y todos los negocios de Bin Laden fueron embargados?”, se preguntó.

“Esto forma parte del compromiso de este gobierno (con Jartum) aun cuando todos reconocen que la situación sudanesa sólo está empeorando”, concluyó.

Los cañones también apuntan a Iraq

JIM LOBE

Corresponsal de IPS en Washington.

El gobierno de Estados Unidos está dividido ante la propuesta de llevar la inminente guerra antiterrorista contra Iraq y otros países de Medio Oriente que han respaldado a organizaciones armadas.

El resultado de esa polémica interna determinará el tamaño de la coalición internacional que la administración de George W. Bush organiza para tomar represalias por los atentados en Nueva York y Washington.

La amplitud y la persistencia de la coalición dependerán de los objetivos de la campaña militar que Bush confirmó en un discurso ante el Congreso legislativo. En efecto, la cantidad de participantes se reducirá si la ofensiva fuera más allá de la destrucción del movimiento Al Qaeda del saudita Osama Bin Laden y del eventual combate contra fuerzas del movimiento Talibán, de Afganistán.

El Talibán se negó a entregar a Bin Laden, oculto en territorio afgano, como lo exigiera Bush en su discurso ante el Congreso.

El enfrentamiento entre el Departamento de Estado (cancillería) y las fuerzas de derecha concentradas en el Pentágono y en torno al vicepresidente Dick Cheney se filtró a la prensa en los últimos días.

El debate se intensifica, sugiere una carta abierta enviada al diario Washington Times y firmada por 38 destacados conservadores, en su mayoría partidarios del primer ministro israelí Ariel Sharon.

La carta está firmada, entre otros, por Jeane Kirkpatrick, la ex embajadora ante la Organización de las Naciones Unidas (ONU), Richard Perle, del Consejo de Política de Defensa (una comisión asesora del Pentágono) y Frank Gaffney, ex funcionario de Defensa, y pide a Bush que “retire a Sadam Hussein del poder en Iraq”.

La carta, enviada por la organización Proyecto para el Nuevo Siglo Estadounidense, también pide ataques contra Irán y Siria, en su calidad de auspiciantes de Hezbolá, el grupo guerrillero que en 1983 atacó un cuartel de la Marina estadounidense en Beirut y luchó contra las fuerzas israelíes en el sur de Líbano hasta que éstas se retiraron en mayo de 2000.

La discusión en Washington enfrenta al bando “unilateralista” contra el “multilateralista”.

Los unilateralistas defienden la instalación de un escudo nacional antimisilístico, una política rigurosa hacia China y el rechazo de varios tratados internacionales. En este grupo están el subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz, el jefe de política del Pentágono Douglas Feith y el jefe de personal de Cheney, Lewis Libby.

Los multilateralistas pretenden continuar la política exterior del gobierno de Bill Clinton y profundizar la relación con la ONU y otros organismos internacionales. Entre ellos se encuentra el secretario de Estado Colin Powell y sus principales colaboradores.

Powell y los multilateralistas prevalecían aparentemente cuando el gobierno resolvió conformar una coalición internacional para combatir el terrorismo mundial tras los atentados.

“Mientras se derrumbaba el World Trade Center, el unilateralismo estadounidense también caía”, escribió P. Edward Haley, especialista en política exterior de la universidad Claremont McKenna College.

Pero ámbitos unilateralistas pusieron en duda esa opinión desde que Washington comenzó a presionar a Sharon para que acordara un cese del fuego con el presidente palestino Yaser Arafat.

Los unilateralistas argumentan que el movimiento Al Qaeda no podría haber realizado los atentados sin la ayuda de gobiernos con más poder que el Talibán.

“Alguien le enseñó a estos suicidas cómo volar aviones grandes. No creo que eso pueda hacerse sin la ayuda de gobiernos poderosos”, dijo Perle el día de los atentados.

Poco después se supo que los hombres que secuestraron los cuatro aviones protagonistas de los atentados aprendieron a volar en academias estadounidenses, pero Perle y otros siguieron refiriéndose a Iraq como el gobierno más sospechoso.

Luego se supo que uno de los presuntos secuestradores estuvo en contacto en 1999 con un agente de inteligencia iraquí en Praga, y algunos medios de comunicación, como el diario Wall Street Journal, reflataron la teoría de que Bagdad estuvo detrás del atentado explosivo contra las torres gemelas en 1993.

Pero la mayoría de los analistas independientes no creen que Bagdad esté involucrado en los atentados de septiembre. El propio vicepresidente Cheney dijo que no existen evidencias que vinculen a Iraq con los hechos.

No obstante, los unilateralistas afirman que este es el momento para atacar a Sadam Hussein, si Washington está decidido a “extirpar de raíz” al terrorismo.

“La amenaza terrorista no desaparecerá hasta que lo haga Sadam”, advirtió un editorial del Wall Street Journal.

Si Bush no ataca a Sadam Hussein, “los estados árabes moderados tendrán menos interés en sumarse a una coalición contra el terror porque dudarán de la seriedad de la campaña de largo plazo de Estados Unidos”, agregó.

Como no hay pruebas que vinculen los atentados a una conspiración mayor, Powell sostiene que una acción militar contra otros estados, además de Afganistán, alejará la posibilidad de organizar una coalición internacional y podría arrojar a la opinión pública de los países islámicos contra Estados Unidos y los gobiernos que lo apoyen.

La población de Medio Oriente “considera que Iraq ya sufrió demasiado por nuestra causa desde la guerra del Golfo”, señaló un colaborador del Congreso.

“Sería imposible que los gobiernos árabes nos respaldaran si atacamos (a Iraq) ahora, sin pruebas sólidas de que Sadam estuvo involucrado en estos atentados”, agregó.

Esta es la opinión de los aliados europeos y árabes más cercanos de Washington, y del propio padre del presidente, George Bush, que dirigió la guerra del Golfo durante su gobierno.

Perle y sus aliados rechazan la idea de que Washington necesita el apoyo árabe o de otros estados importantes, como Rusia o algunos de sus aliados europeos. También afirman que la coalición internacional creada en la guerra del Golfo contra Iraq impidió que Estados Unidos derrocará a Sadam Hussein. Washington estará más limitado cuánto mayor sea la coalición, en su opinión.

El único punto en que los dos bandos del gobierno están de acuerdo es en la necesidad de atacar a Bin Laden y el Talibán, si éste no cumple con las exigencias de Washington.

Iraq es la tentación de Estados Unidos

JIM LOBE

Corresponsal de IPS en Washington.

El gobierno de George W. Bush continúa dividido acerca de si Estados Unidos debe atacar a Iraq como el siguiente objetivo tras Afganistán en su guerra contra el terrorismo.

Todos los sectores del gobierno concuerdan en que la primera etapa de la guerra pretende reemplazar al régimen fundamentalista islámico Talibán, que controla más de 90 por ciento del territorio afgano, y destruir la infraestructura en Afganistán de la organización Al Qaeda (La Base), de Osama Bin Laden.

Estados Unidos acusa a Bin Laden de ser el principal sospechoso detrás de los atentados terroristas mediante aviones secuestrados contra las torres gemelas de Nueva York y el edificio del Pentágono en Washington, el 11 de septiembre.

Pero casi todos los altos funcionarios del Pentágono (Departamento de Defensa) apoyan una segunda etapa dirigida a expulsar del poder al presidente iraquí Sadam Hussein, más de una década después de que una coalición militar dirigida por Estados Unidos obligara al ejército iraquí a retirarse de Kuwait.

Este grupo tiene el respaldo de columnistas y asesores ajenos al gobierno, muchos de ellos admiradores del primer ministro israelí Ariel Sharon, como el presidente del Consejo de Política de Defensa del Pentágono, Richard Perle, y la ex embajadora estadounidense ante la Organización de las Naciones Unidas (ONU), Jeane Kirkpatrick.

Entre los columnistas se encuentran William Safire, del diario *The New York Times*, y Charles Krauthammer, Michael Kelly y George Will.

En el bando contrario se encuentra en primer lugar el secretario de Estado (canciller) Colin Powell, criticado por los conservadores porque, como comandante de las fuerzas aliadas contra Iraq, puso fin a la guerra del Golfo en 1991 sin haber sacado a Sadam Hussein del poder.

Como hiciera entonces, Powell advierte ahora que una guerra contra Bagdad, sin las pruebas que vinculen a Sadam Hussein a los atentados del 11 de septiembre, disolvería la coalición contra Al Qaeda, y podría desestabilizar a aliados árabes clave en el Golfo.

Un fuerte aliado de Powell es el primer ministro británico Tony Blair, cuyo gobierno ha manifestado su inquietud por la falta de pruebas que vinculen a Iraq con los atentados en Estados Unidos.

Preocupado, Safire preguntó en su columna del *New York Times* si las advertencias de Blair contrarias a la guerra contra Iraq habían puesto en el “congelador” los planes del pentágono para la segunda etapa de la guerra.

Los organismos de inteligencia estadounidenses estarían de acuerdo con las conclusiones británicas acerca de la inocencia de Bagdad con respecto de los atentados.

Pero eso no amilanó a las fuerzas contrarias a Iraq dentro del Pentágono, que enviaron a Europa al ex director de la CIA (Agencia Central de Inteligencia) James Woolsey para recabar pruebas de la posible complicidad iraquí, sin siquiera haberle informado al respecto al Departamento de Estado. Esa maniobra es parte de una estrategia para excluir a Powell, rival de los conservadores fuera del gobierno que sostiene que su plan de concentrar el combate en Afganistán atenta contra el objetivo de Bush de atacar a los terroristas y a todos los estados que los protejan.

El 19 y el 20 de septiembre, según el *New York Times*, Perle convocó al Consejo de Política de Defensa, un organismo semigubernamental designado por el presidente, cuyos 180 integrantes accedieron en principio a que Estados Unidos ataque a Iraq después de Afganistán.

El Consejo está integrado por Woolsey, el ex secretario de Estado Henry Kissinger, el ex vicepresidente Dan Quayle y el ex presidente de la Cámara de Representantes, Newt Gingrich, entre otros. El Departamento de Estado no fue invitado a la reunión ni informado al respecto.

Powell se habría sentido “afligido” cuando una carta enviada al Consejo de Seguridad de la ONU por el embajador de Estados Unidos John Negroponte, en el primer día de bombardeos contra Afganistán, señaló que Washington se reservaba el derecho de atacar a “otras organizaciones y otros estados”.

La frase habría sido incluida por el asesor adjunto de Seguridad Nacional, Stephen Hadley, considerado un aliado de los conservadores en el Pentágono, según el *New York Times*.

El argumento más poderoso sobre la participación de Saddam Hussein en los atentados de septiembre se basa en informes de inteligencia que indican que Mohammed Atta -considerado el agente clave en los secuestros de los aviones- se reunió este año en Praga con un espía iraquí y luego con el embajador iraquí ante Turquía.

También se basa en la labor de la especialista en Iraq Laurie Mylroie, quien sostuvo en el diario *Wall Street Journal* que la inteligencia iraquí fue cómplice del atentado explosivo contra las torres gemelas en 1993 y de otro plan para bombardear la sede de la ONU y dos túneles en Nueva York.

A pesar de sus diferencias ideológicas y políticas, según Mylroie, Bin Laden y Sadam Hussein se han consultado a través de colaboradores a lo largo de los años, y poco antes de los atentados de 1998 contra las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania, ambos divulgaron amenazas “con un refrán similar”.

Woolsey reconoce que las pruebas contra Bagdad son circunstanciales, pero dijo a la publicación *National Journal* que la complejidad de los atentados de septiembre sugieren la participación de un “servicio de inteligencia estatal”. Perle coincide con esa opinión. “Vamos a tener que ir detrás de los agentes estatales que tengan más dificultades para ocultarse, e Iraq lidera esa lista”, dijo Perle al *National Journal*. Incluso si Iraq no tuvo que ver en los atentados del 11 de septiembre, según Perle y otros conservadores, Washington debe intentar derrocar a Sadam Hussein. En una carta enviada a Bush el 20 de septiembre, Perle, Kirkpatrick y 36 conservadores más argumentan que, de lo contrario, “será una rendición prematura y quizá decisiva en la guerra contra el terrorismo internacional”.

Demócratas y republicanos unidos para la guerra

JIM LOBE

Corresponsal de IPS en Washington.

Los dos grandes partidos de Estados Unidos dejaron sus principios ideológicos de lado para acelerar la aprobación de leyes en el Congreso destinadas a asegurar el apoyo extranjero a la guerra contra el terrorismo.

El Senado autorizó un proyecto de ley de libre comercio con Jordania que había sido aprobado por la Cámara de Representantes este año y que hasta los atentados del día 11 tuvo la oposición de senadores conservadores del gobernante, Partido Republicano.

También la Cámara de Representantes autorizó el desembolso de 582 millones de dólares adeudados a la Organización de las Naciones Unidas, poniendo fin así al prolongado esfuerzo de legisladores republicanos por debilitar el Tratado de Roma, base del Tribunal Penal Internacional.

Los republicanos no son los únicos obligados a sacrificar sus principios, ahora que el país se prepara para la guerra contra la organización Al Qaeda (La Base) del saudita Osama Bin Laden, considerado por el gobierno de Bush el principal sospechoso de los atentados que destruyeron las torres gemelas de Nueva York y demolieron parcialmente el edificio del Pentágono en Washington.

El opositor Partido Demócrata dejó de lado su intento de aprobar una iniciativa legislativa para impedir que el gobierno realice pruebas nucleares en violación del Tratado de Misiles Antibalísticos (1972) sin la autorización del Congreso.

“Ahora tenemos un Congreso en época de guerra. Eso significa que tenemos que estar unidos sobre los temas o tenemos que aplazarlos”, dijo el principal defensor de la abandonada iniciativa, el presidente del Comité de Servicios Armados del Senado, Carl Levin.

Los demócratas también apoyaron la decisión del gobierno de levantar las sanciones económicas y comerciales impuestas a Pakistán a causa de su ensayo de armas nucleares.

Estos hechos reflejan un cambio radical en la política estadounidense a raíz de los atentados terroristas.

En este sentido, el gobierno, uno de los mayores defensores de la libertad del mercado en la historia del país, preparó una ayuda estatal de 15.000 millones de dólares para las aerolíneas comerciales, perjudicadas por los atentados, y persuadió a sus aliados más conservadores del Congreso para que la aprobaran.

El gobierno también podría apoyar las propuestas demócratas para nacionalizar la seguridad en los aeropuertos.

Así mismo, ya no se oyen las declaraciones sobre la necesidad de mantener el superávit del presupuesto federal y la seguridad social que imperaban antes del 11 de septiembre, mientras los legisladores presentan cada vez más ideas para impulsar la confianza de los consumidores y generar una economía de “guerra”.

“Súbitamente, la billetera de Washington está abierta. Después de una década de primacía del sector privado, el sector público tomará un papel más importante en la economía”, señala un titular en la revista *Business Week*. Washington parece decidido a exportar su nueva filosofía.

Luego de que condenara la ayuda multimillonaria del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial a gobiernos extranjeros que se resisten al libre mercado, ahora Washington está dispuesto a apoyar asistencia financiera para aliados clave, como Indonesia y Uzbekistán, en la batalla contra el terrorismo.

“Toda la legislación debe verse a través del prisma de la situación en que nos encontramos”, dijo el senador republicano Mitch McConnell.

“Debemos recompensar a aquellos países que cooperan con nosotros para luchar contra el terrorismo y castigar a aquellos que no lo hacen”, agregó.

Estados Unidos propone perdonar miles de millones de dólares que le debe Pakistán, eliminar los obstáculos de la ayuda a la Autoridad Nacional Palestina, y aumentar la ayuda a Asia Central, incluso Tajikistán, Turkmenistán y Uzbekistán, cuyos territorios Washington podría utilizar en incursiones contra Afganistán.

Esta generosidad preocupa a organizaciones no gubernamentales (ONG) que temen que se pierdan años de trabajo para condicionar el apoyo y la ayuda estadounidense a los países que mejoran su situación de derechos humanos, la no proliferación nuclear, la protección ambiental, el combate a la corrupción, etc.

“La alianza (contra el terrorismo) se está convirtiendo en un mercado para negociar con respecto a armas de destrucción masiva”, advirtió la ONG Greenpeace, en protesta porque Washington levantará las sanciones a Pakistán.

La ONG Human Rights Watch señaló en una carta enviada al secretario de Estado Colin Powell que Washington se arriesga a ser utilizado por regímenes “oportunistas”, sobre todo en Asia central, con malos antecedentes de derechos humanos.

“Muchos países sienten que Estados Unidos perdonará acciones cometidas en nombre del antiterrorismo que habría condenado hace poco”, indicaba la carta.

Pero, por ahora, ninguna de esas advertencias ha sido escuchada, mientras el gobierno y el Congreso se dedican a obtener el apoyo internacional para la guerra que se avecina.

Al parecer, Jordania será una de las beneficiadas. Aunque Washington no tiene planes para utilizar su territorio en el combate, Amán es visto como un fuerte aliado en la lucha contra Bin Laden.

Las fuerzas de seguridad jordanas disolvieron una célula de fundamentalistas islámicos vinculados a Al Qaeda que planeaban atentados terroristas contra Estados Unidos e Israel durante los festejos del año 2000.

El pacto de libre comercio con Jordania aprobado por el Senado fue concebido por el ex presidente Bill Clinton como forma de recompensar a ese país porque apoyó las gestiones estadounidenses de mediación en el proceso de paz entre Israel y la Autoridad Nacional Palestina.

El mismo sienta un precedente para futuros acuerdos comerciales que incluirían la protección a los derechos de los trabajadores y el ambiente.

El tratado prácticamente elimina los aranceles entre los dos países y establece un mecanismo de resolución de disputas que impondría sanciones si las leyes laborales o ambientales no se aplican o se debilitan.

El acuerdo es visto como un peligroso antecedente por republicanos de derecha. “Desde el punto de vista de la política económica... este fue un tratado pésimo. Pero desde el punto de vista de la política exterior, era imprescindible”, afirmó el republicano Phil Gramm.

El antiterrorismo llegó para quedarse

JIM LOBE

Corresponsal de IPS en Washington.

El antiterrorismo ocupó el lugar del anticomunismo como prioridad de la política exterior de Estados Unidos, y determinará cuáles gobiernos serán recompensados o castigados por este país en función de su colaboración con la guerra de Washington contra el terrorismo, sobre todo islámico.

Ese sería el mensaje que dio al resto del mundo el presidente estadounidense George W. Bush en su discurso ante el Congreso legislativo, a raíz de los atentados.

“Cada país de cada región tiene ahora un decisión que tomar. O están con nosotros o están con los terroristas”, advirtió Bush.

“Esa será la primera pregunta que tendrá Estados Unidos para cualquier país. Presenciamos un auténtico cambio de paradigma en la política exterior, cuyo principio central será la lucha contra el terrorismo”, según Thomas Donilon, jefe de personal del ex secretario de Estado (canciller) Warren Christopher.

De ser verdad, las consecuencias de este cambio son enormes, debido al poder económico y militar de Estados Unidos y su influencia en instituciones multilaterales, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI).

De la noche a la mañana, la actitud de los países ante los derechos humanos, sus esfuerzos contra la corrupción, el respaldo a la democracia y la protección ambiental descendieron en la escala de prioridades de la política exterior de Washington para ceder su lugar al antiterrorismo.

Incluso el apoyo de Washington a las políticas económicas orientadas al mercado podrían quedar subordinadas al objetivo primordial de aplastar al terrorismo islámico.

Esas políticas son el centro del llamado Consenso de Washington, que en los años 90 determinó cuáles países obtendrían financiación del Banco Mundial y el FMI.

Estados Unidos ya está preparando sustanciales paquetes de ayuda para Pakistán y Uzbekistán, estados en la primera línea de la batalla contra Al Qaeda (La Base), la organización presuntamente terrorista de Osama Bin Laden, extremista saudita oculto en Afganistán al que Washington considera el principal sospechoso de los atentados, que dejaron más de 6.300 muertos.

Washington levantará pronto las sanciones económicas y militares que impuso a Islamabad luego de que Pakistán detonara armas nucleares en respuesta a las pruebas atómicas de India, según colaboradores del Congreso legislativo.

Si Islamabad sigue cooperando con Estados Unidos, Washington también podría volver a otorgarle ayuda no humanitaria, actualmente prohibida contra aquellos gobiernos que asumen el poder mediante golpes militares, afirman las mismas fuentes.

Otros enrolados en la guerra de Estados Unidos también serán recompensados, como quedó claro durante la visita a Washington de la presidenta de Indonesia, Megawati Sukarnoputri, a quien Bush prometió mayor ayuda económica y militar.

Esto a pesar de que Washington reconoce que la situación de derechos humanos se deterioró en los últimos meses en Indonesia, cuyo gobierno se negó a cooperar con los esfuerzos internacionales para procesar a los militares responsables de la devastación causada en Timor Oriental en 1999.

Yakarta fue uno de los aliados más firmes de Estados Unidos contra el comunismo durante la guerra fría, lo cual le reportó miles de millones de dólares en ayuda económica y militar. De esa manera, el presidente Alí Suharto pudo mantener uno de los regímenes más corruptos y brutales de Asia.

Washington también estaría dispuesto a acercarse a gobiernos autoritarios como Argelia y estados de Asia Central, según funcionarios del gobierno de Bush.

Las prácticas antidemocráticas y las violaciones de los derechos humanos en Argelia y Uzbekistán fomentan la insurgencia islámica en esos países, según la organización humanitaria International Crisis Group.

“Al proporcionar ayuda policial y militar a estos regímenes, corremos el riesgo de reforzar elementos radicales que sólo empeorarán la situación”, observó un funcionario del Departamento de Estado (cancillería).

Incluso algunos países a los que Washington acusa de apoyar el terrorismo podrían beneficiarse si dan la espalda a quienes hasta el momento eran sus aliados.

El presidente de la Cámara de Representantes, Dennis Hastert, intervino para impedir la votación legislativa sobre un proyecto de ley que presionaría al gobierno islámico y árabe de Sudán a poner fin a la guerra que lo enfrenta desde hace 18 años con el sur cristiano y negro del país.

La medida contra el proyecto de Ley de Paz de Sudán, que asombró a las organizaciones de derechos humanos, al parecer fue ordenada desde la Casa Blanca.

El proyecto tiene el apoyo de una amplia alianza de organizaciones de la derecha cristiana, sindicatos, la bancada negra del Congreso y varios grupos de derechos humanos.

Hasta el martes 11 de septiembre, Washington había condenado la conducta bárbara del régimen sudanés durante la guerra civil. Estados Unidos cree que Jartum, que albergó a Bin Laden entre 1991 y 1996, aún refugia a varios de sus asociados.

Pero ahora Washington sostiene que Jartum se convirtió en un socio de Estados Unidos en la cooperación contra el terrorismo, al entregar información sobre 26 personas vinculadas a Bin Laden, y prometer pasos concretos para llevarlos ante la justicia.

“Si tomamos el 11 de septiembre como el comienzo del nuevo orden mundial, (Jartum) ha indicado que quiere estar en el bando correcto. En este momento eso es productivo, y no lo vamos a echar a perder”, subrayó un funcionario en Washington.

“No puedo creer que sean tan cínicos como para abandonar a su suerte a millones de sudaneses del sur, sólo porque un régimen, que trabajó mano a mano con Bin Laden, dice que abrirá sus archivos y entregará a un par de sospechosos”, exclamó un activista.

Ese parece ser el nuevo realismo político de la política exterior de Estados Unidos, aunque el gobierno insiste en que seguirá presionando a Sudán y otros países para que mejoren su situación de los derechos humanos.

Pero analistas argumentan que, al convertir al antiterrorismo en la prioridad de sus relaciones bilaterales, Washington deja de lado otros intereses, sean de derechos humanos, corrupción o economía, por lo menos mientras dure la nueva guerra de Estados Unidos.

El dilema de los gobernantes musulmanes

EMAD MEKAY

Corresponsal de IPS en Washington.

Los países musulmanes que se sumen a la cruzada de Estados Unidos contra el terrorismo deberán realizar un delicado acto de equilibrio político para evitar reacciones hostiles en su retaguardia.

Las gestiones para crear una coalición que, según Estados Unidos, libraré la guerra contra el terrorismo en general y no sólo contra los responsables de los atentados, tienen como principales objetivos al extremista saudita Osama Bin Laden, oculto en Afganistán, y a su organización Al Qaeda.

Las autoridades estadounidenses sospechan que Bin Laden organizó el secuestro de los tres aviones comerciales que pulverizaron las torres gemelas del World Trade Center en Nueva York y demolieron parcialmente el edificio del Pentágono (Departamento de Defensa) en Washington.

Un cuarto avión secuestrado se estrelló en las afueras de Pittsburgh, estado de Pennsylvania.

Washington también apunta a los protectores de Bin Laden, el movimiento fundamentalista islámico Talibán, que gobierna casi todo el territorio afgano, y a la red internacional que estaría asociada a Al Qaeda.

Europa y Rusia apoyarán probablemente la campaña de Estados Unidos, ya que sus territorios no parecen estar en la línea de fuego. No obstante, europeos y rusos han precisado que su apoyo será condicionado, y que no darán un cheque en blanco al presidente estadounidense George W. Bush.

China también prometió respaldar a Washington, pero deberá enfrentar el resentimiento popular que persiste tras el bombardeo de aviones estadounidenses en 1999 contra la embajada china en Belgrado y por la colisión en el aire en abril entre un avión espía estadounidense y un caza chino.

Pero la situación para los vecinos musulmanes de Talibán es más complicada. Cuando la única superpotencia del mundo quiere saber cuáles son sus amigos y cuáles sus enemigos, pocos desean quedar en el grupo equivocado.

No será fácil para los gobernantes islámicos conseguir la bendición de Washington y controlar a la vez la volatilidad nacional y regional.

Funcionarios de Estados Unidos pretenden capitalizar los estrechos vínculos políticos y militares entre Pakistán y Talibán.

Arabia Saudita, Emiratos Arabes Unidos y Pakistán son los únicos países que reconocen el gobierno de Talibán. Las conexiones de Islamabad con Talibán y otros grupos islámicos armados podrían ser útiles para disminuir el riesgo de las acciones que decida tomar Estados Unidos en la región, según funcionarios de Washington.

Pakistán prometió su “apoyo ilimitado” a Washington, y parece interesado en restablecer las relaciones bilaterales. Pero incluso políticos, diplomáticos y oficiales paquistaníes contrarios a Talibán temen que, si apoyan abiertamente las represalias contra Bin Laden o Talibán, estalle contra ellos una rebelión de fanáticos religiosos.

Pakistán intentó en septiembre limitar las actividades políticas y de recaudación de fondos de grupos islámicos activos en Cachemira, la zona que los paquistaníes disputan a India. Pero la operación fue cancelada al otro día de comenzada, debido al poder de esas organizaciones.

Así mismo, el presidente de la Autoridad Nacional Palestina (ANP), Yaser Arafat, prometió su ayuda para buscar a los responsables de los atentados.

Arafat teme que Israel, su rival en Medio Oriente, reciba mayor respaldo de Estados Unidos para incrementar su represión contra la población palestina.

El secretario de Estado estadounidense Colin Powell dijo que Washington desempeñará un papel más enérgico en el conflicto israelí-palestino, aunque no dio detalles.

En los últimos cuatro días, Israel lanzó una ofensiva militar contra los territorios palestinos que causó la muerte al menos a 12 personas, incluso a una niña de nueve años.

Estados Unidos y Europa prácticamente no condenaron estos hechos, lo cual seguramente reforzará la antipatía hacia Washington de muchos palestinos y de otras comunidades marginadas en Medio Oriente.

Esos grupos consideran los atentados terroristas como una recompensa justa por la negativa de Estados Unidos a poner fin al uso de la fuerza militar israelí (proporcionada por Washington) contra los civiles palestinos.

Flaquea apoyo de países islámicos a Washington

MARWAAN MACAN-MARKAR

Corresponsal de IPS en Bangkok.

El apoyo de algunos países islámicos a la campaña de Estados Unidos contra el terrorismo mostró señales de debilidad pocas horas después de los primeros ataques con bombas y misiles contra Afganistán.

El primer ministro de Malasia, Mahathir Mohamad, dio la señal más clara de la debilidad del apoyo del mundo musulmán a Estados Unidos al cuestionar los ataques de la víspera, en su discurso de inauguración de una nueva legislatura. “La guerra convencional no puede derrotar a los terroristas; sólo vuelve víctimas a personas inocentes”, dijo Mahathir, cuyo gobierno había ofrecido respaldo a la coalición internacional contra el terrorismo organizada por el presidente estadounidense George W. Bush.

Otros líderes de países con población predominantemente musulmana, como Indonesia y Bangladesh, también expresaron sus reservas hacia los ataques aéreos, que según autoridades afganas provocaron la muerte de unos 20 civiles en Kabul, la capital.

El gobierno de Indonesia, el país islámico más poblado del mundo (86 por ciento de los 200 millones de habitantes son musulmanes), expresó preocupación por las víctimas y señaló que los ataques aéreos deberían ser limitados.

La presidenta Megawati Sukarnoputri no puede ignorar la presión del vicepresidente Hamzah Haz, uno de sus principales aliados y líder del mayor partido musulmán con representación parlamentaria.

Hamzah declaró que Yakarta no debería detener a los indonesios que deseen viajar a Afganistán para participar de una “guerra santa” junto a sus hermanos musulmanes afganos.

Mientras, el presidente de Pakistán, Pervez Musharraf, se mostró muy cauteloso en su discurso a la nación, consciente del peligro de la reacción de los líderes religiosos de su país.

Musharraf reiteró la decisión de su gobierno de “ser parte de la comunidad internacional y de una coalición para combatir el terrorismo”, lo que

implica compartir información de inteligencia con Washington, proveerle apoyo logístico y permitirle utilizar su espacio aéreo.

Pero la acción militar contra objetivos en Afganistán debería ser “corta, precisa y focalizada”, aclaró.

En contraste, los ataques aéreos nocturnos recibieron la aprobación incondicional de países no islámicos de Asia, como Japón, Filipinas e India. China ofreció una aprobación tácita.

La reacción de los gobiernos islámicos se debe a la oposición doméstica, en especial de líderes religiosos, a la nueva alianza internacional formada tras los ataques del 11 de septiembre.

Grupos extremistas rechazaron de plano esa alianza contra el terrorismo, que incluye a algunos países musulmanes, y tuvieron una respuesta hostil hacia los ataques en Afganistán.

Radicales de Indonesia amenazaron con perseguir a ciudadanos estadounidenses y exhortaron a atacar la embajada de Estados Unidos en la capital, Yakarta.

Los estadounidenses “son terroristas y deben ser eliminados de la faz de la Tierra”, instó el líder del Frente de Defensores del Islam, citado por la agencia estatal de noticias Antara.

En Pakistán, el Consejo para la Defensa de Afganistán y Pakistán, una coalición de 22 partidos religiosos, llamó a la “jihad” o “guerra santa” para apoyar a Talibán “física y moralmente” contra Estados Unidos. “Los ataques de anoche contra Afganistán fueron un acto de cobardía y una señal de depravación moral”, añadió Qazi Hussain Ahmed, jefe de Jamaat-i-Islami, que apoyó activamente la jihad afgana contra los invasores soviéticos en los años 80.

Ahmed advirtió a Estados Unidos que se prepare para las consecuencias de sus acciones. En Bangladesh también se registraron protestas contra Estados Unidos, en las que algunos manifestantes quemaron banderas de ese país y efigies de Bush.

Mientras, en Malasia, el opositor Partido Islámico Panmalasio (PAS) fue inequívoco en sus críticas. Su jefe de información, Aziza Abdul Razak, declaró que Estados Unidos atacó a Afganistán sin haber presentado pruebas contra Bin Laden.

PAS condenó los atentados del 11 de septiembre pero consideró que la guerra y la pérdida de más vidas de inocentes no es la solución. “En cuanto al gobierno de Malasia, PAS espera que nunca se una a Estados Unidos para atacar a Afganistán”, dijo Aziza.

Siria condicionó su apoyo a campaña antiterrorista

GEORGE BAGHDADI

Corresponsal de IPS en Damasco.

Siria condicionó su apoyo a la campaña internacional contra el terrorismo a la subordinación de los participantes a la ONU y a la clara identificación de los objetivos que serán atacados, de modo de evitar peligros para la población civil.

El gobierno sirio también exigió una definición precisa del concepto de terrorismo, para excluir toda imputación al mundo árabe e islámico.

“El presidente (Bashar al) Assad dijo que la campaña antiterrorista debe ser dirigida por la ONU (Organización de Naciones Unidas) y subrayó que sus objetivos deben definirse claramente para evitar daños a la población civil”, afirmó por la noche el ministro de Asuntos Exteriores Farouk al-Sharaa.

“El marco de la ONU es importante por dos razones: para combatir el terrorismo y para definirlo (...). No debería haber ninguna relación entre el terrorismo y el mundo árabe e islámico”, dijo Sharaa, tras la conversación de Assad con una delegación de la Unión Europea (UE) que también visitó Arabia Saudita, Egipto, Irán y Pakistán.

La misión, integrada por el canciller de Bélgica Louis Michel, el secretario de Estado (viceministro) de Asuntos Exteriores de España, Miguel Nadal, el secretario general del Consejo de la UE, Javier Solana, y el comisario de Asuntos Externos del bloque, Chris Patten, busca apoyo árabe a la campaña organizada por Estados Unidos.

Sharaa condenó en conferencia de prensa junto a los delegados europeos los atentados suicidas contra las torres gemelas del World Trade Center, en Nueva York, y el Pentágono, sede del Departamento de Defensa estadounidense en Washington, en los que murieron más de 6.000 personas.

“Desearíamos ver estos horribles hechos como un punto de inflexión en la historia de todas las naciones (...), y que más allá de los escombros, las cenizas y la oscuridad podamos ver la luz, por respeto a la humanidad”, agregó.

Michel calificó el diálogo con Assad de “positivo y constructivo”, aunque admitió “algunos desacuerdos entre Siria y Europa sobre la definición de terrorismo”.

“Me pregunto por qué debería haber diferencias respecto de esta cuestión. Los árabes (palestinos y sirios) están luchando en reclamo de sus tierras (ocupadas por Israel) y han sido sometidos al terror durante años”, replicó Sharaa.

El gobierno sirio insiste en distinguir entre terrorismo y resistencia a la ocupación, una postura que lo enfrenta a Estados Unidos. Exige el inmediato retiro de las fuerzas israelíes de las áreas palestinas y de los Altos del Golán, el territorio que Israel arrebató a Siria en la guerra de 1967.

Damasco respalda además a organizaciones calificadas por Washington de terroristas.

La UE decidió emprender la gestión diplomática en Medio Oriente en ocasión de su cumbre de emergencia, en la que propuso ampliar la coalición internacional y defendió como “legítimos” los planes de represalia de Estados Unidos.

Esa represalia puede comprender una invasión a Afganistán, donde se refugia el saudita Osama Bin Laden, a quien Washington señala como principal sospechoso de los atentados.

“Ésta no es una batalla contra países o religiones en particular”, dijo Solana a la prensa en Bruselas antes de partir a Medio Oriente.

“Vinimos a explicar la posición de la Unión Europea, a decir a nuestros amigos árabes que ésta es una coalición contra el terror y el fanatismo, pero no contra el Islam”, subrayó Michel, agregando que la delegación ofrece a los países árabes “una oportunidad para la cooperación internacional”.

“Las cosas se complicarán si Washington lleva sus represalias más allá de los principales sospechosos, alcanzando a países árabes. Eso es exactamente lo que quisieran saber los árabes”, señaló un observador.

El rey Abdullá de Jordania manifestó en Washington su inequívoco apoyo a la campaña militar, y Arabia Saudita autorizó días antes el uso de sus bases para un eventual ataque estadounidense contra Afganistán.

Algunos países de la región son reacios a conceder apoyo incondicional a la campaña internacional si Estados Unidos la conduce, debido a los sentimientos antioccidentales que han resultado del conflicto entre Israel y Palestina.

Los líderes de esos países están atentos a las reacciones de la opinión pública local, cada vez más recelosa ante lo que algunos consideran la intención de Washington de culpar al mundo árabe.

También les preocupa que Estados Unidos aproveche su guerra contra el terrorismo como pretexto para cobrarse viejas deudas.

Pero Washington necesita el apoyo árabe para evitar que la guerra contra el terrorismo sea identificada como un enfrentamiento entre cristianos y musulmanes.

Siria y otros países de la región también se muestran reacios a sumarse a una coalición que no toma en cuenta las demandas árabes contra Israel.

La prensa oficialista siria arguye a diario que combatir el terrorismo exige ir contra todos los que toman vidas “inocentes”, como el intento de Israel de sofocar el levantamiento palestino iniciado hace un año.

Assad propuso alcanzar un “acuerdo global para erradicar el terrorismo en todas sus formas”, en la carta de condolencias que dirigió a su par estadounidense George W. Bush el 12 de septiembre.

La prensa subraya, así mismo, que en los años 80, el gobernante partido Baas llevó adelante una cruenta y exitosa guerra interna contra fundamentalistas islámicos.

“Todos dicen en el país que el terrorismo debe ser detenido. Pero también consideran la ocupación (de territorios árabes) como un acto de terrorismo”, advirtió el profesor Samir Shanab.

“Ante la campaña que prepara Estados Unidos y las presiones por su respaldo a grupos armados antiisraelíes, a Siria no le queda otra opción que impulsar una solución política a la crisis de Medio Oriente”, opinó un diplomático occidental.

Siria reacciona ante presión de Estados Unidos

GEORGE BAGHDADI

Corresponsal de IPS en Damasco.

Siria protestó por las declaraciones del subsecretario de Estado estadounidense (vicecanciller) Richard Armitage, quien blandió la amenaza militar ante la renuencia de Damasco a colaborar con la coalición antiterrorista.

El gobierno sirio entregó un mensaje de protesta al embajador estadounidense Theodore Kattouf por las afirmaciones de Armitage. Pero dio su

aprobación a un pronunciamiento posterior del presidente de Estados Unidos, George W. Bush.

Kattouf “también fue informado (por Siria) sobre la necesidad de distinguir entre el terrorismo y el derecho de un pueblo a resistir la ocupación extranjera, de acuerdo con la ley internacional y la carta de la Organización de Naciones Unidas”, dijo una fuente diplomática a IPS.

Si el gobierno sirio no se aviene a cooperar con Estados Unidos, “las consecuencias serán las que la coalición (militar antiterrorista) considere necesarias: desde el aislamiento y la investigación de sus actividades financieras hasta una posible acción militar”, advirtió Armitage.

Pero horas después, el presidente Bush realizó declaraciones amistosas hacia Siria. “Los sirios han dialogado con nosotros sobre su posible colaboración en la guerra contra el terrorismo. Consideramos seriamente la propuesta y les daremos la oportunidad de hacerlo”, dijo Bush en una conferencia de prensa.

“Estoy muy comprometido” con la cuestión de Medio Oriente. “Quiero asegurar al pueblo estadounidense y en particular a nuestros aliados preocupados por nuestra posición en Medio Oriente, que estamos dedicando mucho tiempo a resolver al asunto”, agregó.

Estas son las declaraciones más claras del presidente estadounidense sobre su compromiso con Medio Oriente. De hecho, desde que asumió su cargo en enero, Bush mostró escaso interés personal por impulsar un proceso de paz entre árabes e israelíes.

Pero el gobierno de Bush se muestra especialmente preocupado por la región desde que comenzó el bombardeo de Afganistán como represalia contra el régimen Talibán, que se niega a entregar al saudita Osama Bin Laden, a quien Estados Unidos acusa de los atentados del 11 de septiembre en Nueva York y Washington.

Estados Unidos es consciente de los vínculos entre el conflicto palestino-israelí y su declarada guerra contra las organizaciones terroristas.

Bush intentó apaciguar a Siria, mientras busca un apoyo real a su campaña militar de los estados árabes y musulmanes renuentes. Pero sus palabras tranquilizadoras no fueron suficientes para Siria.

“El Ministerio de Asuntos Externos dijo al embajador estadounidense que no entendía la contradicción entre las declaraciones de su presidente y de su vicescanciller (Armitage), en especial porque Siria condenó duramente los ataques suicidas en Nueva York y Washington”, dijo una fuente diplomática.

“Esperamos que estos pronunciamientos (de Bush) sean ciertos, y no simples palabras para buscar coincidencias con los objetivos de la guerra es-

tadounidense en Afganistán”, afirmó el diario oficialista Tishrin, que publicó las declaraciones del presidente en su portada.

Siria no quedó satisfecha, pero las palabras de Bush también generaron malestar en el gobierno de Israel, que ocupa desde 1967 la meseta siria conocida como Altos del Golán. “Todo lo que (Siria) tiene que hacer es expulsar a las organizaciones terroristas de Damasco y poner fin a su apoyo a (la milicia libanesa) Hizbolá”, dijo Salman Shoval, asistente del primer ministro Ariel Sharon.

Estados Unidos continúa considerando a Siria como uno de los estados que apoyan al terrorismo internacional.

Damasco alberga a organizaciones como el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP) y apoya a la milicia musulmana chiíta Hizbolá, que hostigó a las fuerzas israelíes que ocupaban el sur de Líbano hasta que éstas se retiraron de la zona el año pasado.

El FPLP es uno de los tres principales grupos de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), que pretende la retirada israelí y la creación de un estado en Gaza y Cisjordania.

Siria al Consejo de Seguridad de la ONU

GEORGE BAGHDADI

Corresponsal de IPS en Damasco.

Siria, considerada por Estados Unidos e Israel un estado patrocinador del terrorismo, obtuvo en octubre uno de los puestos rotativos del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), sin que Washington hiciera nada por impedirlo.

Siria recibió 160 de 177 votos de la Asamblea General de la ONU para sustituir a Bangladesh en el puesto del Consejo de Seguridad correspondiente a Asia a partir del próximo 1 de enero, por un período de dos años.

“El apoyo de una mayoría tan abrumadora sin duda confirma el rechazo de la comunidad internacional a las acusaciones de terrorismo contra Siria por parte de Israel”, declaró un portavoz de la cancillería en Damasco, la capital siria.

Israel fue el único miembro de la ONU que se opuso a la candidatura de Siria para un puesto rotativo en el máximo órgano de decisión del foro mundial, que tiene 15 integrantes, cinco de ellos permanentes y con poder de veto. Se trata de China, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y Rusia.

Varias organizaciones judías y un grupo de 38 legisladores estadounidenses habían exhortado al presidente George W. Bush a oponerse a la elección de Siria.

El primer ministro de Israel, Ariel Sharon, describió la elección de Siria como “una broma pesada”, en momentos en que la comunidad internacional ha declarado la guerra al terrorismo.

“Lo peor es que la comunidad internacional ni siquiera impuso como condición que Siria reprima a las organizaciones (radicales palestinas) establecidas en Damasco”, dijo.

Siria niega las acusaciones de terrorismo de Israel y sostiene que las organizaciones palestinas Hamas y Jihad Islámica -a las que respalda junto al grupo extremista libanés Hizbollá- sólo “resisten” la ocupación israelí.

Visiblemente satisfecho, el embajador de Siria ante la ONU, Mijail Wehbe, describió la votación como “un excelente mensaje al mundo”.

Arabia Saudita consideró que Siria merecía integrar el Consejo de Seguridad “porque juega un papel muy importante” en Medio Oriente.

Su incorporación al Consejo no es para Siria un privilegio, “sino una gran responsabilidad que aprovechará para contribuir a la paz y seguridad internacionales y consolidar el papel de la ONU en la resolución de los problemas que enfrenta el mundo hoy”, declaró la cancillería.

Damasco quería ingresar en el Consejo debido a su “real preocupación por la paz y seguridad mundiales”, señaló el diario oficialista Al-Baath.

Tras el comienzo del ataque de Estados Unidos y sus aliados contra Afganistán, existe “la creciente necesidad de una voz que destaque la importancia de la paz, la seguridad y la cooperación en este mundo”, agregó.

A diferencia del año pasado, cuando Estados Unidos realizó una intensa campaña para impedir la designación de Sudán como miembro rotativo del Consejo, esta vez no hizo nada para bloquear la elección de Siria.

El año último “era mucho más fácil porque África tenía dos candidatos, Sudán y Mauricio. La campaña estadounidense contra Sudán llevó a la victoria de Mauricio”, comentó un diplomático occidental.

“Cualquiera que hubiera estado tentado de oponerse a Siria lo habría pensado muy bien antes de hacerlo”, dijo David Malone, de la Academia Internacional para la Paz, un gabinete de estrategia con sede en Nueva York.

Funcionarios estadounidenses que viajaron con el secretario de Estado Colin Powell durante la última gira de éste por Medio Oriente indicaron que la candidatura de Siria podría aprovecharse para hacerla cumplir las sanciones del Consejo contra Iraq.

Siria podría ser obligada a poner bajo supervisión de la ONU el petróleo que recibe de Iraq, para evitar una violación a las sanciones establecidas por el Consejo, dijeron.

Fuentes de la industria petrolera revelaron que Siria ha extraído desde el pasado noviembre unos 100.000 barriles de petróleo iraquí por día, en contravención de las decisiones de la ONU.

Después de los atentados del 11 de septiembre en Nueva York y Washington, Estados Unidos lanzó una campaña internacional para combatir el terrorismo y solicitó la cooperación de Siria para ese fin.

Siria manifestó su disposición a cooperar en una campaña que distinga entre terrorismo y resistencia legítima a la ocupación, como la del pueblo palestino contra Israel.

“El mundo debe saber que Israel encarna el terrorismo, engaña a la comunidad internacional y pretende aprovechar los atentados en Estados Unidos para encubrir sus propios crímenes”, declaró Suleiman Qaddah, del partido gobernante Baath.

Israel separa a Siria y Estados Unidos

GEORGE BAGHDADI

Corresponsal de IPS en Damasco.

La guerra antiterrorista que encabeza Estados Unidos también debe tener como objetivo poner fin al terrorismo que, según la mayoría de los países árabes, Israel practica contra la población palestina, sostiene Siria.

Siria expresó interés en colaborar en la guerra contra el terrorismo, pero el rechazo de su exigencia le impide apoyar la campaña de Estados Unidos y Gran Bretaña contra Afganistán, donde se encuentra el extremista saudita Bin Laden.

Damasco considera que los atentados contra la población civil en Estados Unidos fueron actos de terror, pero también cree que las prácticas israelíes contra los palestinos son operaciones de terrorismo de Estado.

Siria figura en la lista de países considerados terroristas por Washington, pero no sería la primera vez que ambos estados cooperasen por un fin común. Damasco se sumó en 1991 a la coalición internacional dirigida por Estados Unidos que expulsó a Iraq de Kuwait.

Damasco no acepta la caracterización de terroristas de las acciones de palestinos y otros grupos a los que respalda y a los que considera combatientes por la libertad que resisten la ocupación israelí.

Casi a diario desde los atentados del 11 de septiembre, la prensa estatal siria ha destacado que Damasco no se alejará de su definición de terrorismo.

“Toda campaña mundial antiterrorista también debe dirigirse contra Israel, por haber perpetrado un terrorismo a gran escala contra los palestinos”, señaló un editorial del diario estatal Tishrin.

El primer ministro israelí Ariel Sharon es “uno de los mayores símbolos del terrorismo”, agregó el editorial en referencia a las masacres cometidas en 1982 en los campamentos de refugiados palestinos de Sabra y Shatila, en Líbano. Una investigación oficial israelí atribuyó los hechos de Sabra y Chatila en forma indirecta a Sharon. La asesora nacional de seguridad del gobierno de Estados Unidos, Condoleezza Rice, dijo que Siria no puede oponerse al extremista saudita Osama Bin Laden y su red Al Qaeda y continuar apoyando a otros grupos a los que Estados Unidos califica de terroristas.

“Con Siria hemos sido muy claros. No creemos que Siria pueda estar contra Al Qaeda y en favor de otros grupos terroristas”, dijo Rice al canal de televisión Al Jazeera, de Qatar.

En opinión de Rice, no es correcto “hacer distinciones entre tipos de terrorismo”. “No se puede decir que hay terroristas buenos y que hay terroristas malos”, sostuvo. Siria apoya a la organización libanesa Hezbolá, que contribuyó a desalojar las tropas israelíes del sur de Líbano.

La respuesta de Siria no se hizo esperar. El presidente Bashar Al Assad sugirió un diálogo internacional para definir el terrorismo. “La lucha actual no es religiosa, y el terrorismo no está vinculado con nacionalidad, religión o raza, por lo cual debería darse una cooperación internacional basada en el diálogo entre las culturas y sus distintos conceptos para combatir el terrorismo”, habría dicho Assad a su par austriaco Thomas Klestil, que visitó Damasco.

En una declaración conjunta referida a los atentados contra Estados Unidos, ambos “subrayaron la necesidad de buscar formas de evitar que el mundo sea testigo de más violencia, extirpando las causas que conducen al terrorismo”, señaló un portavoz.

Los dos presidentes “pusieron énfasis en que los criterios de medición a dos raseros son una de las principales razones de la frustración que muchos sienten en el mundo”, agregó.

“Assad y Klestil destacaron la necesidad de reavivar el proceso de paz y hallar una solución justa al conflicto de Medio Oriente, porque la estabilidad de la región contribuye absolutamente en los esfuerzos de la lucha contra el terrorismo”, señaló el portavoz.

Blair quiere amplios poderes contra el terrorismo

SAMANTA SEN

Corresponsal de IPS en Londres.

Los nuevos poderes que pedirá el gobernante Partido Laborista de Gran Bretaña para combatir el terrorismo exceden las propuestas más radicales de sus tradicionales adversarios del Partido Conservador.

Los proyectos en la materia se redactan con velocidad militar, y se espera que el primero de ellos sea enviado al parlamento y aprobado en pocas semanas.

Algunas de las propuestas son impulsadas junto con los demás gobiernos de la Unión Europea (UE), y otras son unilaterales. Activistas por los derechos civiles y académicos han expresado oposición a las iniciativas, pero la mayoría de la población parece aceptarlas, por lo menos en forma tácita.

El gobierno del primer ministro Tony Blair desea autorización para deportar a cualquier sospechoso de terrorismo y para controlar la actividad de las casas de cambio, consideradas el principal medio de lavado de dinero de los terroristas.

Se calcula que las casas de cambio británicas movieron el año pasado unos 6.000 millones de dólares, que sólo ocho por ciento de sus operaciones fueron canje de divisas para viajeros, y que unos dos tercios del total fueron transferencias ilegales.

Los sospechosos de terrorismo podrían ser arrestados, deportados o extraditados en forma expeditiva, y se reducirían los plazos para las apelaciones en procesos de extradición, según los proyectos del gobierno.

Blair propondrá también revisar las leyes de inmigración para asegurar que no sean consideradas las peticiones de asilo de sospechosos de terrorismo.

Se autorizaría a la policía a inspeccionar cuentas bancarias cuando haya sospechas de que sus fondos se emplean para actividades terroristas, como ya se hace en Irlanda del Norte, y a disponer el congelamiento de las cuentas de sospechosos desde el comienzo de investigaciones relacionadas con el terrorismo. En la actualidad, ese congelamiento sólo está autorizado cuando existen pruebas contra los titulares de los cuentas.

Gran Bretaña pedirá a otros países la aprobación de normas para asegurar que los bancos que operan en ellos denuncien transacciones sospechosas, en cumplimiento de una resolución del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas.

Las autoridades aduaneras e impositivas podrían intercambiar información con la policía “cuando sea apropiado” hacerlo. Se planea exigir a los abogados y otros profesionales que examinen las fichas de sus clientes e informen sobre indicios de vinculación con el terrorismo. La Asociación de Abogados advirtió que quienes no cumplan esa norma correrán peligro de que se ponga fin a sus carreras.

Otras iniciativas son tipificar como delito la incitación al odio por motivos religiosos, y permitir que las autoridades controlen el contenido de mensajes de correo electrónico. “Las extradiciones no pueden llevar años, como en la actualidad”, dijo Blair en una entrevista con la emisora de radio y televisión BBC.

“No debemos permitir que permanezcan en el país a personas que abusan de nuestras normas de asilo. No podemos carecer de poderes para arrestar por tiempo indefinido a un sospechoso de terrorismo, hasta que encontremos un país al cual deportarlo”, agregó.

Blair ha pedido que todos los partidos apoyen sus iniciativas, y la mayoría de ellas ya cuentan con pleno respaldo de los conservadores. “Hemos prometido cooperar con el gobierno en nuevas normas sobre deportación y extradición. Apoyaremos la identificación y el bloque de fondos de organizaciones terroristas. El gobierno debe actuar con rapidez, y trabajaremos con él para lograr leyes eficaces”, dijo a IPS un portavoz del Partido Conservador.

Sin embargo, se espera que ese partido se oponga a normas sobre órdenes de arresto válidas para todo el territorio de la UE, ya que el nuevo líder conservador, Ian Duncan Smith, ha prometido oponerse a que el país ceda soberanía a autoridades del bloque.

Los críticos temen que varias de las normas propuestas se empleen contra minorías sociales, y en especial contra los musulmanes. “Se trata de cambios políticos muy perturbadores. Algunos de estos proyectos de leyes no son estrictamente necesarios, sino reacciones reflejas, y en la práctica se emplearán como medios de control social contra grupos minoritarios”, dijo a IPS Penny Green, profesora de leyes en la Universidad de Westminster.

“Demasiadas iniciativas del gobierno tienen muy poco que ver con el terrorismo. Es como si los ataques en Estados Unidos hicieran posible aprobar todo tipo de leyes brutales”, dijo a IPS Yasha Maccanico, de la organización no gubernamental Statewatch, que defiende las libertades civiles.

Leyes vigentes otorgan al gobierno “casi todos” los poderes que pide, entre ellos los de “detener por tiempo indefinido a personas que cree responsables de actos inconvenientes para el bien público”, señaló a IPS el profesor Rodney Austin, de la Universidad de Londres.

Sin embargo, la aprobación de nuevas normas y el estado de ánimo imperante en la sociedad se combinarán para que los musulmanes sea sometidos a controles excesivos, pronosticó.

Por otra parte, algunas de las iniciativas gubernamentales pueden considerarse violatorias de la Convención Europea de Derechos Humanos, que el país ratificó en 1998 mediante la Ley de Derechos Humanos, advirtió.

Guerra aumenta incertidumbre en Palestina e Israel

BEN LYNFIELD

Corresponsal de IPS en Jerusalén.

La guerra en Afganistán comenzó a repercutir en el antiguo conflicto entre Israel y Palestina y dio paso a un nuevo período de incertidumbre para ambas partes.

Israel teme por el futuro de sus relaciones con Estados Unidos, dado que Washington busca el apoyo de países islámicos a su campaña contra el terrorismo.

La Autoridad Nacional Palestina (ANP), por su parte, enfrenta una nueva crisis interna mientras intenta proyectar una imagen moderada y reprimir expresiones de apoyo de militantes islámicos al saudí Osama Bin Laden,

el principal sospechoso de los atentados perpetrados en Estados Unidos el 11 de septiembre, protegido por el gobierno de Afganistán.

La policía palestina mató en Gaza a dos miembros del radical Movimiento de Resistencia Islámica (Hamás) que participaban de una multitudinaria manifestación contra los ataques a Afganistán encabezados por Estados Unidos. Es la primera vez que agentes de la ANP reprimen una manifestación con violencia. La radio oficial Voz de Palestina afirmó que 10 agentes policiales también fueron heridos y que la protesta se había realizado ilegalmente.

La ANP no desea asociarse de forma alguna con Bin Laden y rechazó una vinculación establecida por el disidente saudí exiliado entre su causa y la cuestión palestina. Pero miembros de Hamás aprobaron la advertencia de Bin Laden de que “ni Estados Unidos ni la gente que vive allí podrá soñar con la seguridad hasta que ésta exista en Palestina”. Otros sectores de la sociedad palestina también critican la cooperación de gobiernos árabes con Estados Unidos.

“La guerra es supuestamente contra el terrorismo, pero nosotros los palestinos hemos sufrido el terrorismo por 53 años y no se construyó ninguna coalición contra Israel. Ahora los países islámicos y árabes sí se apresuran a formar una coalición contra Afganistán”, lamentó Hassan Kreisheh, miembro del Consejo Legislativo Palestino.

“El problema en Palestina fue creado por Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, y nadie hizo nada por reducir el sufrimiento de nuestro pueblo. Eso hace pensar que no hay un sentido de justicia, sólo de poder”, agregó.

Pero el líder palestino Yasser Arafat tiene sus propios intereses en juego, y son diferentes a los manifestados en las calles palestinas, señaló Mahdi Abdel-Hadi, director de la Sociedad Académica Palestina para el Estudio de Asuntos Internacionales.

Arafat aprendió la lección de la guerra del Golfo (1991), de la que salió perdedor por haber expresado apoyo al presidente iraquí Saddam Hussein, y esta vez quiere incluirse en un consenso árabe, afirmó Abdel-Hadi. “Esta vez, Arafat quiere demostrar que es él quien ejerce la autoridad y que sus normas deben ser respetadas. No permitirá que una facción sabotee su posición de líder ni sus alianzas en el mundo árabe”, agregó.

Del lado de Israel, el apoyo de varios países árabes a la campaña antiterrorista encabezada por Estados Unidos genera preocupación. “Bin Laden es un auténtico representante del fundamentalismo islámico, y aquellos que no vean esto como una guerra religiosa están ciegos”, dijo Yosef Paretzky, un legislador del partido secularista Shinui. Paretzky considera que la acción militar de Estados Unidos y Gran Bretaña provocará ataques de grupos extremis-

tas musulmanes dentro de Israel “debido a la hermandad entre esas organizaciones en todo el mundo”.

“No hay duda de que Bin Laden querrá meternos en esto. Seremos parte de esta campaña aunque no querramos. Nos utilizarán como símbolo. Lo que Israel debe hacer ahora es mantener un perfil bajo”, opinó Avshalom Vilan, legislador del partido moderado Meretz.

Cerca del 58 por ciento de los estadounidenses atribuyen los atentados del 11 de septiembre al apoyo de su gobierno a Israel, reveló una encuesta publicada por la revista Newsweek.

Funcionarios israelíes temen que esa opinión alejada del tradicional respaldo público estadounidense a Israel, que ha servido de base para las políticas proisraelíes de Washington, se traduzca en una reacción contra el estado judío. En especial, Israel teme que Estados Unidos adopte una postura más favorable a Palestina en sus esfuerzos por mantener el respaldo a la guerra contra el terrorismo. Los esfuerzos del primer ministro israelí Ariel Sharon por presentar a Arafat como un terrorista similar a Bin Laden no tuvieron eco alguno en Washington, observaron analistas israelíes.

Para Sharon, lo único en juego es su visión de un “Gran Israel” en que los asentamientos judíos dominen Cisjordania y la posibilidad de un estado palestino viable quede anulada, agregaron los observadores. Lo que Sharon realmente teme es que la campaña militar de Estados Unidos conduzca a un proceso de paz en que Israel se vea obligado a realizar concesiones, opinó el analista Akiva Eldar.

En 1991, recordó, cuando surgió un proceso de paz de la guerra del Golfo, Sharon intentó bloquear el ingreso de Israel a lo que se llamó entonces la “ventana de oportunidad” para la paz en Medio Oriente.

“Ahora, teme que la coalición contra Bin Laden abra esa ventana otra vez”, concluyó Eldar.

Palestina, entre la guerra santa y la intifada

FERRY BIEDERMANN

Corresponsal de IPS en Gaza.

Los líderes palestinos procuran dejar claro que su lucha en los territorios ocupados está disociada del terrorismo, pero no pueden evitar que los grupos extremistas atraigan cada vez a más jóvenes dispuestos a morir por el Islam.

Shadi, un joven barbero de 21 años, se casó hace poco, pero sueña con que 72 vírgenes lo rodeen en el paraíso, la recompensa que reciben los mártires islámicos, según la creencia.

En su barbería familiar ubicada en el campamento de refugiados de Jabaliya, en Gaza, justo frente a una mezquita, Shadi habló a IPS sobre el honor que significa para un musulmán participar de un ataque suicida y de cómo todos los que “niegan al Islam” pueden ser un objetivo.

Los posibles atacantes suicidas como Shadi son un problema para la Autoridad Nacional Palestina (ANP) y su presidente, Yasser Arafat, quien realiza una dura campaña para disociar a la lucha palestina del terrorismo.

Israel procura pintar a Arafat como su propio Osama Bin Laden, líder saudita de la organización Al Qaeda (La base) y acusado por Estados Unidos de los atentados del 11 de septiembre contra Nueva York y Washington. Representantes de varios grupos políticos palestinos se reunieron días atrás en el Hotel Internacional en Gaza para coordinar su postura ante los ataques del 11 de septiembre.

“Afrontamos un gran dilema”, dijo Ziad Abu Amr, presidente del comité político del Consejo Legislativo, el parlamento palestino.

“Por un lado, queremos dejar en claro la diferencia entre nuestra lucha y el terrorismo. Y no queremos darle a los israelíes la oportunidad para que tomen ventaja de la situación actual. Por el otro, no queremos renunciar a nuestro legítimo derecho de resistir la ocupación”, afirmó.

Para Abu Amr, la ANP logró que la comunidad internacional distinga entre la lucha palestina y los ataques en Estados Unidos. “No hay ninguna organización palestina en la lista de 27 grupos terroristas elaborada por el Departamento de Estado (cancillería) de Estados Unidos”, destacó.

El primer ministro israelí Ariel Sharon, sin darse cuenta, contribuyó a ello al tomar acciones más duras contra los palestinos e intentar aprovecharse de la situación creada tras los atentados en Estados Unidos, añadió.

La ANP, por su parte, intenta convencer a más grupos de oposición radicales, en particular Hamas (Movimiento de Resistencia Islámica) y la Yihad Islámica, para que desistan de llevar a cabo actos que puedan ser considerados terroristas, dijo Abu Amr. “Deben entender que los palestinos no quieren ser identificados con los responsables de los ataques del 11 de septiembre”, señaló.

La ANP también comenzó a actuar con cautela en relación a otros grupos de resistencia, incluso al propio Fatah-Tanzim, de Arafat. Pocos días atrás la policía palestina arrestó al comandante de Tanzim en Belén, Atef Obeiyat.

Abdel Asís Rantisi, importante líder de Hamas, pasó 27 meses en las cárceles palestinas y ahora, en su casa en la ciudad de Gaza, afirma estar listo para pagar ese precio una vez más. “La ANP afronta una enorme presión internacional para actuar contra nosotros”, afirmó Rantisi, para quien Hamas cuenta ahora con más apoyo popular que nunca por los atentados suicidas.

“No cambiaremos nuestro método para resistir la ocupación, ni por el llamado cese al fuego ni por los acontecimientos en Estados Unidos. Eso no se debe usar para detener nuestra legítima resistencia”, añadió.

El líder de Hamas considera a todos los israelíes, incluso los civiles, como un objetivo de sus acciones. “Ellos tienen su parte en nuestra tragedia”, afirmó.

Pero aclaró que Hamas nunca dirigirá sus atentados a civiles de Estados Unidos, aun cuando considera a ese país como un enemigo. “Hay una clara diferencia entre el pueblo inocente que murió en Estados Unidos y nuestros objetivos aquí”, añadió.

Sin embargo, Shadi no hace distinciones. “Por supuesto que los estadounidenses son un legítimo objetivo, pues ayudan a nuestro enemigo”, afirmó.

Shadi admira a su hermano mayor, integrante del ala militar de Hamas y en coma tras ser herido en la cabeza durante un enfrentamiento con israelíes en marzo. “Es deber de todo musulmán pelear por el Islam”, afirmó.

Para el joven, que se considera a sí mismo un verdadero partidario de Hamas, no es suficiente morir por Palestina. El objetivo de la yihad (guerra santa) es propagar el Islam. Rechaza categóricamente cualquier posibilidad de un cese al fuego y para ello se basa en su religión. “El santo Corán dice que los judíos nunca cumplen su palabra”, explicó.

Shadi considera seguir los pasos de su hermano mártir, pero aún no está seguro, pues teme herir a sus padres y a su joven esposa. “Nadie debe lamentar la muerte de un mártir, pues honra a su familia y gana la entrada al paraíso”, afirma.

Para él, las 72 vírgenes que esperan a un mártir en el paraíso no es lo que lo motiva a convertirse a uno de ellos, pero reconoce que “es importante saber que será recompensado”.

La odisea de los trabajadores palestinos en Israel

BEN LYNFIELD

Corresponsal de IPS en Balata, Palestina.

La búsqueda de trabajo en Israel para mantener a su familia en los territorios palestinos le costó la vida a Hosni Abu Layl, una víctima más del permanente conflicto de Medio Oriente.

Abu Layl, de 19 años, ingresaba al comienzo de cada semana en forma clandestina a Israel con la esperanza de encontrar un trabajo temporal que le permitiera llevar dinero a sus 10 hermanos y dos hermanas en el campamento de refugiados donde tenían su hogar. Él y su hermano Mohamed, de 22 años, debían mantener a la familia, ya que su padre estaba enfermo. “Teníamos miedo, pero necesitábamos el dinero para vivir”, dijo Mohamed. Abu Layl inició el 7 de octubre el viaje de seis horas por callejuelas secundarias de Cisjordania que solía llevarlo a Tel Aviv, justo a tiempo para buscar trabajo. Tres automóviles cargados de trabajadores tan desesperados como él integraban la caravana que se detuvo ante una barricada de piedras próxima a la aldea cisjordana de Silat a-Zahir, a las 1h30 de la madrugada.

Los testigos narran que varias personas salieron de los automóviles para retirar las piedras, pero entonces soldados israelíes en las cercanías abrieron fuego contra ellos con armas automáticas.

Abu Layl, sentado en uno de los automóviles, murió de los balazos que recibió en el pecho, un brazo y el cuello. Otro trabajador, un jardinero llamado Jalil Sarafandi, de 50 años, también falleció por la misma causa, mientras 10 más resultaron heridos. Oficiales del ejército israelí informaron que el in-

cidente se está investigando. Palestinos habían disparado contra un asentamiento judío cercano esa noche, por lo que se habían instalado más puestos militares en las calles cercanas, explicaron.

Las investigaciones oficiales no condujeron a sanciones contra los soldados involucrados en todos los casos anteriores de incidentes con participación militar en los que murieron civiles palestinos desarmados.

La vida clandestina de Abu Layl como trabajador ilegal en Israel era casi tan inquietante como su muerte.

Su hermano Mohammed cuenta que Abu Layl debía dormir a la intemperie y estaba en constante temor, algo similar a la situación de 1.000 palestinos que no tienen más remedio que buscar trabajo en territorio israelí.

Abu Layl “era muy inteligente”, afirma uno de sus primos. Pero el joven era un refugiado pobre y tuvo que abandonar la escuela secundaria para trabajar con Mohamed como pintor de casas.

La casa de la familia no tiene televisión ni radio, algunas ventanas no tienen vidrio, y Abu Layl debía compartir su dormitorio con ocho personas más.

La única decoración de la habitación es un cartel con los 99 nombres de Dios en la religión islámica. Ahora también hay una foto de Abu Laylen la misma pared.

Mohamed y Abu Layl comenzaron a viajar periódicamente a Israel en busca de trabajo hace tres años. Los dos no cesaron los viajes cuando se desató la intifada (levantamiento popular) palestina en septiembre de 2000, aunque el ejército israelí controlaba el paso de vehículos y los soldados tenían mayor libertad para abrir fuego contra sospechosos.

“La gente como Abu Layl es aquella que no tiene otra opción. Están dispuestos a arriesgar sus vidas porque no tienen nada que perder”, dijo Lucy Renee, del Centro por la Democracia y los Derechos de los Trabajadores, en Ramalá.

Siempre que llegaban a de Tel Aviv, Mohamed y Abu Layl se paraban en la intersección conocida como Pardes Katz, donde esperaban que israelíes los contrataran para trabajar por el día.

En un buen día ganaban unos 20 dólares cada uno, pero en ocasiones trabajaban por mucho menos o no conseguían trabajo, dijo Mohamed. Los dos mentían cuando se les preguntaba por su origen, ante el temor de ser arrestados, y respondían que vivían en zonas árabes de Israel, y no en Cisjordania.

La actividad que cumplían era peligrosa, según Mohamed, y muchas veces consistía en tareas de construcción, excavación o traslado de objetos pe-

sados. En ocasiones, su empleador se negaba a pagarles el jornal, y no había nada que los dos hermanos pudieran hacer, sostuvo. “Siempre teníamos miedo, siempre estábamos ocultándonos”, recordó Mohammed.

Cada fin de semana los dos volvían a su casa, próxima al lugar donde el ejército israelí empleó un auto bomba para asesinar a Izham Mazzar, un combatiente del movimiento Fatah, de Yaser Arafat, presidente de la Autoridad Nacional Palestina.

En su camino pasaban por muros cubiertos de carteles de otros dirigentes asesinados por Israel, incluso Jamal Salim y Jamal Mansour, fundadores de Hamas, el Movimiento de Resistencia Islámica.

Entonces Mohammed y Abu Layl distribuían entre sus familiares el dinero obtenido en Israel, gran parte del cual se destinaba al tratamiento médico de su hermano mayor Mayoub, quien estuvo sin trabajar tres años por razones de salud. Pero ahora todo eso quedó en el pasado. Se terminaron los viajes a Israel, asegura Mohamed. ¿Qué hará ahora? “Sólo Dios lo sabe”, dijo Samir, otro de los hermanos de la numerosa familia.

Islamabad se distancia de los talibanes

MUDDASSIR RIZVI

Corresponsal de IPS en Islamabad.

El apoyo de Pakistán a un gobierno representativo en Afganistán es otra señal del alejamiento de Islamabad del grupo extremista islámico Talibán, su antiguo aliado, que gobierna 95 por ciento del territorio afgano.

“Acordamos que el gobierno sucesor de Talibán debe ser de base amplia e incluir a todos los grupos étnicos”, declaró el primer ministro de Gran Bretaña, Tony Blair, en una conferencia de prensa luego de reunirse con el presidente pakistaní Pervez Musharraf.

Blair realizó una visita de pocas horas a Islamabad en el marco de su campaña por afianzar una coalición internacional contra el terrorismo encabezada por Estados Unidos, que el 11 de septiembre sufrió devastadores atentados en Nueva York y Washington. Posteriormente, se dirigió a la vecina India.

Mientras el presidente estadounidense George W. Bush convenció a Pakistán de prestarle apoyo estratégico para capturar en Afganistán al saudí Osama Bin Laden, el principal sospechoso de los atentados, Blair consiguió de Islamabad respaldo político contra las redes terroristas.

“Los talibán, que no están dispuestos a ceder un ápice, frustraron todos nuestros esfuerzos por lograr un acuerdo pacífico y evitar un ataque de Estados Unidos contra Afganistán” entregando a Bin Laden, lamentó un funcionario de la cancillería pakistaní, que solicitó reserva.

El funcionario hacía referencia a las gestiones de dos delegaciones pakistaníes ante los líderes talibanes, que volvieron a Islamabad con las manos vacías.

Musharraf, por su parte, dio las primeras señales de molestia de su gobierno hacia los talibanes en entrevistas con dos cadenas internacionales de televisión.

El mandatario dijo que los días de Talibán están “contados” debido a su postura rígida en una situación crítica que requiere prudencia y no reacciones emocionales.

Islamabad retiró a su personal diplomático de Kabul y otras ciudades afganas citando razones de seguridad, pero descartó una ruptura de las relaciones diplomáticas con Afganistán y actualmente es el único país que reconoce oficialmente al gobierno de los talibán.

Informes de prensa sugirieron que Pakistán intenta dividir a las filas de los talibanes impulsando a líderes moderados que podrían derrocar al líder supremo del movimiento, el mulá Mohammad Omar.

Los moderados servirían a Pakistán porque “podrían llegar a un acuerdo con Estados Unidos sobre Bin Laden y así evitar una guerra devastadora en la región”, opinó Rahimullah Yusufzai, un analista de asuntos afganos, en un artículo periodístico.

Musharraf expresó a Blair su interés en que la etnia patán, con afinidad social, cultural y religiosa con los paquistaníes, tenga representación en cualquier gobierno futuro de Afganistán. Blair respondió que “todos los grupos étnicos” deberían estar representados.

“Pakistán está haciendo un buen negocio. Sacrifica a Talibán y a cambio trata de obtener beneficios económicos y también un gobierno moderado y amigo en Afganistán”, opinó un investigador del Instituto de Estudios Estratégicos de Islamabad. “En el ámbito diplomático, todas son ganancias para Islamabad”, agregó.

Minoría árabe, entre la discriminación y la represión

BEN LYNFIELD

Corresponsal de IPS en Kafr Manda, Israel.

Un año después del estallido de la segunda intifada o insurrección palestina contra la ocupación israelí, persisten el temor y la indignación de la minoría árabe de Israel ante el tratamiento que recibe de las autoridades.

La policía mató a tiros, entre el 30 de septiembre de, 2000 y los días siguientes, a 13 ciudadanos árabes israelíes que participaban de manifestaciones de apoyo a los palestinos insurrectos.

La intifada estalló a partir de la visita del entonces líder opositor Ariel Sharon, actual primer ministro de Israel, a la explanada de las mezquitas, y causó hasta ahora la muerte de unos 600 palestinos y 170 israelíes.

La acción policial deterioró las relaciones entre los ciudadanos árabes y el estado de Israel, y abrió heridas que aún no cicatrizan. Muchos de los manifestantes recibieron disparos por la espalda.

En Kafr Manda, una aldea del norte de Israel, Hilmi Bushnak, cuyo hermano Ramez fue uno de los 13 asesinados, guarda rencor no sólo a la policía, sino también a la mayoría judía de Israel.

“Los izquierdistas no se solidarizaron con nosotros. El año pasado me di cuenta de que no existe la izquierda en Israel”, declaró luego de recibir una visita de judíos del movimiento Paz Ahora, en un intento por mejorar las relaciones.

Por otra parte, judíos israelíes sostienen que durante las manifestaciones se arrojaron piedras, se quemaron neumáticos y se atacaron oficinas de correo y negocios de judíos en comunidades árabes y en sus cercanías. “Sentimos que algunos de ellos quieren destruir el Estado judío”, expresó Tsur Porat, un arquitecto judío residente cerca de la localidad árabe de Sakhnin.

Los líderes árabes arguyen que el verdadero motivo de los disturbios son las cinco décadas de discriminación en materia de vivienda, educación, empleo y presupuesto, y que son tratados no sólo como extranjeros, sino también como enemigos.

La minoría árabe de Israel, que constituye 19 por ciento de la población nacional, es el grupo en peores condiciones económicas. Las 10 comunidades

israelíes con más alto índice de desempleo son todas árabes. “Creo que estamos en otra era y habrá más agresiones contra los árabes”, predijo Sanaa Hamoud, activista de los derechos humanos y abogado árabe.

“Hasta el pasado octubre creíamos que estas cosas no nos podrían ocurrir, que no se matarían ciudadanos por manifestarse. No sólo estamos enojados, sino que tenemos miedo. Debemos repensar nuestra situación aquí y precisamos protección internacional”, agregó.

El comportamiento de la policía es ahora el principal tema de una comisión estatal investigadora, la cual reveló, por primera vez en la historia nacional, que las fuerzas de seguridad israelíes utilizaron francotiradores contra sus propios ciudadanos.

La policía, por su parte, alega que sus agentes corrían riesgo de vida. “Muchos árabes israelíes se han pasado de la raya”, aunque “la mayoría desean ser parte del estado de Israel”, afirmó el ministro de Comunicaciones Reuven Rivlin.

El ministro de Justicia Meir Shetreet enfureció a los árabes con sus declaraciones de respaldo a la policía mientras las investigaciones aún estaban en curso.

Tras una visita a la comisión investigadora, Shetreet dijo a la prensa que el jefe de policía Alec Ron, responsable de la matanza, “es un oficial valiente y honesto”.

“Es fácil sentarse en una sala con aire acondicionado y criticar a la policía, pero les sugiero que se sitúen en medio de disturbios masivos y piensen cómo reaccionarían en esa situación”, dijo el ministro.

Por su parte, los judíos israelíes evitan ahora Kafr Manda y otras zonas árabes.

Pero los problemas no empezaron el pasado octubre. Las relaciones entre árabes y judíos de Israel se vienen deteriorando desde hace muchos años por la falta de progreso hacia una solución para el conflicto palestino-israelí.

En las elecciones del pasado febrero, sólo 20 por ciento de los ciudadanos árabes votaron, debido a su rechazo a cualquiera de los dos candidatos a primer ministro, Ehud Barak y Ariel Sharon. “Dudo mucho que podamos lograr el respeto a nuestros derechos humanos básicos mediante los canales del gobierno, el parlamento y otros marcos formales”, dijo Hammoud.

“No digo que debemos rendirnos y no participar en este tipo de lucha, pero en comunidad debemos sentarnos a pensar en una nueva estrategia”, añadió.

Los árabes israelíes enfrentan una nueva amenaza en los últimos meses: son catalogados como un “problema demográfico” y el ministro extremista Avigdor Lieberman propuso una “transferencia” de población.

“No se puede esperar mucho de personas que nos consideran un peligro y un riesgo demográfico”, dijo Hashem Mahameed, un legislador de la Lista Árabe Unida. “Nadie puede asegurar que no habrá más insurrecciones de los árabes israelíes si las actuales políticas continúan. La situación puede explotar en cualquier momento”, advirtió.

La guerra santa se globaliza

TITO DRAGO

Corresponsal de IPS en Madrid.

Los atentados terroristas del 11 de septiembre en Nueva York y Washington y la campaña militar de Estados Unidos y Gran Bretaña contra Afganistán significan la globalización de la guerra santa, según pensadores europeos y latinoamericanos convocados por el mexicano Enrique Krauze en la capital española.

Krauze, director de la revista mexicana “Letras Libres”, presentó la versión española de esa publicación, que se edita en Madrid, acompañado del escritor peruano Mario Vargas Llosa, el español Jon Juaristi, el británico Hugh Thomas, el polaco Adam Michnik y el franco-búlgaro Tzvetan Todorov. Juaristi es director del estatal Instituto Cervantes; Michnik cumplió un papel relevante en la caída del comunismo en Polonia; Thomas es un historiador conservador que se especializó en investigar el pasado de España, en particular la guerra civil de 1936 a 1939, y Todorov es un filósofo, búlgaro de nacimiento y afincado en Francia.

Los atentados en Estados Unidos y los ataques militares contra Afganistán han sido “una trágica coincidencia” que dieron actualidad al primer número de la edición española, dedicada a los “fanatismos de la identidad”, según el título principal de su portada.

“Ese título lo tenía pensado unos ocho meses atrás”, pero la historia siempre sorprende “y ha irrumpido de repente con un nuevo grito de ‘Viva la muerte’, que es justo lo contrario del espíritu de nuestra revista, desde la que proponemos la supremacía de la inteligencia y la reflexión”, dijo Krauze a IPS.

Todorov, quien se presentó a sí mismo como un producto de la mezcla de etnias y culturas y se pronunció a favor de la pluralidad y el reencuentro de éstas, pero advirtió que “los que ejercen la violencia se consideran víctimas de los otros”, aludiendo a que ninguno de ellos, pertenezca al bando que pertenezca, se cree agresor sino agredido.

Por su parte, Vargas Llosa hizo un encendido elogio de la pluralidad peruana y recordó que desde hace mucho tiempo se habla de la identidad de su país natal como la de “no te entiendo”. Eso, que muchos han presentado como un problema, para el escritor constituye “la mejor definición”, porque “somos lo que deseamos ser y podemos elegir”.

No obstante, Vargas Llosa reconoció que ninguna sociedad ha resuelto cómo convivir con las comunidades minoritarias y citó, como un ejemplo, lo que ocurre en determinadas tribus indígenas de la Amazonia, en las que queda condenado prácticamente a la desaparición todo aquel integrante que es expulsado.

Respecto de los acontecimientos derivados del 11 de septiembre, el escritor peruano señaló como una consecuencia positiva el hecho de que ahora habrá colaboración entre los estados democráticos en contra del terrorismo en general, y no sólo del que afecte a cada uno de ellos.

Pero esos atentados terroristas también presentan consecuencias negativas, como es “frenar el movimiento civilizador de una sociedad integrada”.

A su vez, Thomas atribuyó el origen del terrorismo e incluso de la palabra “asesino” a la civilización árabe, y expresó sus dudas acerca de que el fundamentalismo islámico ayude a largo plazo a la causa del Islam.

Michnik dijo que Osama Bin Laden “padece de maldad moral e intelectual”, consideró que la guerra debe ser el último de los argumentos y que hay que dialogar. Sin embargo, agregó que hay diálogos imposibles y, por eso, se está imponiendo una guerra entre dos filosofías: la democrática y la fanática.

En tanto, Juaristi centró su intervención en la situación de su lugar natal, el País Vasco, al indicar que el terrorismo nacionalista e integrista está en contra del estado nacional democrático, que “es el que garantiza las libertades”.

Una de las claves, quizás la más importante, de lo que podrá ocurrir en el futuro está dentro de Estados Unidos, según Krauze, ya que es bueno que los ciudadanos de ese país hagan una profunda introspección moral.

Sin embargo, explicó que no sería bueno que eso los llevase a la inmovilidad culposa o al masoquismo. Tampoco a la ira indiscriminada. Por eso, Krauze se alegró de que “las voces liberales y sensatas en Estados Unidos se-

pan que la guerra contra el terrorismo y el fanatismo será larga y penosa, una guerra sin una brújula segura”.

Krauze espera que sean esas voces las que prevalezcan, pues, sentenció, “vale la pena librar esa guerra, librarla en todo el mundo y sin cuartel, pero desde los valores que han construido la civilización de occidente”.

Líbano teme ser el segundo objetivo de Estados Unidos

KIM GHATTAS

Corresponsal de IPS en Beirut.

Líbano, base de Hezbolá, una organización islámica chiita que lucha contra Israel con apoyo de Irán y Siria, podría ser el próximo objetivo militar de Estados Unidos, según teme gran parte de la población.

El gobierno aseguró que ese peligro no existe, pero no se descarta que después de Afganistán, el blanco prioritario de la campaña militar en marcha, Washington se proponga atacar a Hezbolá (Partido de Dios), que combate contra Israel desde 1982, cuando el ejército israelí invadió Líbano.

“La actual prioridad es Afganistán, pero la batalla es más amplia. Cada nación debe elegir. En este conflicto no hay terreno neutral”, advirtió el presidente estadounidense, George W. Bush, sin definir otros objetivos de la campaña lanzada como represalia por los atentados del 11 de septiembre en Nueva York y Washington.

El gobierno intenta saber si Líbano es considerado un blanco potencial por Estados Unidos, mientras pone énfasis en su apoyo a la campaña antiterrorista internacional.

Esa doble estrategia se basa en la posición sostenida por el mundo árabe, que se opone a considerar terroristas a los grupos que combaten para liberar territorios ocupados, entre los cuales incluye a Hezbolá.

Los países árabes han señalado que la resolución 1373 del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), aprobada por unanimidad el 28 de septiembre para combatir al terrorismo, no definió al terrorismo.

El ministro de Relaciones Exteriores de Irán, Kamal Jarrazi, sostuvo que su país y Líbano condenan los atentados en Estados Unidos, pero añadió que “el terrorismo debe ser identificado y distinguido de los movimientos de liberación nacional”.

Occidente procede con dualidad de criterio ante el terrorismo, ya que finge ignorar las acciones de Israel contra los palestinos, afirmó.

El mundo musulmán no debería integrar la propuesta coalición internacional contra el terrorismo, si ésta no se articula bajo la autoridad de la ONU, añadió.

Los países árabes ya habían decidido que no integrarían esa coalición si Israel participaba en ella.

El primer ministro libanés, Rafik Hariri, ha asegurado que el país “está dispuesto a brindar plena cooperación a la comunidad internacional” en la lucha contra el terrorismo, pero él y otras autoridades han reiterado desde el 11 de septiembre que es preciso distinguir a los terroristas de organizaciones legítimas de resistencia nacional como Hezbolá.

Muchos libaneses temen que Bush decida atacar bases de Hezbolá en el oriental valle libanés de Bekaa e incluso en Siria, e Israel desea que lo haga.

Autoridades israelíes sostienen que el presidente de la Autoridad Nacional Palestina, Yasser Arafat, es comparable con el saudita Osama Bin Laden, a quien Estados Unidos y varios de sus aliados señalan como responsable de los atentados del 11 de septiembre.

Hezbolá integra desde hace años la lista de organizaciones a las cuales Estados Unidos define como terroristas, y Washington sospecha que fue responsable en los años 80 de toma de rehenes y ataques con bombas contra el cuartel general de la Infantería de Marina estadounidense en Beirut, pero el grupo afirma que esas acusaciones son falsas.

En la actualidad, Hezbolá es considerado en Líbano y en buena parte del mundo árabe como principal responsable de la retirada israelí de la región meridional del país, en mayo de 2000, tras ocuparla durante 22 años.

Estados Unidos dio a conocer una lista de organizaciones cuyas cuentas internacionales deseaba que fueran congeladas, en el marco del combate contra el terrorismo, y sólo incluyó en ella a un grupo fundamentalista libanés, Eshat el Ansar, de la rama sunnita del Islam.

Eso fue interpretado por especialistas en política internacional como una señal de que Washington no deseaba entrar en conflicto con el mundo árabe al acusar a organizaciones que cuentan con amplio respaldo, como Hezbolá o los grupos palestinos Hamas y Jihad Islámica.

Sin embargo, se ha sostenido en informes periodísticos que Estados Unidos puso en circulación en forma discreta otra lista, en la cual figuran Hezbolá y esas organizaciones palestinas.

La intención de Washington, según esos informes, sería presionar a los países musulmanes para que aumenten su apoyo a la campaña antiterrorista, a cambio de que la lista pública no se amplíe.

El secretario de Defensa estadounidense, Donald Rumsfeld, advirtió que Hezbolá y Hamas no estaban excluidos de la lista de potenciales objetivos de la campaña, antes de realizar una gira por Medio Oriente.

Hassan Fadlallah, integrante de la dirección política de Hezbolá, dijo en la primera entrevista que concedió desde los atentados del 11 de septiembre, que su organización “no tiene motivos para temer ser blanco de ataques estadounidenses, porque es un grupo nacional de resistencia legítimo y reconocido”.

Hezbolá nunca se hizo responsable de la toma de rehenes occidentales, ni de atentados contra fuerzas militares de Estados Unidos o embajadas de otros países, recordó.

No está claro cuál es la agenda de Bin Laden, ni hay pruebas de que él haya sido responsable de los ataques del 11 de septiembre, apuntó.

Fadlallah eligió sus palabras con cuidado para referirse a esos ataques, que no condenó ni aprobó, evitó usar el término “terrorismo” y se limitó a enfatizar en forma reiterada que su organización no acepta el asesinato de civiles inocentes.

También se refirió a expresiones de júbilo en algunos territorios palestinos tras esos atentados, y expresó que es preciso diferenciar entre los políticos de Estados Unidos y los simples civiles de ese país, aunque los israelíes usen armas estadounidenses contra los palestinos.

Los pobres pagarán factura de atentados

MARWAAN MACAN-MARKAR
Corresponsal de IPS en Bangkok.

El número de personas que padecen hambre en Asia aumentará en los próximos meses debido a las consecuencias económicas de los atentados del 11 de septiembre en Estados Unidos, advirtieron expertos.

Los asiáticos hambrientos ya suman cientos de millones, señaló R.B. Singh, representante de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) en la región de Asia-Pacífico. “Su acceso a los alimentos se reducirá y la pobreza les impedirá adquirirlos”, previno.

Asia alberga a dos tercios de los 500 millones de hambrientos del mundo, la mayoría de ellos en India, Pakistán y Bangladesh.

“Los países de Asia-Pacífico sufrirán mucho”, advirtió también Kim Hak-Su, secretario ejecutivo de la Comisión Social y Económica de las Naciones Unidas para Asia y el Pacífico (ESCAP).

“La recesión económica en Estados Unidos afectará a muchos países asiáticos, en particular a aquellos que tienen sectores de manufactura y exportación dependientes del mercado estadounidense”, explicó.

La caída de la demanda estadounidense provocará el cierre de empresas asiáticas y el consiguiente aumento del desempleo, prevé Kim. “Esto tendrá un impacto en las familias, y afectará incluso la educación de los niños”, dijo en Bangkok.

Las consecuencias sobre la salud son igualmente preocupantes.

“Si la economía se deteriora, la atención de la salud también”, señaló Bjorn Melgaard, director de la oficina de la Organización Mundial de la Salud en Tailandia.

El incremento de la pobreza volverá a la gente más vulnerable a las enfermedades, “en especial a mujeres y niños”, dijo.

Al mismo tiempo, agregó Melgaard, los hospitales podrían tener dificultades para atender al público debido a la falta de medicamentos y de personal.

Los nuevos problemas económicos se suman a otros existentes antes del 11 de septiembre en algunas partes de Asia.

Taiwan, Singapur, Malasia y Filipinas ya habían revisado a la baja sus previsiones de crecimiento económico debido a la reducción de sus exportaciones de artículos electrónicos, mientras que Indonesia todavía no había superado los efectos de la crisis financiera estallada en la región en 1997.

Pero sin duda los atentados en Nueva York y Washington, perpetrados con aviones comerciales secuestrados, perjudicaron a una importante fuente de ingresos para varios países asiáticos: el turismo.

Desde el 11 de septiembre, numerosos turistas cancelaron sus viajes por temor al terrorismo.

La Autoridad de Turismo de Tailandia, un país que el año pasado obtuvo 6.500 millones de dólares de la industria turística, advirtió que la llegada

de visitantes en el período pico de octubre y noviembre podría caer hasta 30 por ciento en comparación con igual período del año pasado.

En Nepal, las autoridades turísticas informaron que 50 por ciento de las reservas de hotel fueron canceladas.

“Los ingresos generados por el turismo fueron terriblemente afectados”, señaló el Banco Mundial en una evaluación preliminar de los efectos económicos de los ataques terroristas.

“Las consecuencias de los atentados del 11 de septiembre afectarán a distintos grupos de países en desarrollo de diferente forma, en reflejo de sus vulnerabilidades particulares”, señaló el Banco.

“En los países más pobres que caigan en la recesión debido a la caída de las exportaciones, del turismo, de los precios de los productos básicos o de las inversiones extranjeras, el número de personas que viven con menos de un dólar al día aumentará”, previno la institución financiera.

Incluso en aquellos países que sólo experimenten un enlentecimiento de su crecimiento económico, “menos personas podrán salir de la pobreza de las que hubieran podido en otras circunstancias”, pronosticó.

Kim, de ESCAP, advirtió que los gobiernos asiáticos deben estar preparados para enfrentar graves problemas sociales en los próximos meses.

El aumento de la pobreza y del número de pobres en Asia parece inevitable, “y los gobiernos deben prepararse para un aumento de las tensiones sociales”, concluyó.

Estados Unidos presiona al mundo árabe

GEORGE BAGHDADI

Corresponsal de IPS en Damasco.

Estados Unidos reclamó a los gobiernos árabes que combatan el terrorismo en sus territorios y entreguen información sobre actividades antioccidentales, si pretenden unirse a su campaña internacional contra ese flagelo.

El secretario de Estado adjunto William Burns entregó a una docena de embajadores de países árabes una lista de “requisitos previos” para integrar la coalición internacional que promueve Estados Unidos.

Washington exige a los gobiernos árabes que detengan y juzguen a sospechosos de terrorismo y extraditen a Estados Unidos a aquellos cuya captura pide por responsabilidad en atentados de los últimos años.

Washington reclama así mismo a los gobernantes del mundo árabe que proporcionen a la comunidad internacional toda la información en su poder sobre movimientos o individuos con actividades antioccidentales.

Burns solicitó a los diplomáticos que sus gobiernos abandonen las campañas que diferencian entre “terrorismo” y “resistencia legítima” de un pueblo contra la ocupación. Así mismo, rechazó la propuesta para terminar con la amenaza mundial del terrorismo e impulsar simultáneamente el proceso de paz en Medio Oriente.

“Esperamos que no se trate de una amenaza velada (de Washington) de que Afganistán podría no ser el único blanco de sus represalias”, dijo un diplomático árabe.

El gobierno estadounidense emplazó a Afganistán a entregar al extremista saudita Osama Bin Laden, a quien considera el sospechoso número uno de los atentados suicidas en Nueva York y Washington.

Las exigencias estadounidenses resultan alarmantes para Siria, un país que Washington mantiene en la lista de estados promotores del terrorismo.

Durante más de una década, Siria intentó limpiar la imagen de país terrorista exhibida por Occidente. “Cuando (Damasco) sentía por primera vez que no era directamente implicada en la última embestida del terror, Washington insinúa una reapertura de las viejas heridas”, afirmó un diplomático.

El gobierno sirio colaboró a fines de los años 80 con la liberación de rehenes occidentales secuestrados en Líbano por una organización de militantes islámicos y se sumó a la coalición militar que expulsó a Iraq de Kuwait en 1991.

También tomó parte en el proceso de paz de Medio Oriente iniciado en Madrid a principios de los años 90. Sin embargo, el Departamento de Estado estadounidense volvió a incluir a Siria en el último informe anual sobre terrorismo, publicado en abril, por no cooperar de modo suficiente con Estados Unidos en la materia.

Siria suele ignorar su inclusión en el informe, que sin embargo, la priva de tecnologías y de la asistencia estadounidense. Algunos comentaristas creen que Washington utiliza esa lista negra para obligar a Damasco a negociar la paz con Israel.

Siria, que procura recuperar los altos del Golán, ocupados por fuerzas israelíes desde 1967, suspendió en enero de 2000 el diálogo con Israel.

La prensa oficialista siria es singularmente dura con Israel. “Mientras se

encamina a una lucha contra el terrorismo, el mundo debe recordar que Israel practica terrorismo a gran escala”, afirmó el diario Tishrin.

Ariel Sharon “es uno de los mayores símbolos del terrorismo”, sostuvo el diario, en referencia al papel del actual primer ministro israelí en la matanza de 1982 en los campamentos palestinos de Sabra y Shatila, en Líbano.

El secretario de Estado Colin Powell telefoneó al ministro sirio de Asuntos Externos Farouk Sharaa para agradecer el mensaje de simpatía hacia el pueblo estadounidense enviado por el presidente Bashar Al Assad a su par George W. Bush.

En el cable, Al Assad reclamó un esfuerzo internacional para terminar con el terrorismo, y Powell opinó que la condena siria puede abrir las puertas a un aliado inesperado.

Pero Siria aún no se suma a la coalición estadounidense y reclama el consenso internacional sobre el significado del término terrorismo.

Siria y otros países sólo se unirían a la campaña antiterrorista si la comunidad internacional se abocara a crear una definición nueva y común de “terrorismo” vinculada a los ataques indiscriminados contra civiles, opinó el experto en Medio Oriente Shibley Telhami, de Washington.

Por ejemplo, Estados Unidos y Siria juzgan en forma muy distinta al movimiento armado Hizbolá, que acosó a las tropas israelíes en el sur del Líbano hasta lograr su retiro en mayo de 2000.

Damasco considera a Hizbolá símbolo de la resistencia a la ocupación israelí, pero para Estados Unidos no es más que una organización terrorista.

Una campaña de Washington contra Hizbolá pondría en aprietos a Damasco en el ámbito internacional, y encenderían los sentimientos antiestadounidenses en Medio Oriente.

La cuestión de la definición del terrorismo había sido planteada en 1985 por el ex presidente Afez Al Assad, quien gobernó Siria durante 30 años hasta su muerte en 2000.

Al Assad apeló a la comunidad internacional para “establecer una distinción” entre terrorismo y “el derecho de un pueblo a resistir la ocupación extranjera”.

“Para extirpar al terrorismo se necesita una estrategia mundial con objetivos claramente establecidos”, afirmó el diario Ath Thawra, órgano oficial del gobernante partido Baas.

El diario reiteró los reclamos de los países árabes para que Washington no deje de lado el conflicto de Medio Oriente por concentrarse en su campaña de represalias militares.

Una fuente de la Universidad de Damasco advirtió que el “doble discurso” de la política estadounidense podría minar el consenso internacional. Estados Unidos debe entender que “la solidaridad que ha recibido no significa que sus políticas hayan sido las correctas”, concluyó.

Una encrucijada de intereses políticos y recelo

N. JANARDHAN

Corresponsal de IPS en Dubai.

Las declaraciones surgidas de los países islámicos luego de los atentados del día 11 en Nueva York y Washington confirman que lo único permanente en las relaciones internacionales es el interés político.

Los líderes musulmanes, excepto los iraquíes, condenaron inequívocamente el terrorismo, destacaron la separación del Islam de los atentados y ofrecieron apoyo a la coalición antiterrorista mundial que Estados Unidos está formando.

Sin embargo, no hay duda de que el mundo árabe tiene reservas sobre los planes de represalia de Washington contra Afganistán, que protege al principal sospechoso de los ataques, y contra todos aquellos países que promuevan el terrorismo.

Muchos árabes culpan a Estados Unidos por los ataques con aviones secuestrados contra las torres gemelas de Nueva York y el Pentágono, que dejaron más de 6.000 muertos.

Líderes y analistas recuerdan que, antes de los atentados, habían advertido al presidente estadounidense George W. Bush que su falta de disposición a resolver el conflicto entre Palestina e Israel provocaría un estallido terrorista.

Apenas una semana antes de los ataques, el Consejo de Cooperación del Golfo había realizado su condena más fuerte hasta la fecha de la política de Estados Unidos en Medio Oriente, a la que calificó de combinación de inercia y de favoritismo hacia Israel.

“Washington fue ampliamente advertido sobre actos de violencia por sus políticas equivocadas en Medio Oriente. Si alguien tiene la culpa por el devastador ataque terrorista contra Estados Unidos, es ese mismo país”, declaró Michael Jansen, un periodista estadounidense establecido en Medio Oriente.

La alegría manifestada por los atentados en las calles de varias ciudades de la región, en particular en los territorios palestinos ocupados, reveló la profundidad del odio y el resentimiento de muchos miembros del mundo árabe hacia Estados Unidos por el apoyo que brinda a Israel.

Los líderes árabes trataron de aplacar esa espontaneidad por temor a dañar intereses a largo plazo, pero ahora están preocupados por el lenguaje belicista de Estados Unidos.

Bush calificó su campaña contra los terroristas como una “cruzada”, un término que hace referencia a las guerras medievales de los cristianos contra los musulmanes.

Esta actitud también pone sobre el tapete la teoría del “choque de civilizaciones” de la posguerra fría, expuesta por el académico estadounidense Samuel Huntington.

Esa teoría se refiere a una guerra de intereses entre la civilización occidental judeo-cristiana y la civilización islámica, que podría empezar ahora.

Cuando el contraataque comience, es seguro que será una guerra larga y costosa, dada la resolución de la oposición y la inexperiencia de las fuerzas estadounidenses en terrenos extremadamente difíciles.

En este marco, es muy probable que la llamada guerra contra el terrorismo sea interpretada como un choque de civilizaciones.

Es irónico que el principal sospechoso de los atentados del día 11, el saudí Osama Bin Laden, haya recibido apoyo de Estados Unidos para combatir contra las fuerzas soviéticas en Afganistán.

El ex presidente Ronald Reagan llegó incluso a elogiarlo y a considerarlo un “combatiente por la libertad”.

Ahora, los líderes árabes, en secreto, y la mayoría de los musulmanes de la región, abiertamente, también se consideran combatientes por la libertad.

“Los árabes se enfrentan a la misión imposible de hacer que sus pueblos y Occidente distingan entre el grupo Al Qaeda de Bin Laden y las fuerzas de resistencia palestina Hamas y Jihad Islámica”, comentó el general Ahmed Abdul Halim, un analista del Centro de Estudios sobre Medio Oriente, con sede en El Cairo.

El anuncio de Washington de que no invitará a Israel a participar de la guerra contra el terrorismo estuvo destinado a ganarse la voluntad de aliados árabes como Egipto, cuyo presidente Hosni Mubarak libró una exitosa lucha contra movimientos extremistas islámicos como Jihad y Jamaa Islamiya.

No es que los musulmanes no quieran participar de la campaña contra el terrorismo si está dirigida contra otros musulmanes, pero pretenden que todos los terroristas sean tratados por igual, “incluso Israel”.

El presidente de Emiratos Arabes Unidos, Zayed Bin Sultan Al Nahyan, ofreció su completo respaldo a Bush pero advirtió que la coalición antiterrorista no debe tener una “doble moral” y que también debería poner fin al “terrorismo israelí”.

También surgieron diferencias entre el apoyo árabe a la guerra del Golfo (1990-1991) contra Iraq y la nueva guerra, que ya comenzó a gestarse con el movimiento de cazas estadounidenses hacia esa región.

Mientras el conflicto del Golfo restauró la soberanía de Kuwait tras su invasión por Iraq, la próxima guerra es, en cierto sentido, contra aquellos que recurrieron al terrorismo en respuesta al apoyo de Estados Unidos a las políticas de Israel en los territorios palestinos ocupados.

Esos territorios incluyen la mezquita de Al Aqsa, en Jerusalén, el tercer santuario islámico.

Dado que hasta el momento no se presentaron pruebas concretas contra Bin Laden, ya surgieron varias teorías de conspiración en el mundo árabe y musulmán.

El canal de televisión del movimiento radical Hizbolá, establecido en Líbano y respaldado por Irán, afirmó que 4.000 judíos no se presentaron a trabajar en las torres gemelas el día de los ataques, sugiriendo que Israel tenía información sobre los atentados que no compartió con Washington.

Medios de prensa de Egipto sugirieron que podría tratarse de una venganza de vietnamitas por los ataques de Estados Unidos en la guerra de Vietnam (1960-1975), o incluso del Ejército Rojo Japonés por las bombas atómicas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki en 1945.

Cualquiera de estas hipótesis podría ser cierta hasta que se pruebe lo contrario, como sucedió cuando los árabes fueron culpados en primera instancia por el atentado de 1995 en Oklahoma, Estados Unidos. Finalmente resultó que el autor era un veterano estadounidense de la guerra del Golfo, Timothy McVeigh.

Existe otra interesante dimensión de la emergente alianza: muchos países árabes respaldarán a Estados Unidos independientemente de la cuestión palestino-israelí, para satisfacer intereses propios.

Tomemos el ejemplo de Arabia Saudita, Emiratos Arabes Unidos y Pakistán, los únicos tres países que reconocen al gobierno del movimiento extremista islámico Talibán en Afganistán.

Uno de los principales objetivos de Bin Laden, además de desestabilizar a Estados Unidos, es derrocar a la familia real de Arabia Saudita y expulsar de ese país a las fuerzas estadounidenses, que ayudan a proteger a la población de la amenaza iraquí.

Por ese motivo, Riyad cooperará plenamente con Estados Unidos en su misión en Afganistán.

Y si Arabia Saudita está en la mira de Bin Laden, Emiratos no puede estar muy lejos.

Dubai, la capital de Emiratos, es una de las ciudades más liberales de Medio Oriente, y su dinámica se opone a la rama del Islam que practica Bin Laden. Sin este terrorista saudí, Emiratos estará mucho más seguro.

Además, Emiratos mantiene una antigua disputa con Irán por la ocupación de las islas Abu Musa y Tunbs Mayores y Menores. Si se comprueba alguna vinculación directa o indirecta de Irán o Hizbolá con los atentados, Dubai procurará maximizar su afinidad diplomática con Washington en contra de Teherán.

Por otra parte, Pakistán ha aprovechado la debilidad de Afganistán durante décadas, y pese a ser aliado de Estados Unidos, ofreció su amistad al movimiento Talibán y a China para fortalecer su lucha por la parte de Cachemira controlada por India.

Pero para obtener la autonomía de Cachemira es indispensable la ayuda de Estados Unidos. Por lo tanto, el gobierno de Pakistán optó estratégicamente por respaldar las acciones de Washington, aun a riesgo de una guerra civil en su propio país.

Intereses estrechos aparte, a medida que se aproximan los ataques de represalia de “la primera guerra del siglo XXI”, los gabinetes de estrategia de Washington trabajan en el conflicto árabe-israelí y su resolución.

Para que Estados Unidos y su coalición mundial logren una verdadera victoria en esta guerra, deben resolver primero el conflicto de Medio Oriente, fundamental para todo el mundo árabe.

Hasta que eso suceda, la “Justicia Infinita” -como se dio en llamar la operación antiterrorista- estará incompleta.

Moscú teme represalias de musulmanes chechenos

SERGEI BLAGOV

Corresponsal de IPS en Moscú.

Rusia reforzó la seguridad de las instalaciones de agua y las centrales nucleares en Moscú, ante la eventualidad de atentados de los rebeldes musulmanes de Chechenia como reacción ante la campaña militar de Estados Unidos en Afganistán.

Cientos de personas murieron en Moscú en septiembre de 1999 en atentados contra dos edificios de apartamentos que, según aseguran las autoridades, fueron perpetrados por separatistas chechenos con el apoyo de Bin Laden.

Moscú, que respalda la campaña antiterrorista de Estados Unidos, acusó a los musulmanes que luchan por la independencia de la república autónoma de Chechenia de mantener estrechos lazos con Bin Laden y el Talibán. “El presidente Vladimir Putin pretende aprovechar los hechos del 11 de septiembre para obtener carta blanca para las fuerzas rusas en Chechenia”, opinó Elizabeth Andersen, directora ejecutiva de la división de Europa y Asia central de la organización de derechos humanos Human Rights Watch (HRW).

HRW, con sede en Nueva York, documentó “violaciones muy graves de derechos humanos” por las fuerzas rusas en Chechenia, incluso asesinatos, torturas, desapariciones y bombardeos indiscriminados.

La conducta de las fuerzas rusas en Chechenia constituyen un castigo colectivo contra la población civil, sostuvo en los últimos días Diderik Lohman, el representante de HRW en Moscú.

Putin dio un ultimátum a los separatistas chechenos para que depusieran las armas en 72 horas, prometiendo el perdón a quienes no hubieran cometido crímenes graves.

El diputado Sergei Kovalyov aseguró que la fuerza aérea rusa bombardeó las aldeas chechenas luego de que venciera el ultimátum de Putin sin que los rebeldes depusieran las armas.

El encargado de derechos humanos de Putin, Vladimir Kalamánov, dijo que las acusaciones de HRW no “tenían fundamento” y que la declaración de Kovalyov es un “producto de su imaginación”.

Putin declaró a la prensa durante una cumbre entre Rusia y la Unión Europea (UE) en Bruselas que Moscú estaba listo para el diálogo con los separatistas chechenos, pero que éstos deben cortar primero todos los vínculos con el terrorismo internacional.

Funcionarios de la UE limitaron sus críticas contra las acciones de Rusia en Chechenia y su interés de armar una coalición amplia contra terrorismo internacional. “La Unión Europea expresó su apoyo a las gestiones de las autoridades rusas para hallar una resolución política” en Chechenia, señaló una declaración conjunta de Rusia y la UE.

Sergei Yastrzhembsky, el portavoz de Moscú sobre Chechenia, dijo a la prensa que al menos cuatro de los responsables de los atentados del 11 de septiembre habían luchado contra las fuerzas rusas en Chechenia. También aseguró que los rebeldes chechenos reciben “millones de dólares” de al menos 100 fuentes terroristas extranjeras.

El enviado de Putin a Chechenia, Viktor Kazantsev declaró que está dispuesto a reunirse con el líder rebelde checheno Aslan Masjadov para discutir el desarme, pero advirtió que Moscú no aceptará jamás la independencia de la república. Hasta hace poco Moscú se negaba al diálogo con los rebeldes, a los que calificaba de terroristas.

En los últimos meses unos 100 refugiados chechenos realizaron una huelga de hambre y exigieron negociaciones entre Putin y Masjadov, elegido por voto popular en 1997 pero declarado delincuente por Moscú desde entonces. “Las autoridades federales no deben tener contactos... con Masjadov o sus partidarios”, dijo el administrador encargado de Chechenia, Ajmad Kadyrov, a la prensa en Grozny, la capital chechena.

La guerra y los presuntos abusos de las tropas rusas en Chechenia provocaron la huida de miles de chechenos a la vecina región rusa de Ingushetia, donde se encuentran más de 100.000 refugiados.

Se busca a un enemigo no identificado

JIM WURST

Corresponsal de IPS en Nueva York.

El debate en la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) sobre terrorismo y medidas de represión acordadas por el

Consejo de Seguridad demuestran la urgencia de una clara identificación conceptual del enemigo que se pretende combatir.

Varios países se refirieron a la necesidad de la acción concertada bajo la autoridad de la ONU, a la luz de los ataques contra Estados Unidos, pero no hay consenso acerca de cómo proceder. “Una de las cuestiones más difíciles es la definición de terrorismo”, admitió el secretario general de la ONU, Kofi Annan, al inaugurar el nuevo periodo de sesiones de la Asamblea General.

“Entiendo y acepto la necesidad de precisiones legales. Pero, déjenme decir con franqueza que también es necesario lograr claridad moral. No se puede aceptar a quienes intentan justificar el asesinato de civiles inocentes, sea cual fuere la causa o sus reivindicaciones. Si hay un principio universal que obliga a todos, es ciertamente ese”, advirtió Annan.

Pese a la observación básica de Annan, el complejo debate acerca del terrorismo de estado, la resistencia a la ocupación extranjera y la distinción entre terroristas y combatientes por la libertad, no está ahora más cerca de su desenlace que antes del 11 de septiembre, cuando fueron lanzados los ataques contra Estados Unidos.

La falta de definición tiene nuevas implicaciones desde que el 28 de septiembre, el Consejo de Seguridad de la ONU tomó decisiones para obligar a la comunidad internacional a actuar contra el terrorismo.

La resolución número 1.373, aprobada de modo unánime y sin debate público, exige a los estados miembro de la ONU cerrar las fuentes de financiamiento de los terroristas, a combatirlos e impedir que recluten nuevos militantes y a evitar que la legislación de asilo los ampare.

Pero falta la definición del concepto de “terrorista”. El Consejo de Seguridad tomó su decisión invocando artículos del capítulo séptimo de la Carta de la ONU, sobre mantenimiento de la paz y la seguridad.

El régimen del artículo séptimo convierte automáticamente su resolución en ley internacional, obligatoria para todos los países.

La resolución fue redactada por Estados Unidos. El embajador John Negroponte, en su primera intervención en el foro mundial, dijo que se trata de “un urgente llamado a la acción. Todos debemos señalar con énfasis a los gobernantes la necesidad ineludible de implementar esas medidas”.

La resolución 1.373 ataca la infraestructura del terrorismo, “al combatir su financiación, sus bases y otras formas de apoyo. El Consejo de Seguridad se hará cargo del control de la implementación. Sí, la resolución 1.373 impondrá sobre todos nosotros una fuerte vigilancia, pero la vigilancia es el precio a pagar por la libertad”, dijo Negroponte.

El embajador de India, Kamalesh Sharma, señaló que la resolución “proporciona un marco para la acción colectiva e individual, señalando una permanente obligación de todos los estados miembro (de la ONU)”.

“Nosotros vemos una analogía entre esta resolución y los poderes especiales que los gobiernos democráticos obtienen para combatir el terrorismo”, comentó Sharma. India, que se enfrenta a movimientos separatistas en varias provincias, es el principal patrocinador de un proyecto de convención antiterrorista.

El embajador Alfonso Valdivieso, de Colombia, integrante no permanente del Consejo de Seguridad, destacó que esta es la primera vez en que ese organismo toma decisión sin referirla a ningún conflicto específico.

Esta resolución atiende a “una amenaza genérica a la paz y la seguridad internacional. Representa un punto de inflexión en el papel del Consejo de Seguridad”. En una entrevista, Valdivieso consideró “necesario” ese nuevo papel para enfrentar nuevas amenazas.

Las organizaciones no gubernamentales (ONG) tienen otra opinión. Jeffrey Laurenti, de la Asociación ONU de Estados Unidos, objetó la pretensión del Consejo de Seguridad de “ordenar el comportamiento de los estados miembro en nombre de la paz y la seguridad”.

ONG humanitarias aprobaron el reconocimiento contenido en la resolución de la necesidad de estándares internacionales de derechos humanos, aunque no aceptaron la amplitud del proyecto votado. Sin una clara identificación del enemigo que se pretende perseguir, “cada gobierno estará facultado a hacer su propia definición, y eso significa que la etiqueta podrá aplicarse fácilmente a opositores políticos”, advirtió Yvonne Terlingen, representante de Amnistía Internacional en la ONU.

“La resolución habilita a esos gobiernos a tomar disposiciones que pueden violar los derechos humanos”, dijo Terlingen. “Fue votada tan rápidamente que no hubo tiempo de medir sus implicaciones, pero los gobiernos sienten que están obligados a actuar”, agregó. La restricción del financiamiento de las organizaciones terroristas puede lograr un redoblado apoyo.

Una mirada crítica al libre flujo de capitales, que ha sido puntal de la globalización, evidencia que ha ayudado a los terroristas a operar internacionalmente.

Sólo Botswana, Gran Bretaña, Sri Lanka y Uzbekistán han ratificado la Convención Internacional para la Eliminación del Financiamiento del Terrorismo, de diciembre de 1999, que no entrará en vigor hasta ser votada por parlamentos de 22 naciones. Varios países anunciaron que están dispuestos a acelerar la ratificación de ese instrumento internacional.

Por un lugar en la guerra contra el terrorismo

THALIF DEEN

Corresponsal de IPS en la ONU.

China, Egipto Irán y Pakistán pretenden situar a la ONU a la cabeza de la campaña contra el terrorismo, pero Estados Unidos desea mantener las manos libres para tomar represalias por los atentados contra Nueva York y Washington.

El presidente de Egipto, Hosni Mubarak, el país más grande y más poderoso militarmente del mundo árabe, advirtió que no se sumará a ninguna campaña antiterrorista que no sea auspiciada por la ONU (Organización de Naciones Unidas). También China, Pakistán e Irán promueven el protagonismo del foro mundial.

Una iniciativa semejante descartaría de inmediato la acción militar unilateral de Estados Unidos contra el régimen de Talibán en Afganistán, el país en que se refugia el saudita Osama Bin Laden, señalado por Washington como principal sospechoso de los ataques del 11 de septiembre, observaron algunos diplomáticos.

El gobierno estadounidense ve con buenos ojos un papel más activo de la ONU, siempre y cuando no interfiera con “su derecho” al uso de la fuerza militar contra los terroristas, afirmó un alto funcionario del Departamento de Estado (ministerio del exterior).

El combate contra el terrorismo será un “largo proceso, en el que estarán implicados todos los países”, aseguró el secretario general de la ONU, Kofi Annan.

Annan no descartó la conformación de grupos para cuestiones específicas como compartir información y recursos de inteligencia. Pero puntualizó que desea la creación de “una amplia alianza de miembros de la ONU determinados a hacer lo necesario para terminar con la amenaza terrorista”.

Los 189 países representados en la Asamblea General y los 15 integrantes del Consejo de Seguridad del foro mundial votaron resoluciones de condena inmediatamente después de los atentados en Nueva York y Washington, en los que murieron 6.800 personas.

El Consejo de Seguridad manifestó su disposición a “dar los pasos necesarios” en respuesta a los ataques, en su resolución del día 12. Para Washington, esa declaración constituye una carta blanca para su ofensiva militar.

Por su parte la Asamblea General apeló en forma urgente a la “cooperación internacional” para impedir y erradicar actos de terrorismo.

A comienzos de 1991, el Consejo de Seguridad dio su visto bueno a una coalición militar encabezada por Estados Unidos para desalojar a las tropas iraquíes que ocupaban Kuwait desde agosto del año anterior.

En 1999, Estados Unidos y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) bombardearon Serbia sin autorización del máximo organismo de seguridad de la ONU.

Washington asegura que tiene derecho a dar respuesta militar a los atentados, pues el artículo 51 de la Carta de la ONU autoriza a todo estado a defenderse contra un ataque armado.

Gran Bretaña y Francia consideran presentar al Consejo de Seguridad un proyecto de resolución para fortalecer la colaboración antiterrorista entre los estados miembros.

Una única acción militar no resolverá el problema, “necesitamos una campaña mayor, y la misma sólo es posible bajo la égida de la ONU”, dijo a la prensa el ministro de Relaciones Exteriores de Italia, Renato Ruggiero.

El canciller italiano aseguró que de sus conversaciones con funcionarios estadounidenses, se llevó la impresión de que Washington está actuando con “sentido de responsabilidad y de contención. Están dispuestos y deseosos de dialogar con todo el mundo”, agregó.

La Asamblea General se reunirá durante tres días desde el 1 de octubre para discutir medidas antiterroristas, un debate largamente postergado por el foro mundial hasta los atentados del 11 de septiembre.

También en octubre se reunirá un comité especial sobre la materia con la tarea de avanzar en la redacción de nuevos tratados internacionales. Se trata de la Convención Ampliada contra el Terrorismo y la Convención contra el Terrorismo Nuclear. “Tenemos 12 convenciones específicas sobre ciertos aspectos del terrorismo, como lavado de dinero y cuestiones financieras”, pero la Convención Ampliada los reunirá en una suerte de tratado marco “sobre el cual espero avancemos bastante en esta sesión”, dijo Annan.

Por otra parte, la mayoría de los gobiernos entienden que la comunidad internacional debe ayudar al pueblo afgano, aseguró Annan. “Está claro que debemos ir tras los responsables de este crimen, pero también debemos ser sensibles ante las necesidades del pueblo afgano, que ha vivido varias décadas de guerra, está bajo un régimen que no eligió libremente y al que no puede destituir y ha pasado por tres años de sequía”, agregó.

Ofensiva de Estados Unidos altera panorama político de Asia

MUSHAHID HUSSAIN

Corresponsal de IPS en Islamabad.

El ataque de Estados Unidos y Gran Bretaña contra Afganistán marcó en la noche del domingo 7 de octubre el comienzo de nuevos sufrimientos para el pueblo afgano, y de importantes cambios políticos en Asia.

La población de Afganistán padeció una década de ocupación por parte de la Unión Soviética de 1979 a 1989, resistida por guerrillas islámicas, y desde la retirada del Ejército soviético facciones guerrilleras se enfrentan en una cruenta guerra civil, a la cual se agregan ahora los ataques estadounidenses.

Estados Unidos articuló una coalición antiterrorista internacional tras los atentados del 11 de septiembre contra Nueva York y Washington, y lanzó su ataque contra el movimiento Talibán, que controla la mayor parte de Afganistán, porque éste se negó a entregar al saudita Osama Bin Laden, a quien el gobierno estadounidense considera responsable de esos ataques.

El presidente estadounidense, George W. Bush, dispuso el comienzo de los ataques sin esperar la realización de un encuentro de emergencia de los ministros de Relaciones Exteriores de la Organización de la Conferencia Islámica, que reunió a los países musulmanes en Qatar.

La importancia de esa reunión se debía a que el Talibán y Bin Laden habían invocado la causa islámica para pedir a las naciones musulmanas que los apoyaran contra los inminentes ataques estadounidenses.

Washington compartió con sus aliados de la Organización del Tratado del Atlántico Norte y con gobiernos musulmanes la información en la cual se basa para acusar a Bin Laden, pero no la hizo pública, y tampoco buscó llevar a cabo una campaña antiterrorista con el auspicio de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

Es probable que la prescindencia del auspicio de la ONU se deba a que la sesión especial sobre terrorismo de la Asamblea General del foro mundial, en la cual participaron 167 de los 189 Estados miembros, no logró acordar una definición del terrorismo.

Ese resultado se debió a que representantes de muchos países insistieron en que el “terrorismo de Estado” es tan abominable como las acciones terroristas realizada por grupos no estatales, y en destacar que no deben confundirse el terrorismo y la lucha armada legítima de los pueblos por su autodeterminación.

El diario estadounidense *The New York Times* afirmó que el gobierno de Estados Unidos decidió asumir la conducción de la campaña antiterrorista en la forma más unilateral posible, debido a los resultados de la gira por países musulmanes realizada por el secretario de Defensa estadounidense, Donald Rumsfeld.

Gobiernos musulmanes decisivos para esa coalición, como los de Arabia Saudita, Omán, Pakistán y Uzbekistán, indicaron a Rumsfeld que no estaban dispuestos a brindar tropas o permitir el uso de sus territorios para acciones militares contra Afganistán, sino que se limitarían a brindar apoyo logístico.

Por lo tanto, Washington cuenta ante todo con apoyo militar de Gran Bretaña y algunas otras potencias occidentales para dar respuesta al deseo de represalias de la población estadounidense tras los ataques terroristas del 11 de septiembre, que fue expresado por hasta 82 por ciento de los consultados en encuestas. Es previsible que los ataques contra Afganistán tengan importantes consecuencias políticas en ese país, en Pakistán y en el resto de la región.

El presidente de Pakistán, Pervez Musharraf, dijo a periodistas en Islamabad que “todos” los integrantes de la coalición antiterrorista le han ofrecido “110 por ciento de garantías de que tendrán presente” la preocupación pakistaní por la posibilidad de que la Alianza del Norte, que combate contra el Talibán en la guerra civil afgana, salga beneficiada.

Sin embargo, todo indica que Washington apuesta a que el próximo gobierno de Afganistán surja del anunciado acuerdo entre la Alianza del Norte y el exiliado rey afgano Zahir Shah, de 86 años de edad, quien fue derrocado en 1973, y Zahir aseguró en 1985 que no es hostil a Pakistán, al conceder una entrevista a un periodista pakistaní por primera vez tras ser derrocado.

En esa entrevista, realizada en Roma, recordó que se había mantenido neutral durante las guerras de 1965 y 1971 entre Pakistán e India.

En realidad, ningún futuro régimen afgano podría darse el lujo de ser hostil a Pakistán, en el marco de previsibles dificultades domésticas y por razones geopolíticas.

De todos modos, la situación actual marca el fin de la política pakistaní de los últimos años, que buscó respaldo en el largo conflicto con India mediante relaciones amistosas con el Talibán.

Musharraf admitió que ha compartido información de Inteligencia sobre el Talibán con Estados Unidos, y que permitió a la Fuerza Aérea de ese país sobrevolar territorio pakistaní durante el ataque estadounidense.

Ahora es probable que Islamabad deba modificar su política para el territorio de Cachemira, que disputa a India desde la creación de ambos países hace medio siglo.

El Departamento de Estado estadounidense dio a conocer su lista de “organizaciones terroristas extranjeras”, que actualiza cada dos años, e incluyó en ella al grupo separatista cachemiro Harkatul Mujahideen, que ha recibido respaldo del gobierno pakistaní.

Washington “cree que ese grupo tiene vínculos con Osama Bin Laden”, dijo el portavoz del Departamento de Estado, Richard Boucher.

Según fuentes indias, Bush aseguró al primer ministro de India, Atal Bihari Vajpayee, que Jaishe Mohammed, otro grupo separatista cachemiro, será incluido en la lista del Departamento de Estado, cuando habló por teléfono con Vajpayee para informarle sobre el inminente ataque contra Afganistán.

Nueva Delhi afirma que Jaishe Mohammed fue responsable de un atentado con un coche bomba realizado en Srinagar, la capital del territorio cachemiro gobernado por India, que causó la muerte de por lo menos 38 personas.

Musharraf enfatizó que la cuestión de Cachemira “no puede ser identificada con el terrorismo”, como lo desea Vajpayee, pero es claro que la nueva actitud estadounidense ante grupos separatistas cachemiros implica una fuerte presión para que Islamabad rompa relaciones con esos grupos.

Por otra parte, la actual crisis ha precipitado cambios en las relaciones de poder político dentro de Pakistán.

Organizaciones religiosas musulmanas se oponen con firmeza a la alianza militar con Estados Unidos del régimen de Musharraf, quien tomó el poder mediante un golpe de Estado en octubre de 1999, mientras partidos moderados y centristas apoyan al gobierno.

Por otra parte, Musharraf ha reorganizado su equipo de lugartenientes militares, mediante la promoción de dos generales y el cambio del jefe de los servicios de Inteligencia.

China, Rusia y las repúblicas ex soviéticas de Takikistán y Uzbekistán se han alineado con Estados Unidos en la campaña antiterrorista, debido a que comparten la preocupación por la insurgencia islámica en sus territorios, que consideran apoyada por el Talibán.

Es la primera vez que Moscú apoya una acción militar estadounidense en Asia Central. Estados Unidos también ha suavizado su actitud ante el gobierno iraní, enfrentado con el Talibán por razones que incluyen discrepancias religiosas de siglos de antigüedad.

El secretario de Estado estadounidense, Colin Powell, prevé realizar una gira por Pakistán e India, en la cual deberá proceder con extremo cuidado para mantener el equilibrio en las relaciones con ambos rivales.

La cuestión política regional más delicada es la del estado de la opinión pública en los países musulmanes, expresado en varias ciudades de Pakistán por violentas protestas callejeras contra los ataques.

En las primeras 18 horas posteriores a ese ataque, aliados musulmanes clave de Estados Unidos como Arabia Saudita, Egipto y Jordania no habían hecho público que apoyaran el bombardeo de Afganistán.

Estados Unidos puede ganar la batalla militar en Afganistán, pero perder la batalla por los corazones y las mentes de los musulmanes, salvo que logre que el conflicto sea breve, con mínimas víctimas civiles, y al mismo tiempo lance iniciativas políticas deseadas por el mundo musulmán, por ejemplo en defensa de la autodeterminación palestina.

Musharraf dijo que el actual ataque será “una guerra corta y con objetivos delimitados en forma clara”, pero estadounidenses y británicos prevén que la lucha será ardua y puede durar semanas, meses y hasta años.

El costo geopolítico de la alianza con Washington

MUSHAHID HUSSAIN

Corresponsal de IPS en Islamabad.

Una de las víctimas de los atentados del 11 de septiembre en Estados Unidos fue la política amistosa de Pakistán ante el movimiento Talibán, que gobierna Afganistán, para asegurar su flanco occidental y concentrar sus fuerzas en el oriental, el frente de conflicto con India.

El presidente del régimen militar pakistaní, Pervez Musharraf, aseguró que “los días del Talibán están contados”, en declaraciones a la emisora de radio y televisión británica BBC.

Es “probable que se produzca una confrontación tras la negativa del Talibán a entregar a Estados Unidos al saudita Osama Bin Laden”, líder de la organización islámica Al Qaeda (La Base), a quien el gobierno estadounidense considera principal responsable de los ataques terroristas del 11 de septiembre.

Las relaciones de Washington e Islamabad con el Talibán están llenas de paradojas, y la mayor de ellas es que el gobierno pakistaní había apoyado a ese movimiento fundamentalista islámico con el aval del anterior presidente estadounidense, Bill Clinton (1993-2001).

El Talibán conquistó la sudoccidental ciudad afgana de Kandahar en noviembre de 1994 y Kabul en septiembre de 1996.

En aquel momento, Washington consideraba que le convenía el acceso al poder del Talibán para contrapesar la influencia geopolítica del gobierno iraní, al cual consideraba la principal amenaza en la región para los intereses estadounidenses.

El Talibán recibió como huésped a Bin Laden en 1996 y dos años después fueron voladas en dos atentados las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania. El gobierno de Clinton sostuvo que el saudita era responsable de esos atentados, y bombardeó supuestos campos de entrenamiento de Al Qaeda en Afganistán.

Con independencia de Bin Laden y de la cuestión afgana, el actual presidente estadounidense, George W. Bush, no había mostrado disposición a levantar las sanciones económicas impuestas a Islamabad en mayo de 1998, por la realización de ensayos de armas nucleares.

En aquel momento Estados Unidos también impuso sanciones a Nueva Delhi, por el mismo motivo, pero Bush parecía decidido a levantar sólo las que afectaban a India, en el marco de una política de acercamiento a ese país, y Washington alegó que la existencia de una dictadura militar en Pakistán desde octubre de 1999 desaconsejaba normalizar relaciones.

Pero el rápido alineamiento de Islamabad con Washington en la “guerra contra el terrorismo” lanzada por Bush, tras los ataques del 11 de septiembre, fue acompañado por el fin de las sanciones contra Pakistán, debido a “intereses de seguridad nacional”, según dijo el presidente estadounidense el 24 de septiembre.

Eso no sorprendió a la población pakistaní, acostumbrada a bruscos virajes de Washington como los que se produjeron en las últimas décadas, cuando Estados Unidos fortaleció sus vínculos con Pakistán para combatir la invasión de la Unión Soviética a Afganistán (1979-1989), y los debilitó luego.

Para muchos pakistaníes, el levantamiento de las sanciones contra el país demuestra que su aplicación no se relacionaba con principios sobre las armas nucleares o la promoción de la democracia, sino con el interés propio estadounidense.

Ahora es tarde para que Islamabad exprese su preocupación por el futuro político de Afganistán, luego de que Bush pidiera “cooperación de ciudadanos afganos cansados del Talibán” y entablara contactos con fuerzas opositoras a ese movimiento para preparar su eventual sucesión.

El derrocado rey de Afganistán, Zahir Shah, y la Alianza del Norte, que combate contra el Talibán en la región nororiental de ese país, anunciaron un acuerdo para formar un gobierno de transición de dos años que suceda al Talibán cuando logren derrotarlo, y parece claro que Washington impulsó esa alianza.

Un artículo publicado por el diario estadounidense *The New York Times* señaló que Estados Unidos “afrenta en Afganistán dos de las tareas militares más arduas de su historia: perseguir en su propio territorio a un líder enemigo y a sus compañeros terroristas, y reemplazar al régimen que los protege”.

Islamabad debe comprender en la actualidad tres datos básicos de la situación: En primer lugar, la resolución 1373 del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), aprobada por unanimidad, ordenó usar la fuerza contra el terrorismo y puede afectar la política pakistaní para el territorio de Cachemira, que disputa a India desde hace medio siglo.

El gobierno estadounidense dio a conocer el 25 de septiembre una lista de grupos a los cuales acusa de mantener vínculos con Bin Laden, y entre ellos estuvo Harkat-ul-Mujahideen, una de las organizaciones independentistas cachemiras alentadas por Islamabad.

Las cuentas bancarias de esos grupos en Estados Unidos fueron cerradas, y esa decisión fue imitada por los bancos pakistaníes.

La posición histórica de Islamabad sobre la cuestión de Cachemira se basa en resoluciones de la ONU que reconocieron el derecho a la autodeterminación de ese territorio, y es posible que la diplomacia pakistaní se vea en aprietos para mantener por completo esa posición.

El apoyo de Rusia a la campaña antiterrorista convocada por Bush fue recompensado con luz verde para que Moscú aplaste a los separatistas islámicos de la república rusa de Chechenia, e India desea que Washington incluya a los independentistas islámicos de Cachemira entre los terroristas que deben ser combatidos.

El ministro de Relaciones Exteriores indio, Jaswant Singh, planteó esa posición en Washington al secretario de Estado estadounidense, Colin Powell.

En segundo lugar, Islamabad debe abandonar actuales ilusiones sobre su posibilidad de incidir para que la política de Washington en Afganistán beneficie a Pakistán, mediante el mantenimiento del Talibán en el poder o la instalación de otro gobierno con el cual pueda tener relaciones amistosas.

En tercer lugar, quedan pocas dudas de que la campaña internacional contra el terrorismo tendrá como blanco a organizaciones de musulmanes, y excluirá a otras que cometen actos terroristas en España, Irlanda o Indonesia.

El primer ministro de Italia, Silvio Berlusconi, expresó con franqueza su opinión sobre la “superioridad de la civilización occidental sobre la civilización islámica”, y su confianza en que Occidente “conquistará” al Islam, como antes “conquistó al comunismo”.

Otros gobernantes e influyentes analistas occidentales presionan para que la campaña antiterrorista se transforme en un “choque de civilizaciones” entre Occidente y el Islam, según la tesis planteada en 1993 por el académico estadounidense Samuel Huntington.

Bush no debería seguir los consejos de quienes desean transformar la guerra contra el terrorismo en un ejercicio de destrucción de naciones, que profundizaría la brecha entre Estados Unidos y el mundo musulmán, sino los de personas más sobrias y sensatas.

Una de ellas es Megawati Sukarnoputri, presidenta de Indonesia, el país musulmán más poblado del mundo, quien pidió al presidente estadounidense en Washington, poco después de los ataques del 11 de septiembre, “tener en cuenta los sentimientos del mundo musulmán, y no confundir al terrorismo con el Islam”.

Los riesgos de apoyar un ataque contra Afganistán

NADEEM IQBAL

Corresponsal de IPS en Islamabad.

El gobierno de Pakistán, el único que aún reconoce al movimiento Talibán como gobierno de Afganistán, se prepara a respaldar ataques de Estados Unidos contra territorio afgano, mientras intenta minimizar los riesgos de esa actitud.

La actual situación es considerada una “pesadilla estratégica” por expertos pakistaníes en asuntos militares, ya que la política de Islamabad hacia Kabul se basa desde hace 22 años, en la necesidad de contar con un aliado ante el crónico conflicto con India.

El gobierno pakistaní debe procurar que el fundamentalista Talibán, que controla 90 por ciento del territorio afgano, no sea reemplazado por autoridades hostiles a Islamabad, advirtieron comentaristas de prensa.

El gobierno pakistaní aseguró a Estados Unidos plena cooperación en su campaña contra el terrorismo, pero se ha negado a realizar comentarios sobre la visita de los militares. La embajadora estadounidense en Pakistán, Wendy Chamberlin, se limitó a señalar que la delegación llegada de su país es “muy pequeña”.

Según informes periodísticos, los visitantes se reunieron con un general pakistaní que ocupa un alto cargo, con el jefe de la Fuerza Aérea, Mushaf Ali Mir, y con funcionarios de inteligencia.

Pakistán es en la actualidad el único país que mantiene relaciones diplomáticas con el Talibán, ya que los otros dos que reconocían a ese movimiento como gobierno de Afganistán, Arabia Saudita y Emiratos Arabes Unidos, cortaron sus vínculos.

Arabia Saudita expulsó a Bin Laden y le retiró la nacionalidad en 1991, debido a sus actividades contra el gobierno. Bin Laden reside en Afganistán, como huésped del Talibán, junto con muchos de sus seguidores.

Islamabad retiró de Kabul a los 12 funcionarios diplomáticos que mantenía allí, pero aún reconoce al Talibán como gobierno de Afganistán.

Washington ha pedido a Islamabad que le brinde información sobre el posible paradero en Afganistán de Bin Laden y de campamentos de entrenamiento de terroristas, permiso para utilizar su espacio aéreo en ataques contra Afganistán, y apoyo logístico al despliegue de sus Fuerzas Armadas en el área.

El general retirado pakistaní Talat Masood, ex ministro de Defensa, dijo a IPS que la solicitud de apoyo logístico implica el uso de bases militares para abastecimiento de combustible y otras operaciones, así como acceso a servicios del meridional puerto de Karachi para buques de guerra estadounidenses.

“Sin embargo, es improbable que el territorio pakistaní sea usado por Estados Unidos para desplazar hacia Afganistán grandes contingentes de fuerzas terrestres, ya que es claro el rechazo popular a esa posibilidad. Washington podría lanzar una invasión desde Tajikistán o Uzbekistán”, opinó.

“En materia de Inteligencia, Estados Unidos debe depender de las agencias del gobierno pakistaní, porque son las únicas con alto nivel de profesionalismo y disciplina que poseen amplio conocimiento sobre Afganistán”, explicó.

Eso se debe a que Pakistán apoyó y entrenó, junto con Estados Unidos, a las milicias islámicas que resistieron la invasión de Afganistán por la ex Unión Soviética (1979-1989).

El presidente estadounidense, George W. Bush, continúa dedicado a reunir apoyo internacional para su ofensiva contra el terrorismo, pero aún no está claro si sus objetivos incluyen el derrocamiento del Talibán, que pidió al mundo musulmán lanzar una “guerra santa” contra Estados Unidos si éste ataca Afganistán.

Todo indica que el objetivo de capturar a Bin Laden ha sido postergado por Washington, y que la actual prioridad de Bush es instalar un nuevo gobierno en Afganistán, comentó Babar Shah, investigador del pakistaní Instituto de Estudios Estratégicos. “Pakistán anunció su apoyo incondicional a la campaña contra el terrorismo, y en ese marco debe respaldar el esfuerzo militar internacional para reemplazar al Talibán por un gobierno con amplia base en todas las etnias afganas”, afirmó. Altos funcionarios militares del país han desaconsejado a Washington la cooperación militar con la Alianza del Norte, principal rival del Talibán en Afganistán, que controla 10 por ciento del territorio afgano. Esos funcionarios han sostenido que eso desencadenaría una nueva guerra civil en Afganistán, pero también debe tenerse en cuenta que el apoyo pakistaní al Talibán en los últimos años ha enemistado a la Alianza con Islamabad, que no puede esperar buenas relaciones con un gobierno afgano de esa organización. Masood opinó que la política de Islamabad debe ser sutil, porque las perspectivas de la cuestión aún son inciertas. Fuentes cercanas al Ministerio de Relaciones Exteriores dijeron a IPS que el gobierno pakistaní recibe mensajes contradictorios de Washington, y que todavía no es posible prever la magnitud y duración de un eventual ataque estadounidense contra Afganistán. El retiro de los diplomáticos pakistaníes de Kabul cortó las comunicaciones con el Talibán y aumentará los malentendidos de ambas partes, cuando aún no está claro qué ocurrirá en materia militar, dijo a IPS Khalid Rehman, director ejecutivo del no gubernamental Instituto de Estudios Políticos. El secreto que rodea la visita de la delegación militar estadounidense al país aumenta la brecha entre el pueblo y el gobierno, señaló.

“Hay muchas alternativas para resolver la crisis, pero todas son problemáticas e implican riesgos de protestas y disturbios locales. El gobierno debe-

ría confiar en la gente y explicarle con claridad sus motivos para cooperar con Estados Unidos”, agregó.

Graves riesgos y una oportunidad

MUSHAHID HUSSAIN

Corresponsal de IPS en Islamabad.

El gobierno de Pakistán afrontará graves riesgos si apoya un ataque de Estados Unidos contra Afganistán para vengar los atentados sufridos por Nueva York y Washington.

Islamabad se ha comprometido a cooperar en la lucha antiterrorista, y envió una delegación de alto nivel a Afganistán para abogar por la posición estadounidense.

Altos funcionarios paquistaníes se reunieron con el mulá Mohammed Omar, líder supremo del movimiento Talibán, que controla la mayor parte de ese país, a quien pidieron que entregue al extremista saudita Osama Bin Laden, considerado por Washington “principal sospechoso” de los ataques terroristas.

Talibán tiene 72 horas para entregar a Bin Laden o afrontar una represalia militar estadounidense, enfatizaron. Bin Laden negó ser responsable de los atentados. Talibán sostuvo que Estados Unidos debía aportar pruebas de la participación de Bin Laden en los ataques, si dispone de ellas, para que el caso sea considerado por el sistema judicial afgano.

Un ataque estadounidense contra Afganistán puede iniciar una larga guerra que involucraría a numerosos países, y transformarse con rapidez en un conflicto insoluble para Washington.

El criterio de “disparar primero y preguntar después” por parte de Estados Unidos puede tener tres graves consecuencias. Esas posibles consecuencias son una confrontación de Washington con todo el mundo musulmán, un conflicto entre Pakistán y Afganistán, y una peligrosa fractura de la sociedad paquistaní, entre el gobierno y vastos sectores musulmanes ortodoxos de la sociedad.

El movimiento Talibán advirtió que puede tomar represalias contra cualquier país que permita el uso de su territorio como base para ataques contra Afganistán.

El portavoz en Pakistán de Hizb-ut-Tahrir, un partido internacional islámico, pidió a Islamabad que no colabore con Washington, y afirmó que Estados Unidos manipula la simpatía del público por las víctimas de los atentados para fortalecer su propia hegemonía mundial.

Hizb-ut-Tahrir, creado en 1952, ha sido ilegalizado en los últimos años en varios países de Asia Central.

Tres cuestiones son relevantes para considerar el eventual apoyo paquistaní a decisiones de Washington.

En primer lugar, los crímenes merecen la más firme condena por parte de los musulmanes, ya que el Islam sostiene que “matar a una persona inocente, sea cual fuere su género, raza o religión, es como matar a la humanidad”.

Sin embargo, es difícil para los musulmanes considerar la cuestión del terrorismo y la violencia en forma independiente de los sufrimientos de otras personas de la misma religión en Iraq, Palestina, la república separatista rusa de Chechenia o el territorio de Cachemira, que disputan India y Pakistán.

En el mundo musulmán se registra un fuerte tendencia a pensar que la política exterior estadounidense es una de las causas profundas del terrorismo.

Por lo tanto, será difícil que la campaña antiterrorista sea exitosa, si Washington no revisa su política para Medio Oriente.

La eficacia de la respuesta antiterrorista estadounidense dependerá en importante medida de que no sea influida por los intereses de Israel en Palestina y los de India en Cachemira. En segundo lugar, las decisiones que puede tomar Pakistán son pocas, y todas muy difíciles.

Rehusarse a integrar la coalición antiterrorista que busca Washington no parece una opción posible, ya que Arabia Saudita, China, Emiratos Arabes Unidos, Turquía y las naciones de Asia Central, países que mantienen mejores vínculos con Pakistán, apoyan a Estados Unidos en esta cuestión.

Además Pakistán ha puesto, anteriormente, sus Fuerzas Armadas, sus servicios de Inteligencia y su territorio al servicio de objetivos estadounidenses, como aliado de Washington durante la Guerra Fría.

En los años 50 albergó una base estadounidense para espiar a la Unión Soviética. También apoyó la ofensiva de Washington contra la ocupación soviética de Afganistán, en el último acto de la Guerra Fría, e integró en 1991 la alianza de 28 países liderada por Estados Unidos contra Iraq en la Guerra del Golfo.

El secretario de Estado estadounidense, Colin Powell, anunció que Pakistán había decidido “satisfacer todos los pedidos de Estados Unidos y brindarle cualquier asistencia que solicite”.

¿Analizó Islamabad con profundidad las consecuencias de esa decisión? ¿Pidió o previó una compensación por parte de Washington?

Cuando termine una eventual operación militar contra Osama Bin Laden y el Talibán, y se retire el último soldado estadounidense que haya participado en ella, ¿quién afrontará el descontento entre los 140 millones de paquistaníes y los 2,2 millones de afganos que residen en la actualidad en Pakistán?

En la actualidad, el objetivo de capturar en Afganistán a Bin Laden es ante todo simbólico. Es probable que el saudita ya haya escapado hacia algún país de Asia Central o incluso hacia territorio paquistaní.

Entre los objetivos de Washington están el derrocamiento del movimiento Talibán y su reemplazo por un gobierno menos hostil a Estados Unidos, y el desmantelamiento de las organizaciones extremistas islámicas en Pakistán, algunas de las cuales tienen vínculos con el Talibán.

La actual coyuntura implica una oportunidad para Islamabad en medio de los riesgos, ya que el gobierno militar paquistaní puede ganar espacio político en el escenario internacional al distanciarse del Talibán.

Antes del 11 de septiembre, Washington consideraba a Pakistán parte del problema del extremismo islámico, y en la actualidad el país pasó a ser importante parte de la solución.

La política estadounidense para Asia meridional había privilegiado en los últimos tiempos los vínculos con India, tradicional adversario de Pakistán, y ahora es previsible que deba volverse más equilibrada.

Por otra parte, es probable que Washington deje en segundo plano la preocupación por el creciente poder de China que había predominado en los últimos tiempos, y eso será conveniente para Islamabad, cuyo principal aliado es Beijing.

Estados Unidos necesita importante participación de países musulmanes en la coalición antiterrorista que procura, como ocurrió cuando buscó aliados musulmanes contra Iraq en la guerra del Golfo.

Pero los gobernantes musulmanes deben actuar con valor y visión de largo plazo, para evitar que la defensa inmediata de su supervivencia fortalezca la tesis de un “choque de civilizaciones” entre Occidente y el Oriente islámico.

Los integrantes musulmanes de una coalición antiterrorista deben insistir en que se agoten las posibilidades de acción diplomática, antes de adoptar decisiones militares, cuyo impacto serían los primeros en sentir.

Recompensas por apoyar a Estados Unidos

MUSHAHID HUSSAIN

Corresponsal de IPS en Islamabad.

Estados Unidos levantó las sanciones económicas que había impuesto a Pakistán e India por sus ensayos con armas nucleares en mayo de 1998, y la decisión implica ante todo una recompensa a Islamabad por apoyar lo que Washington llama guerra contra el terrorismo.

El acercamiento diplomático de Washington a Nueva Delhi hacía esperar que las sanciones contra India fueran levantadas, pero la actitud del gobierno pakistaní tras los atentados terroristas del día 11 en Estados Unidos logró una decisión equitativa.

Washington considera al extremista saudita Osama Bin Laden, residente en Afganistán, principal sospechoso de los atentados, y exige su entrega. Pero el movimiento Talibán, que controla 90 por ciento del territorio afgano, se niega a hacerlo, con lo cual se expone a un probable ataque estadounidense.

Islamabad abogó por el planteo de Washington ante el Talibán, con el cual ha mantenido buenas relaciones, y anunció que aportaría apoyo de Inteligencia a Estados Unidos y permitiría a la Fuerza Aérea de ese país utilizar espacio aéreo pakistaní.

Esa conducta mejoró en forma radical la actitud hacia Islamabad del presidente estadounidense, George W. Bush, y el levantamiento de las sanciones es sólo la primera de las recompensas.

Pakistán fue firme aliado de Estados Unidos durante la Guerra Fría, cuando su rival India mantenía buenas relaciones con la Unión Soviética, y ayudó a Washington a combatir la invasión soviética de Afganistán (1979-1989), pero en los últimos años la Casa Blanca se acercó a Nueva Delhi, en perjuicio de Islamabad.

El diario estadounidense *The New York Times* informó que Bush estudia en la actualidad la aprobación de “importante asistencia a Pakistán”. “Aún no se ha definido cuánto de esa asistencia se realizará en efectivo y cuánto mediante alivio de la deuda externa pakistaní”, afirmó un alto funcionario citado por el periódico.

La deuda externa de Pakistán es 30.000 millones de dólares, y Estados Unidos es acreedor del 10 por ciento de esa suma.

Otra iniciativa para ayudar a Islamabad estudiada en la actualidad por el gobierno estadounidense, según informes periodísticos, es la duplicación de la asistencia al alivio de la pobreza en Pakistán por parte del Fondo Monetario Internacional, que aumentaría de 2.500 a 5.000 millones de dólares.

El presidente pakistaní, general Pervez Musharraf, quien tomó el poder en octubre de 1988, recibió llamadas telefónicas de agradecimiento de Bush y del secretario de Estado estadounidense, Colin Powell.

Islamabad reclamaba desde hace años a Washington tratar en forma equitativa a Pakistán e India, y acusaba a Estados Unidos de “deshacerse de sus amigos después de usarlos” desde 1990, cuando cesó su asistencia a las Fuerzas Armadas pakistaníes por sospechas, luego confirmadas, de que desarrollaban armas nucleares.

En la actualidad, las iniciativas de asistencia económica a Pakistán impulsadas por Washington sugieren apuestas de largo plazo, y no sólo un gesto coyuntural de apoyo.

El mayor problema actual de Washington es ganar apoyo de la opinión pública en el mundo musulmán, donde muchos aún no se han convencido de que haya relación entre el Talibán y los ataques terroristas del día 11, ni de que tenga sentido iniciar una guerra sin aportar pruebas de ese presunto vínculo.

Powell dijo a periodistas que Estados Unidos compartirá con sus aliados evidencias de la responsabilidad de Bin Laden en los atentados contra el World Trade Center en Nueva York y el Pentágono (Ministerio de Defensa) en Washington, realizados mediante aviones de pasajeros secuestrados. En ausencia de esas evidencias, las acciones militares contra Afganistán, que parecen acercarse, son vistas como decisiones políticas más que como parte de una auténtica lucha contra el terrorismo.

Muchos musulmanes piensan que Bush se inclina hacia acciones militares para satisfacer un profundo deseo de venganza del pueblo estadounidense tras la muerte de miles de inocentes en los ataques terroristas, y que Afganistán, un país pobre y carente de infraestructura, es un blanco fácil y conveniente.

Pakistán y otros países musulmanes como Arabia Saudita, Egipto, Jordania y Uzbekistán deberían presionar a Estados Unidos para que no implemente políticas de represalia cuyas consecuencias pueden resultar incontrolables, en la medida en que aumenten el sentimiento antiestadounidense en el mundo musulmán.

“Si lanzan un ataque contra Afganistán, matarán a muchos inocentes, como hicieron los terroristas en Estados Unidos. No jueguen al juego de su

enemigo”, advirtió a los estadounidenses el presidente de Egipto, Hosni Mubarak, en un discurso.

Purga en el ejército de Pakistán

NADEEM IQBAL

Corresponsal de IPS en Islamabad.

La renuncia en Pakistán del jefe de la principal agencia de inteligencia y del segundo jefe del ejército en la víspera del ataque de Estados Unidos contra Afganistán sugirió que el gobierno de facto comenzó una purga de militares de “línea dura” islámica.

El general Mahmood Ahmad fue reemplazado en el mando del ISI, la agencia de coordinación de los servicios de inteligencia, y el general Muzaffar Usmani en el estado mayor del ejército.

Así mismo, el presidente, general Parvez Musharraf, permanece como jefe del ejército, pese a que debía abandonar el servicio militar activo.

Musharraf negó en conferencia de prensa que los cambios tuvieran relación con la ofensiva lanzada por Estados Unidos contra Afganistán. Aseguró que se trata de decisiones de rutina, necesarias para distribuir funciones que hasta ahora él tenía que desempeñar personalmente. Pero, en realidad, Musharraf sólo cedió su función ceremonial en el comité de la junta de jefes de estado mayor. Todavía conserva la jefatura del estado mayor del ejército y la presidencia del Consejo de Seguridad Nacional, del Comando Nuclear y de la Autoridad de Control, además de su condición de jefe de Estado.

Uno de los dos militares renunciantes, Mahmood, formó parte de la delegación que viajó a Kabul en procura de convencer al movimiento Talibán de entregar al extremista saudita Osama Bin Laden a Estados Unidos. La misión terminó en el fracaso.

Además, Mahmood y Usmani fueron dos de los tres líderes del golpe de Estado del 12 de octubre de 1999, que derrocó al primer ministro Nawaz Sharif y promovió al gobierno a Musharraf.

El tercero es el general Mohammad Aziz Khan, que fue designado para encabezar el comité de la junta de jefes de estado mayor, un puesto sin poder real. El golpe de 1999 se precipitó cuando Sharif dispuso la destitución de Musharraf, que entonces viajaba en un avión de la línea aérea de Sri Lanka, de

regreso a Pakistán.

El ISI tiene gran experiencia en asuntos de Afganistán, ya que en los años 80 supervisó las operaciones de inteligencia en ese país contra las tropas soviéticas de ocupación, en colaboración con la CIA (Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos) y servicios de Gran Bretaña y Arabia Saudita.

El relevo de dos generales conocidos como “halcones” fue interpretado en Pakistán como una decisión encaminada a marginar la línea dura del régimen, que cuestionaba el respaldo a la campaña internacional contra Afganistán y contra Bin Laden, a quien Estados Unidos acusa de los atentados del 11 de septiembre contra Nueva York y Washington.

Los observadores señalan que el presidente, que fue informado por Estados Unidos del momento en que sería lanzado el ataque, se sirvió con fines políticos de la tradición del país de periódica remoción de viejos mandos para promover a una nueva generación de oficiales de las Fuerzas Armadas.

Dos presidentes militares del pasado, los generales Zia ul Haq y Ayub Khan, que gobernaron cada uno de ellos durante más de una década, sólo consolidaron su posición luego de prolongar su permanencia al frente del ejército.

Musharraf fue designado jefe del ejército el 7 de octubre de 1998 por Sharif, y debía retirarse del servicio militar activo el mismo día que Estados Unidos inició los ataques contra Afganistán.

Algunas versiones sugieren que el ejército discute un plan de restablecimiento del sistema democrático que reservaría a los militares la última palabra en asuntos clave. La Corte Suprema de Justicia ha facultado al régimen de facto a continuar en funciones sólo hasta el 12 de octubre de 2002.

El cambio de mandos resuelto alteró el escalafón castrense, al promover a la cúpula militar a dos nuevos generales y relegar a quienes estaban en puerta para ocupar esas posiciones. “Se trata de una gran reestructuración de la base del poder”, advirtió el diario en lengua inglesa *The News*.

La reestructuración parece en consonancia “con el nuevo papel que los pakistaníes esperan tener en la coalición internacional contra el terrorismo”, comentó *The News*,

El general Ehsanul Haq, que se desempeñaba como comandante del ejército en la septentrional provincia de Peshawar, vecina a Afganistán, fue nombrado jefe del ISI.

Las áreas en que Pakistán aceptó colaborar con Estados Unidos comprenden las tareas de inteligencia, el uso del espacio aéreo y apoyo logístico.

El ISI ya proporcionó información de inteligencia a oficiales del ejército estadounidense que visitaron este país.

“La pregunta acerca de qué clase de sistema democrático será establecido en octubre de 2002 permanece sin respuesta. Resta saber cuánto tiempo permanecerá el país en el limbo político”, señaló The News.

Muertos en protestas contra Estados Unidos

MUDDASSIR RIZVI

Corresponsal de IPS en Islamabad.

Cuatro muertos y varios heridos fue el saldo de la primeras y multitudinarias manifestaciones en varias ciudades paquistaníes contra la cooperación del gobierno con la campaña antiterrorista de Estados Unidos. Luego las movilizaciones de protesta se repetirían. Las cuatro víctimas se contaron en la meridional ciudad de Karachi, donde la policía reprimió con dureza a los manifestantes, que arrojaban piedras a los automóviles en marcha.

Mientras, el embajador de Afganistán en Pakistán, mulá Abdus Salam Zaeef, confirmó que el saudita Osama Bin Laden no será entregado a Estados Unidos, que lo reclama como principal sospechoso de los atentados en Nueva York y Washington.

“Cualquier ataque sobre Afganistán será considerado una guerra entre musulmanes e infieles”, advirtió el muftí (jefe religioso) de Karachi, Nizamuddin Shamzai.

En la septentrional ciudad de Peshawar, cercana a la frontera afgana, los manifestantes quemaron imágenes del presidente de Estados Unidos, George W. Bush, y prometieron luchar contra cualquier agresión externa.

Las protestas se produjeron en el marco de una huelga general convocada por el Consejo para la Defensa de Afganistán y Pakistán, que está integrado por 25 partidos y por militantes islámicos.

El Consejo rechazó la decisión del gobierno del general Pervez Musharraf de apoyar la campaña estadounidense contra Afganistán y amenaza con una guerra civil si las autoridades no modifican su política.

Los organizadores de la huelga lograron adhesión en grandes y pequeñas ciudades, exhibiendo capacidad para movilizar rápidamente a un sector de la ciudadanía, según la prensa.

La mayoría de los comercios permanecieron clausurados, si bien las autoridades observaron que buena parte de los mismos cierran los viernes, día sagrado para los musulmanes.

Aunque los manifestantes expresaron algún apoyo y simpatía por el Talibán, el movimiento fundamentalista que gobierna Afganistán, prevaleció en la jornada la demostración de sentimientos antiestadounidenses.

Los líderes religiosos afirmaron que la huelga fue una poderosa réplica a la afirmación de Musharraf de que es reducida la oposición al acuerdo del gobierno con Estados Unidos.

“El gobierno militar debe darse cuenta de que no somos minoría. La huelga demostró que la mayoría de la población se opone a cualquier cooperación con Estados Unidos”, dijo Hafiz Hussain Ahmed, del partido Jamaat Ulema Islam, cercano al Talibán.

Simultáneamente, el embajador afgano Salam Zaeef aseguró en conferencia de prensa en Islamabad que su gobierno no reaccionará ante ninguna presión para entregar a Bin Laden.

“Eso no es posible y no hay cambios en nuestra posición sobre la entrega de Osama”, dijo Zaeef, horas después que Bush reiterara el reclamo, en un discurso ante el Congreso de Estados Unidos.

“La entrega de Osama a Estados Unidos o su expulsión de Afganistán serían una deshonra al Islam y a la sharia” (ley islámica), sostuvo el embajador.

Toda agresión contra Afganistán llevará al Talibán a declarar una *jihad* (guerra santa) contra Estados Unidos. “El Islam obliga a todos los musulmanes a una guerra santa ante la posibilidad de un ataque de infieles contra un estado musulmán”, señaló Zaeef.

Otros partidos paquistaníes, como Jamaat-i-Islami, instaron a Washington a la moderación. “No se debería tomar ninguna acción sin evidencias de la participación de Osama y Talibán en el terrorismo”, advirtió Hussain Ahmed, presidente de Jamaat.

Por otra parte, el gobierno pakistaní ha dado pocas explicaciones sobre el alcance de su colaboración con Washington.

“Estados Unidos no obtendrá todo, pero puede esperar apoyo de Pakistán en cuestiones básicas”, aseguró un diario de Islamabad citando fuentes gubernamentales.

El general retirado Alí Quli Khan, ex jefe del ejército, advirtió que los militares no guardan aprecio a Estados Unidos, que en 1998 impuso sanciones a Pakistán por sus pruebas nucleares.

Muchos pakistaníes sostienen que Washington siempre utilizó a este país en defensa de sus intereses en la región, como ocurrió durante la guerra contra la ocupación soviética de Afganistán (1979-1989).

Los sermones en las mezquitas se refirieron a las “traiciones” de Estados Unidos en el pasado, si bien la mayoría de los clérigos que conducían la oración, sobre todo en Islamabad, aceptaron el pedido del gobierno de evitar declaraciones que pudieran incitar a la violencia.

“No debemos participar en ningún derramamiento de sangre en Afganistán para calmar a los estadounidenses. Ellos nunca nos ayudaron cuando los necesitamos y nosotros no tenemos que ayudarlos ahora”, clamó un clérigo en una mezquita de la capital.

La huelga y la protesta es una respuesta al presidente Pervez Musharraf, quien restó importancia al movimiento opuesto al propósito del gobierno de alinearse con Estados Unidos para combatir el terrorismo.

El mensaje de Musharraf por la cadena nacional de radio y televisión fue claro. Pakistán respaldará a Estados Unidos, en nombre de sus intereses estratégicos, diplomáticos y económicos.

El discurso provocó la protesta callejera de quienes se oponen a Estados Unidos y simpatizan con Afganistán. Washington exigió al Talibán, grupo fundamentalista que gobierna la mayor parte de Afganistán, que expulse de su territorio al extremista saudita Osama Bin Laden.

El Gran Consejo Islámico de Afganistán, una asamblea de clérigos, aconsejó al gobierno de los talibanes que solicite a Bin Laden el abandono voluntario del país. Pero Estados Unidos declaró insuficiente ese paso y continúa sus preparativos de guerra.

“El pueblo debe mostrarle su fuerza al gobierno. Debe participar en la huelga y decirle a Islamabad que no quiere que Pakistán apoye ningún ataque contra Afganistán”, dijo Maulana Samiul Haq, dirigente del derechista partido Jamiat Ulema Islam, cercano a Talibán y miembro del Consejo para la Defensa de Afganistán y Pakistán.

El Consejo, integrado por 25 partidos religiosos y grupos de combatientes islámicos, solicitó al gobierno que rechace todas las exigencias de Estados Unidos, que incluyen el intercambio de información, el uso de espacio aéreo y el respaldo logístico de Pakistán

“Ceder a las demandas de Estados Unidos causará una agitación a gran escala contra el gobierno y también puede desatar una guerra civil. Apoyar a

un ‘aliado no confiable’ es un pecado y traición contra el Islam y el país”, declaró el Consejo para la Defensa, un día antes del discurso de Musharraf.

Mientras, varias tribus en zonas de la frontera con Afganistán han comenzado a movilizarse para apoyar a las fuerzas de Talibán contra un posible ataque extranjero. Tanto las tribus como el Talibán comparten el mismo idioma, el pashtun, así como valores culturales y religiosos.

“El fervor religioso se apodera de la población de estas zonas... y las mezquitas piden a la población que se prepare para alzarse en armas contra un ejército extranjero”, según el diario *The News*, de Islamabad.

Ante esta situación, Musharraf dijo que se reunirá con los jefes tribales para ganar su confianza. Los analistas políticos creen que su misión será difícil, ya que las tribus se caracterizan por su fuerte autonomía.

El discurso de Musharraf fue una tentativa de ganar el apoyo de la opinión pública. Al respecto, aseguró que India, el enemigo de Pakistán, intenta sacar partido de la compleja situación política en que la tensión internacional ha puesto a este país.

Musharraf no aclaró la naturaleza de los beneficios que Pakistán puede lograr de su cooperación con Washington, pero advirtió que otra decisión podría exponerlo a amenazas externas.

“Una decisión equivocada tendría graves repercusiones en la integridad, la economía y en cuestiones estratégicas de Pakistán, como las armas nucleares y Cachemira”, la región fronteriza disputada a India, afirmó el gobernante militar.

Así mismo, Musharraf se reunió con líderes militares, miembros de su gobierno y de la oposición, dirigentes religiosos, intelectuales y periodistas para recabar apoyo a su posición.

“La opinión está dividida”, admitió. Pero la mayoría del pueblo quiere que el gobierno tome decisiones razonadas y no regidas por la emoción, aseguró.

“Sólo entre 10 y 15 por ciento del pueblo piensan emotivamente y quieren que tomemos una decisión emotiva”, dijo Musharraf, en referencia a que los partidos islámicos pretenden que Pakistán no se alinee con Estados Unidos. Pero el especialista en derecho islámico Hafiz Azizur Rehaman sostiene que la oposición a la posición del gobierno es grande.

“¿Si hay tan pocos opositores, entonces por qué el gobierno apela apasionadamente al respaldo del pueblo? ¿Por qué no salen a las calles los partidarios del acuerdo con Estados Unidos a enfrentarse a sus rivales?”, preguntó.

El analista político Ghazi Salahuddin concuerda en que los fundamentalistas islámicos son una minoría, pero organizada y motivada. “Muchos de ellos están armados, y puede que tengan apoyo desde sectores del gobierno”, advirtió en un comentario publicado.

Partidos de extrema derecha advierten que el gobierno causará una agitación colectiva si respalda a Estados Unidos.

Al ayudar a “Estados Unidos en su ataque contra Afganistán, Pakistán... perderá su soberanía y respeto en la comunidad mundial”, dijo Maulana Fazlur Rehman, presidente del Jamiat Ulema Islam.

Tras los primeros ataques de Estados Unidos a Afganistán las protestas en Paquistán se incrementaron. Los grupos radicales llamaron a la “guerra santa” islámica poco después de iniciados los bombardeos.

“Es el deber de todo musulmán apoyar a sus hermanos de fe en este momento crítico”, declaró Riaz Durrani, portavoz del Consejo para la Defensa de Afganistán y Pakistán, una coalición de 22 partidos religiosos. El Consejo llamó a la “jihad” o “guerra santa” para apoyar a Talibán “física y moralmente” contra Estados Unidos.

Otros grupos religiosos consideraron los ataques contra Afganistán un “acto cobarde” contra el Islam. “Los ataques de anoche contra Afganistán fueron un acto de cobardía y una señal de depravación moral”, dijo Qazi Hussain Ahmed, jefe de Jamaat-i-Islami, que apoyó activamente la jihad afgana contra los invasores soviéticos, en los años 80.

Putin busca protagonismo en el nuevo escenario

YOJANA SHARMA

Corresponsal de IPS en Berlín.

El presidente de Rusia, Vladimir Putin, visitó Alemania en busca de un papel protagonista en el escenario internacional surgido tras los atentados suicidas de Nueva York y Washington.

“La guerra fría ha terminado”, dijo Putin, arrancando un resonante aplauso de los diputados reunidos en el Reichstag, edificio del parlamento en el que soldados soviéticos izaron la bandera roja tras derrotar al régimen nazi alemán en 1945.

La visita de Putin al Bundestag, parlamento alemán, es la primera de un líder ruso. “Hablamos de sociedad, pero en realidad nunca hemos confiado unos en otros. No estamos libres de ciertos estereotipos de la guerra fría”, sostuvo.

“Debemos declarar: la guerra fría ha terminado, el mundo está en otro estadio de su desarrollo. Sin una política de seguridad internacional sustentable, nunca tendremos estabilidad”, manifestó el gobernante ruso.

Putin instó a crear un renovado clima de confianza entre su país y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), en el cual Rusia luchará la “inminente batalla” contra el terrorismo hombro con hombro con Europa.

Alemania es el primer país miembro de la OTAN que visita el presidente ruso desde los atentados contra las torres gemelas de Nueva York y el edificio del Pentágono en Washington, en los que murieron más de 6.800 personas.

Estados Unidos amenaza con represalias militares al régimen Talibán de Afganistán si éste no entrega al saudita Osama Bin Laden, al que señala como responsable de los atentados. Washington también procura conseguir el apoyo de una coalición internacional para un combate antiterrorista de largo alcance.

Moscú prometió autorizar el uso del espacio aéreo ruso a aviones estadounidenses que ataquen Afganistán, así como el permiso para sobrevolar y hacer escalas en Tajikistán y Uzbekistán.

Un día antes de su viaje, Putin prometió enviar armas a la afgana Alianza del Norte, que combate al movimiento Talibán, y compartir información de inteligencia con Estados Unidos.

“Ahora está claro que cualquiera que aspire a mejorar la seguridad mundial debe trabajar estrechamente con Rusia”, manifestó el canciller (jefe de gobierno) alemán Gerhard Schroeder, para quien Alemania es intermediario clave entre la OTAN y Rusia.

Dada la recepción que Berlín proporcionó a Putin, es evidente que el gobierno alemán considera su visita como el más significativo de los contactos diplomáticos actuales, eclipsando la presencia en varias capitales europeas del presidente egipcio Hosni Mubarak, quien también estuvo en Alemania.

La presencia de Putin también despertó interés por los rumores de que Occidente daría concesiones a Rusia a cambio de su apoyo a la campaña antiterrorista.

Rusia se opone a que la OTAN se expanda hacia el este con el ingreso de los estados del Báltico, su zona de influencia geopolítica.

“Puedo imaginar diferentes modelos de expansión de la OTAN con los cuales Rusia estaría de acuerdo”, afirmó Gernot Erler, portavoz de asuntos externos del gobernante Partido Social Demócrata alemán, en alusión a la voluntad de tomar en cuenta la preocupación de Moscú.

Una mejor integración rusa con la alianza occidental e incluso su propio ingreso a la OTAN, impensable en el pasado, podrían ser posibles en el “nuevo orden” mundial.

En una conferencia de prensa Schroeder aludió a un consejo OTAN-Rusia. “Si esto va a más, posiblemente un ingreso a la OTAN (de Rusia), Alemania sería la última en oponerse. Al contrario, buscamos una colaboración cada vez más estrecha”, afirmó.

La decisión de Putin de cooperar en la campaña emprendida por Estados Unidos es vista como un cambio notable en el alineamiento político mundial, que permitirá enterrar a los fantasmas de la guerra fría.

“Una coalición de este tipo habría sido una utopía” antes de los atentados, dijo Wolfgang Thierse, presidente del Bundestag.

“Esta es una visita oficial inusual. Hay una cualidad absolutamente nueva, muy diferente a las visitas anteriores”, subrayó Wolfgang Leonhard, historiador y autor de varias obras sobre las relaciones germano-soviéticas.

La presencia del líder ruso reveló la existencia de un “amplio acuerdo” entre Alemania y los aliados europeos, por un lado, y Putin, por otro, una comunión de mentalidades que va más allá de una mera actitud diplomática. “No son sólo juegos de artificio sino los cimientos sobre los cuales construir”, opinó Leonhard.

“Todos estamos listos para trabajar con Rusia, algo que no estaba tan claro para cada miembro de la OTAN”, afirmó en referencia a la fría actitud de Washington manifestada hacia Moscú tras la asunción del presidente George W. Bush este año.

Moscú sigue excluido de las decisiones internacionales importantes porque algunos países occidentales continúan albergando una concepción de guerra fría, se lamentó Putin en un fluido alemán adquirido en sus años de agente de la KGB en la ex Alemania oriental.

Pero incluso esa actitud de Washington ha cambiado a partir de los nuevos compromisos rusos.

Rusia espera así mismo detener las críticas occidentales por la violación de derechos humanos en la rebelde república autónoma de Chechenia, algo que la visita de Putin parece haber logrado.

“Con respecto a Chechenia debe haber una evaluación diferente de la opinión pública mundial”, afirmó Schroeder.

A juicio del mandatario ruso, la guerra en Chechenia es una lucha contra musulmanes terroristas. Putin vincula incluso a los rebeldes chechenos con aquellos que cometieron los atentados en Estados Unidos, calificándolos de “enemigo común”.

Pero seguramente Moscú logrará otros dividendos por su nuevo alineamiento. “Estoy seguro que la discusión sobre el sistema de defensa nacional con misiles de Bush (que Rusia rechaza) tomará una nueva dirección”, predijo Karl Lamers, encargado de política exterior del opositor Partido Demócrata Cristiano.

La estrategia de Putin de unirse a la alianza antiterrorista fue un riesgo bien calculado ante la oposición de muchos generales rusos. La bienvenida prodigada a su persona por los alemanes revela que, en Europa al menos, Putin es visto como un igual en el nuevo orden.

Rusia renuente a participar en ataque a Afganistán

SERGEI BLAGOV

Corresponsal de IPS en Moscú.

Rusia y sus aliados de Asia central son renuentes a participar de modo directo en lo que Estados Unidos llama “guerra contra el terrorismo”, pese a sus declaraciones oficiales de apoyo a la guerra iniciada por Washington tras los atentados del 11 de septiembre.

La tensión es alta en la región mientras se esperan las represalias estadounidenses por los ataques, que fueron cometidos con aviones de pasajeros secuestrados y causaron por lo menos 6.000 muertes.

Rusia teme hace años que la guerra civil afgana se extienda en Asia central, y se opone a que repúblicas ex soviéticas sean base para la ofensiva estadounidense contra Afganistán, donde reside el extremista saudita Osama Bin Laden, principal sospechoso de los atentados, según Washington.

Eso se debe en gran medida a la amarga experiencia cosechada por Moscú en su invasión de Afganistán (1979-1989), de donde debió retirarse tras afrontar una tenaz resistencia.

Clérigos musulmanes recomendaron, en Kabul, al movimiento fundamentalista Talibán, que controla 90 por ciento de Afganistán, que pida a Bin Laden abandonar el país en forma voluntaria.

Washington replicó que no considera satisfactoria esa respuesta. El presidente ruso, Vladimir Putin, designó a Vladimir Rushailo, secretario de su Consejo de Seguridad Presidencial, como enviado especial a los países de Asia central para considerar la situación.

Putin dijo que la misión de Rushail es discutir “enfoques conjuntos y mecanismos de cooperación sustanciales” para combatir el terrorismo internacional.

También afirmó que los principales socios de Rusia en la lucha contra el terrorismo son Estados Unidos, la Unión Europea y China.

Putin mantuvo una conversación telefónica con su par chino, Jiang Zemin, y ambos expresaron su “oposición al terrorismo en todas sus formas”, según el servicio de prensa del Kremlin.

El día anterior, el presidente había mantenido conversaciones telefónicas con sus pares de las repúblicas ex soviéticas de Kazajistán, Kirguistán, Tadjikistán y Turkmenistán.

Los mandatarios de esos países acordaron recibir a la misión encabezada por Rushailo para discutir cooperación en asuntos de seguridad y medidas contra el terrorismo internacional.

El presidente de Uzbekistán, Islam Karimov, dijo tras reunirse con Rushailo que su país no se había comprometido a nada, ni había recibido solicitudes estadounidenses para emplear bases militares o espacio aéreo uzbekos, según la agencia oficial de noticias rusa, RIA.

“No sé de dónde salieron los rumores acerca de ese asunto”, señaló Karimov a la emisora rusa de televisión RTR.

El gobierno uzbeko indicó que consideraría la posibilidad de permitir a Washington el uso de bases militares, para el despliegue de tropas y el lanzamiento de ataques contra el vecino Afganistán.

Rusia y Asia central están en la actualidad “en la vanguardia del combate al terrorismo”, sostuvo Rushailo en Almaty, donde sugirió acordar en forma urgente medidas para “aumentar la eficiencia de las fuerzas colectivas de seguridad”, según RIA.

En los últimos años se ha registrado una convergencia de Rusia, las repúblicas ex soviéticas de Asia central y China, debido a la preocupación compartida por el “extremismo islámico”.

En enero de 2000, la Comunidad de Estados Independientes (CEI), formada por Rusia y otros ex integrantes de la Unión Soviética, lanzó un progra-

ma antiterrorista regional, que incluye la formación de un centro conjunto para coordinar las operaciones en esa materia.

Los seis países de Asia central que firmaron junto con Rusia el Tratado de Seguridad Colectiva de la CEI perciben una amenaza común en los terroristas musulmanes, a los cuales consideran apoyados y entrenados por el Talibán.

En mayo de 1998, Rusia, Uzbekistán y Tajikistán se aliaron para combatir a movimientos islámicos extremistas y al wahabismo, una rama del islamismo sunnita a la cual consideran una amenaza.

En agosto del año pasado, los presidentes de Kirguistán, Kazajistán, Tajikistán y Uzbekistán acordaron luchar juntos contra el terrorismo, el extremismo político y religioso, y el crimen organizado internacional.

Dos meses después, los presidentes de Rusia, Armenia, Belarús, Kazajistán, Kirguistán y Tajikistán se comprometieron a reunir una fuerza de seguridad colectiva si alguno de esos países necesita su intervención.

El ministro de Defensa ruso, Sergei Ivanov, dijo a periodistas que el país había puesto en “estado de plena alerta militar” a la división 201 de su ejército, de 25.000 soldados, desplegada en la frontera de Tajikistán con Afganistán.

El jefe del Estado Mayor ruso, Anatoly Kvashnin, viajó a Tajikistán para inspeccionar a la división 201 y reunirse con el presidente de ese país, Emomali Rajmonov.

Moscú espera que sus tropas en Tajikistán no deban entrar en acción, dijo Kvashnin según la agencia de noticias rusa Itar-TASS.

El primer ministro de Tajikistán, Akil Akilov, dijo que su gobierno estaba dispuesto a permitir a Estados Unidos el uso de su espacio aéreo para eventuales ataques contra Afganistán, pero esa posición cambió tras consultas con Moscú.

El portavoz del Ministerio de Relaciones Exteriores de Tajikistán, Igor Sattarov, declaró luego que informes periodísticos sobre el lanzamiento de ataques estadounidenses desde ese país eran “rumores sin fundamento”.

En 1979, Moscú lanzó desde Tajikistán su invasión de Afganistán.

Rushailo discutió con Rajmonov medidas de cooperación con la afgana Alianza del Norte, que lucha contra el Talibán, y enfatizó que Rusia y sus aliados no desean que el Talibán controle todo Afganistán, porque luego podría avanzar hacia otros países”.

El ministro de Relaciones Exteriores ruso, Igor Ivanov, dijo en Washington que Moscú considera parte de sus “asuntos internos” la posibilidad de que Estados Unidos emplee bases en países de Asia central.

Por otra parte, los gobernantes de Kazajstán, Tajikistán y Kirguistán han expresado su temor de que un ataque estadounidense contra Afganistán cause el ingreso masivo de refugiados afganos en sus países.

El viceprimer ministro de Kazajstán, Imanghali Asmagambetov, aprobó un plan para la eventual recepción de refugiados afganos, con prioridad para los de origen étnico en su país.

Turkmenistán, la otra república ex soviética fronteriza con Afganistán, también anunció que no permitirá el uso de sus bases militares para la “guerra contra el terrorismo” estadounidense si Washington las pide.

Annan preocupado ante eventual ampliación de ofensiva de EEUU

THALIF DEEN

Corresponsal de IPS en La ONU.

El gobierno de Estados Unidos “inquietó” al secretario general de la ONU, Kofi Annan, al atribuirse el derecho de llevar a otros países la campaña militar contra el terrorismo que desarrolla en Afganistán.

Annan también lamentó la muerte bajo el bombardeo estadounidense de cuatro civiles afganos participantes en un programa de la ONU para la remoción de minas explosivas. “Siempre hemos sostenido que no habrá solución militar en Afganistán y que los afganos deben unirse y formar un gobierno”, agregó.

La amenaza de atacar a otros “estados terroristas” no identificados, que podrían ser Iraq o Siria, fue mencionada por el embajador de Estados Unidos ante la ONU, John Negroponte, en una carta que dirigió al Consejo de Seguridad del foro mundial. “Una línea en esa carta inquietó a algunos de nosotros”, declaró Annan.

“Puede ser que hallemos que nuestra defensa exija acciones posteriores con respecto de otras organizaciones y otros estados”, dice la frase en cuestión de Negroponte.

“Creo que la oración que causó cierta ansiedad... fue que (Estados Unidos) podría hallar necesario atacar a otras organizaciones y estados”, más allá de Afganistán y del grupo Al Qaeda (La Base), señaló Annan.

Al Qaeda es dirigida por el extremista saudita Osama Bin Laden, acusado por Estados Unidos de los atentados contra Nueva York y Washington el 11 de septiembre y refugiado en Afganistán con apoyo del régimen fundamentalista islámico Talibán.

No obstante, Annan precisó que la carta agregó que se trata de una posibilidad, y no de un “pronóstico de las intenciones” de Washington. “Es una declaración de que se encuentran en las etapas iniciales y que pueden recurrir a muchas opciones”, dijo.

El Departamento de Estado (cancillería) de Estados Unidos califica de “estados renegados” a Corea del Norte, Cuba, Irán, Iraq, Libia, Siria y Sudán.

El secretario de Defensa Donald Rumsfeld desea, al parecer, atacar a Iraq, pero el secretario de Estado Colin Powell considera que esta primera etapa de la guerra de Washington contra el terrorismo debe limitarse a Afganistán y a Bin Laden.

Cuanto mayor sea la ofensiva antiterrorista, más difícil será mantener el apoyo internacional que pretende Washington, según analistas independientes.

Washington pretende el apoyo de países musulmanes como Arabia Saudita, Bahrein, Egipto, Emiratos Arabes Unidos, Kuwait, Omán y Pakistán, y posiblemente Irán.

Pero hasta el momento muy pocos países musulmanes se sumaron a la coalición antiterrorista. Egipto e Irán aseguraron que sólo lo harían si la misma fuera dirigida por la ONU.

Arabia Saudita y Pakistán ofrecieron su cooperación, pero no permitieron que sus territorios se utilicen para lanzar ataques militares contra Afganistán.

En Bahrein se encuentra la Quinta Flota de la Armada de Estados Unidos. Washington también tiene equipos militares en Omán.

El presidente estadounidense George W. Bush reiteró que la guerra contra el terrorismo, y específicamente contra Afganistán, no debe percibirse como una campaña contra el Islam o países musulmanes.

En su carta al Consejo de Seguridad, Negroponte citó el artículo 51 de la carta de la ONU, el cual otorga a un estado miembro el derecho legítimo de lanzar ataques militares en defensa propia.

Pero el artículo agrega que ese derecho se mantiene hasta “que el Consejo de Seguridad tome las medidas necesarias para mantener la paz y la seguridad internacionales”.

Negroponte describió los atentados del 11 de septiembre como “ataques terroristas realizados contra Estados Unidos”. Pero “aún existe mucho que no sabemos. Nuestra investigación está en sus etapas iniciales”, precisó.

“Desde el 11 de septiembre, mi gobierno ha obtenido información clara y convincente de que la organización Al Qaeda, apoyada por el régimen Talibán en Afganistán, tuvo un papel central en los atentados”, señaló la carta.

Banco Mundial reacciona ante la recesión mundial

EMAD MEKAY

Corresponsal de IPS en el Banco Mundial.

El Banco Mundial considera nuevas medidas para contrarrestar las duras consecuencias económicas que los atentados en Estados Unidos tendrán sobre los países más pobres del mundo.

“Los directores están revisando las políticas país por país”, y “en las próximas semanas dispondrán nuevas medidas para impedir que esos países se salgan del mapa geopolítico”, declaró Caroline

Anstey, principal portavoz del Banco no ofreció detalles sobre los cambios previstos, pero señaló que otorgar más préstamos a los países más pobres “no es una buena idea”, porque “aumentaría su endeudamiento”.

La portavoz no descartó la posibilidad de aliviar las restricciones a los países prestatarios para que puedan incrementar su gasto en proyectos sociales y de infraestructura de mano de obra intensiva, como lo reclaman los críticos.

El Banco recibió intensas críticas externas e internas por insistir en que los países asiáticos redujeran su déficit luego de la devastadora crisis financiera estallada en la región en 1997.

En un informe preliminar publicado, el Banco anunció que prestará particular atención a África por su “vulnerabilidad a la caída de los precios de los productos básicos”; a Medio Oriente, donde se espera tensión política y un influxo de refugiados, y al Caribe, cuyos ingresos por turismo ya cayeron.

Según el Banco, los flujos de capitales privados a los países en desarrollo disminuirán este año a 160.000 millones de dólares frente a 240.000 millones el año pasado, revirtiendo la tendencia ascendente de la pasada década.

La institución financiera dijo que desembolsará rápidamente “préstamos de ajuste y de emergencia” y suplementos a créditos ya otorgados, sugiriendo que es posible un alivio adicional de la deuda.

Críticos del Banco señalaron que no hay nada novedoso en estos planes. “Estas son esencialmente las mismas políticas que redujeron la demanda interna de los consumidores y la capacidad de producción en los países pobres”, opinó Stephanie Weinberg, de la organización no gubernamental Development GAP, con sede en Washington. “En base a experiencias pasadas con tales políticas, no soy optimista”, declaró.

Development GAP es uno de los grupos de Washington que promueven mayor ayuda a pequeñas y medianas empresas para generar empleo, proyectos eficientes de infraestructura y alivio de la deuda en los países pobres.

El Banco estimó que “decenas de miles más de niños y niñas morirán y unos 10 millones más de personas vivirán bajo la línea de pobreza de un dólar al día como consecuencia de los ataques terroristas”, señaló el presidente de la institución, James Wolfensohn.

“Esto se debe simplemente a la pérdida de ingresos. Muchas, muchas más personas caerán en las garras de la pobreza si las estrategias de desarrollo se interrumpen”, advirtió.

El Banco ya había revisado a la baja su previsión de crecimiento económico mundial para este año antes de los atentados, de 2,9 a 2,8 por ciento. Para el próximo año, prevé un crecimiento de 3,5 a 3,8 por ciento, aunque antes del 11 de septiembre el pronóstico era de 4,3 por ciento.

El número de pobres en África podría aumentar en dos a tres millones debido a la caída prevista de 7,4 por ciento en el precio de los productos básicos para este año y a mayores disminuciones como resultado de los atentados, según el Banco.

En todo el mundo, 15 millones más de personas podrían encontrarse bajo la línea de pobreza en el 2002.

En Medio Oriente y el norte de África, los países podrían ser afectados por la tensión regional, las crisis de refugiados y la caída de los precios del petróleo. El Banco sugirió varias medidas que podrían aliviar los problemas de las economías más frágiles.

Por ejemplo, instó a los países industrializados a aumentar la ayuda exterior para reducir la pobreza, porque “una ayuda bien dirigida, junto con fuertes esfuerzos de reforma... pueden mitigar los efectos de las crisis”.

El Banco también urgió a las naciones ricas a cumplir el antiguo e incumplido objetivo de destinar a la ayuda para el desarrollo 0,7 por ciento de su producto interno bruto. Actualmente, invierten en promedio 0,22.

Por su parte, los países en desarrollo deberían concentrarse en reformas estructurales para atraer inversiones y estimular el comercio internacional, exhortó la institución.

“Una liberalización comercial sustancial produciría ingresos adicionales acumulados de 1,5 billones de dólares en una década en los países en desarrollo”, afirmó el Banco.

“Las respuestas políticas deben ser rápidas y audaces, tanto en países ricos como pobres... Todos deben estar alerta por la gran incertidumbre sobre los futuros hechos políticos y militares”, advirtió el economista jefe Nicholas Stern.

Vía rápida aplazada en el Congreso estadounidense

JIM LOBE

Corresponsal de IPS en Washington.

El opositor Partido Demócrata contuvo en el Congreso de Estados Unidos la ofensiva de los republicanos por conceder al presidente George W. Bush la autoridad de vía rápida para la negociación de acuerdos internacionales de comercio.

La votación de la propuesta de vía rápida, necesaria para acelerar las negociaciones del Área de Libre Comercio de las Américas, fue postergada, informó el presidente del comité de Medios y Arbitrios de la Cámara de Representantes, el republicano Bill Thomas.

Los demócratas acusaron a Thomas y al representante de Comercio Exterior, Robert Zoellick, de aprovechar el momento de crisis nacional causado por los atentados en Nueva York y Washington para apresurar el tratamiento de la iniciativa.

El aplazamiento es una victoria de los sindicatos, de los ecologistas y de los dirigentes del bloque demócrata en la Cámara de Representantes, que exigen la incorporación de cláusulas de protección del ambiente y de derechos laborales al proyecto de vía rápida.

“La decisión tomada por el comité de Medios y Arbitrios de aguardar para votar la vía rápida evidencia que esta propuesta tiene un débil apoyo y que es un factor de división”, opinó Richard Trumka, secretario y tesorero de AFL-CIO, la principal central sindical de Estados Unidos.

“Necesitamos más unidad” para afrontar la crisis causada por los ataques terroristas del 11 de septiembre, “y es perturbador que los partidarios de la vía rápida consideren este momento como una oportunidad ideal para aprobar algo que no tenía posibilidades” antes de los atentados, agregó.

El aplazamiento es un retroceso para Zoellick, que esperaba que el Congreso aprobara la autoridad de vía rápida antes de la cuarta reunión ministerial de la Organización Mundial de Comercio.

“Si no consiguen el apoyo de más demócratas, las posibilidades de aprobar la vía rápida antes de la (reunión de la) OMC son bajísimas”, aseguró un colaborador del Congreso a IPS.

La vía rápida, designada “autoridad de promoción comercial” por el gobierno de Bush, permite a los presidentes estadounidenses negociar acuerdos comerciales sin que el Congreso los modifique.

El poder legislativo sólo tiene la posibilidad de aceptar o rechazar el tratado, en bloque.

El Congreso aprobó hasta 1995 la autoridad de vía rápida para los sucesivos gobiernos, pero la mayoría de los legisladores demócratas rechazaron en aquel año el pedido del gobierno de Bill Clinton.

Los demócratas pretenden que los nuevos acuerdos comerciales exijan a los socios de Washington el respeto de derechos laborales protegidos por la Organización Internacional de Trabajo (OIT) y garantías ambientales.

Asimismo, quieren corregir lo que consideran un error importante del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (1994), el llamado Capítulo 11, que permite a las empresas privadas demandar a países extranjeros que no aceptan sus productos por motivos ambientales.

Un ejemplo fue la demanda planteada de una compañía canadiense contra el estado de California por prohibir el uso de un agregado de gasolina que puede contaminar el agua potable.

La mayoría de los republicanos se oponen a incluir derechos ambientales y laborales en los nuevos acuerdos comerciales, y argumentan que los demócratas pecan de proteccionismo.

Las diferencias entre los dos partidos provocó un estancamiento legislativo que continúa vigente.

Pero el patriotismo que invadió al país tras los atentados de septiembre, y el posterior aumento de la popularidad de Bush, impulsaron a Zoellick y a los republicanos a lanzar una nueva ofensiva para aprobar la vía rápida, con el respaldo de poderosas asociaciones empresariales como Business Roundtable.

Zoellick argumentó en discursos y artículos que la apertura de mercados a través de acuerdos comerciales debe considerarse un frente clave en la “guerra” nueva contra el terrorismo.

“Enemigos pasados aprendieron que Estados Unidos es el arsenal de la democracia. Los enemigos de hoy aprenderán que... es el motor económico de la libertad, de la oportunidad”, escribió en el diario Washington Post el 20 de septiembre. “El comercio es más que la eficacia económica. Promueve los valores centrales de esta prolongada lucha”, agregó.

La idea de Zoellick de que el patriotismo exige apoyar la vía rápida enfureció a muchos demócratas.

“La bandera está en alto, y se supone que todos debemos saludarla. Pero se arriesgan mucho si piensan que pueden apresurar” la vía rápida, se quejó el legislador Charles Rangel, demócrata del Comité de Medios y Arbitrios.

“Los estadounidenses creen que la erradicación del terrorismo no significa exportar empleos con buenos salarios y socavar la infraestructura manufacturera y agrícola”, declaró la representante Marcy Kaptur.

Con el fin de granjearse el apoyo de los demócratas, el proyecto de Thomas incluye un artículo que menciona que los derechos laborales y la protección ambiental serán objetivos de negociación de los futuros acuerdos comerciales.

Dirigentes demócratas presentaron su propio plan, que incluiría el requisito para toda autoridad de vía rápida de que los socios comerciales apliquen las normas de la OIT y que Washington y otros gobiernos respeten los acuerdos ambientales multilaterales, incluso si entran en conflicto con los acuerdos comerciales nuevos.

Irrumpe la palabra “terrorismo”

TITO DRAGO

Corresponsal de IPS en Madrid.

Tres economistas españoles de distinto origen ideológico coincidieron en señalar que la palabra “terrorismo” se incorporará al lenguaje económico, como consecuencia de los ataques contra Estados Unidos.

El actual ministro de Economía, el conservador Rodrigo Rato, el ex ministro de Economía socialista Carlos Solchaga y el director de opinión del diario *El País*, Joaquín Estefanía, coincidieron en esa afirmación al presentar el libro “Diccionario de la Nueva Economía”.

La obra de Estefanía, publicada por la editorial Planeta, pretende aclarar las reglas y contradicciones de la nueva economía, a la que califica de “nuevo juego” y para el cual no se debe tener en cuenta sólo la economía sino también el resto de las ciencias sociales, dijo su autor.

Estefanía explicó que encaró su libro con un criterio interdisciplinario, porque es la única manera de que sea entendible.

Una de sus primeras conclusiones es que la globalización es un proceso inevitable, con aspectos positivos y negativos. En primer lugar, subrayó, no beneficia a todos por igual.

“En el tercer mundo no se puede hablar de nueva economía. Allí todavía debe llegar la revolución industrial. Allí se confunde pobreza con desigualdad. Hoy en día hay menos pobreza, pero una mayor desigualdad, una desigualdad que crece exponencialmente”, dijo Estefanía.

Solchaga, ministro durante el gobierno de Felipe González, dijo que 200 años atrás los ricos tenían cuatro o cinco veces más cosas que los pobres. En cambio, en la actualidad, tienen cuatrocientas veces más “y esa diferencia se continuará acentuando”, añadió.

Los tres economistas coincidieron en considerar vigente la teoría económica de los ciclos, según la cual hay periodos en los que la economía funciona bien y crece el producto interno bruto de los países, pero también otros de recesión, en que “la economía se enfría” y la producción deja de crecer.

La globalización de los mercados financieros internacionales y el desarrollo de las empresas tecnológicas por encima de fronteras parecía haber terminado con los ciclos, pero no es así. Lo que ocurre ahora lo demuestra, coincidieron.

Para Rato, la nueva economía es la antigua economía pero tecnificada. Así mismo, negó que la economía esté fuera del control de los Estados y de la democracia.

Como prueba mencionó la actitud concertada de Estados Unidos y la Unión Europea para sostener sus monedas y sus economías tras los atentados.

También es tarea de los Estados la implementación de una política activa de apoyo a los países en desarrollo, incluso una consideración especial en el costo de las patentes y de los medicamentos, agregó Rato.

Solchaga insistió en que la globalización aumentó las desigualdades Norte-Sur, entre países ricos y pobres, y también las desigualdades dentro de las sociedades nacionales, tanto del Norte como del Sur.

Aunque parezca una paradoja, en la nueva economía los pobres de los países ricos resultan perjudicados, pues sus empresas prefieren trasladar las factorías a los países en desarrollo, donde pagan salarios más bajos, afirmó. Sin embargo, en los países pobres ese fenómeno se manifiesta en una mejora para los empleados de las transnacionales, dijo Solchaga.

Los tres también coincidieron en las escasas probabilidades de que se aplique la tasa Tobin, gravamen propuesto por el premio Nobel de Economía James Tobin a las transacciones en los mercados de cambio, con el fin de estabilizarlos y de obtener recursos para la comunidad internacional.

Estefanía calificó la tasa Tobin de “idea fuerza para regular los mercados financieros”. Solchaga y Rato señalaron que, para aplicarla, se requeriría un acuerdo internacional, aparentemente inalcanzable.

Además, agregaron, se requeriría otro acuerdo de difícil aplicación acerca de la distribución del impuesto recaudado y de los mecanismos para hacerlo.

En lo que no coincidieron Rato y Solchaga fue en el pronóstico para los próximos meses. Según el socialista, en todo el planeta habrá un “crecimiento cero”, o sea un estancamiento económico, por razones de la propia economía y también por influencia de los atentados en Estados Unidos. Pero Rato no cree que vaya a ocurrir eso. “No habrá recesión y se tocará fondo antes de finalizar este año”, afirmó.

Y para avalar su afirmación recordó que el funcionamiento de los mercados internacionales es positivo tras los atentados y en ese marco calificó de relevante la actuación conjunto de los organismos internacionales.

Ni el gasto militar podrá con la recesión

EMAD MEKAY

Corresponsal de IPS en el Banco Mundial.

La expectativa del FMI de mejoramiento, el año próximo, de la economía de Estados Unidos por la fuerza de un redoblado gasto militar puede diluirse, advirtió un experto al analizar el informe anual del organismo multilateral.

El economista jefe del FMI, Kenneth Rogoff, cree que el esperado gasto del gobierno de George W. Bush en defensa e infraestructura y la ayuda a aerolíneas y compañías de seguros afectadas por los atentados, podrían romper la recesión.

Estados Unidos, que por sí solo representa cerca de un cuarto del producto interno bruto mundial (PIB), arrastra a la baja a la economía internacional, con el debilitamiento de su actividad productiva y financiera y con la pérdida de confianza de sus consumidores.

Henry Aaron, economista del centro de estudios especializados Brookings Institution, replicó a Rogoff que Estados Unidos no ingresa a una guerra tradicional, su enemigo sigue indefinido y el conflicto inminente podría librarse sin uso masivo de armas.

Por lo tanto, la prevista guerra contra el terrorismo internacional podría tener escaso impacto en la producción industrial, señaló Aaron.

El gasto militar de Estados Unidos fue de 40 por ciento del PIB durante la segunda guerra mundial y se convirtió entonces en palanca del crecimiento económico. Pero actualmente es de tres por ciento y en ningún caso se aproximará a aquel máximo histórico, agregó.

El FMI calculó en su informe "Panorama Económico Mundial", que la economía estadounidense crecerá 1,3 por ciento este año. Rogoff dijo inclusive que el aumento podría ser casi nulo, para recuperarse el año próximo, cuando llegaría a 2,2 por ciento.

La economía mundial ya iba camino a su peor desempeño anual desde 1993, incluso antes de los atentados contra Nueva York y Washington, según el FMI.

El organismo multilateral preparó su informe antes de los atentados contra Nueva York y Washington, cuyo impacto en la economía internacional es objeto de especulación.

Rogoff dijo que el ataque terrorista del día 11 está “teniendo un efecto negativo en la actividad en muchas regiones del planeta”, pero “es prematuro intentar cuantificar su efecto” en la economía de Estados Unidos y del resto del mundo.

Los técnicos del FMI desestiman el temor de que los atentados, que causaron la muerte a más de 6.800 personas, mantengan deprimida la economía mundial durante varios años.

En lo inmediato, los bancos centrales actuaron velozmente para sostener los sistemas de pago, evitando una catastrófica pérdida de confianza de los mercados financieros.

La Reserva Federal (Banco Central) estadounidense bajó 0,5 puntos la tasa de interés anual interbancaria, que se sitúa ahora en tres por ciento, y su ejemplo fue seguido por otros bancos centrales del mundo.

La sacudida del 11 de septiembre fue grave para las finanzas. El índice industrial Dow Jones cayó 14 por ciento en cinco días, lo cual representa una pérdida de 1,4 billones de dólares para los inversores. Los ataques determinaron el despido de 100.000 personas de las industrias aérea y aeroespacial de Estados Unidos. Los países cuyo presupuesto dependen del turismo verán desmoronarse sus ingresos.

Sin embargo, “aún hay razones para el optimismo a largo plazo. Todo depende de que logremos impedir el comienzo de un ciclo negativo en el ámbito doméstico y global. Esa es la gran tarea y la gran incógnita”, señaló Gene Sperling, que fue consejero económico del presidente Bill Clinton (1993-enero 2001).

El FMI redujo su previsión de crecimiento económico mundial para este año de 3,2 por ciento, la tasa que había calculado en abril, a 2,6 por ciento, frente al resultado de 4,8 por ciento en el 2000.

El pronóstico para el mundo en desarrollo es de un aumento este año de 4,3 por ciento, ante 5,8 por ciento el año pasado.

En cuanto a la expansión de América Latina, caerá de 4,2 por ciento en 2000 a 1,7 por ciento este año, debido fundamentalmente a la crisis financiera de Argentina y a la crisis energética y política de Brasil.

Antes de los ataques contra Nueva York y Washington, los economistas creían que la recuperación de Estados Unidos se produciría para Navidad. Ahora, “el primer cuatrimestre del año próximo puede ser el punto de inflexión”, dijo Sperling.

El fantasma de Vietnam recorre Afganistán

JIM LOBE

Corresponsal de IPS en Washington.

La guerra que se apresuró a declarar el presidente de Estados Unidos, George W. Bush, tras los atentados terroristas del 11 de septiembre, parece flaquear en varios frentes.

En la actualidad, Washington muestra más preocupación por los envíos postales con esporas de ántrax en su territorio que por la campaña militar en Afganistán contra el régimen fundamentalista islámico del movimiento Talibán y el saudita Osama Bin Laden, a quien acusa de los ataques en Nueva York y Washington.

La guerra no va bien. Una semana después de iniciados los bombardeos contra Afganistán, el comando militar estadounidense afirmaba que habían eliminado la capacidad de combate del Talibán, pero dos semanas después admitió que está “sorprendido” por la tenacidad de sus adversarios.

El Talibán ha ganado confianza desde que comenzaron los ataques, el 7 de octubre, sostienen expertos y dirigentes de la afgana Alianza del Norte, que combate desde hace años contra el Talibán y coordina en la actualidad sus operaciones con Washington.

Antes del comienzo de los bombardeos, funcionarios estadounidenses habían predicho que los comandantes del Talibán desertarían cuando estuvieran bajo presión militar y recibieran ofertas de poder y dinero de los servicios de Inteligencia del país.

Eso conduciría a la caída del régimen del Talibán a fines de octubre, o a lo sumo a mediados de noviembre, cuando comenzará el Ramadán, mes santo musulmán, afirmaron. Sin embargo, en las últimas tres semanas de octubre no hubo desertiones. Esa es una de las razones por las cuales la Alianza del Norte no logra capturar la septentrional ciudad de Mazar-i-Sharif, cuya caída en los primeros días de la campaña habían pronosticado los estrategas estadounidenses.

“Cuanto más se prolonguen estos ataques, más gente se pondrá del lado de Talibán para defender a su país”, sostuvo Barnett Rubin, especialista en asuntos afganos y profesor de la Universidad de Nueva York.

La mayoría de los analistas en Estados Unidos estiman que la resistencia Talibán se prolongará al menos hasta el comienzo del Ramadán, cuando

Estados Unidos deberá cesar los bombardeos si no desea causar protestas sociales que desestabilicen a gobiernos musulmanes aliados.

Esa advertencia fue formulada por el presidente de Egipto, Hosni Mubarak, y el de Pakistán, Pervez Musharraf, entre otros.

Además, la caída de bombas sobre zonas residenciales y depósitos de la Cruz Roja en Afganistán hace que Estados Unidos pierda una batalla moral ante la comunidad internacional, pese a sus desmentidos y las disculpas.

Organizaciones no gubernamentales humanitarias han criticado con severidad esos hechos. Human Rights Watch (HRW), con sede en Estados Unidos, informó que por lo menos 23 civiles, en su mayoría niños y niñas de poca edad, murieron debido a bombas estadounidenses en la aldea de Thori, cercana a una base militar del Talibán.

Amnistía Internacional, con sede en Gran Bretaña, pidió a Washington que deje de arrojar sobre territorio afgano bombas de dispersión, que causan heridas y mutilaciones a civiles.

Las terribles imágenes de la destrucción de las Torre Gemelas de Nueva York, donde murieron unas 5.000 personas el 11 de septiembre, son reemplazadas en los medios de comunicación por las de aldeas devastadas y familias destrozadas en Afganistán.

La difusión de esas imágenes hace cada vez más difícil para Washington persuadir a los musulmanes del mundo de que la guerra en curso no es contra el Islam, sino contra un pequeño grupo de terroristas.

Ya está claro que esta campaña militar no será como las de Panamá, Iraq y Kosovo, que en los últimos 12 años ayudaron a Estados Unidos a olvidar la humillación padecida en Vietnam (1960-1975).

El amargo recuerdo de Vietnam aún no se impone con toda su fuerza en la opinión pública, pero esta guerra lo evoca en algunos aspectos.

Como Vietnam, Afganistán es sobre todo un país agrario, muy pobre y descentralizado, todo lo contrario a un “escenario rico en objetivos”, según la jerga del Pentágono (Ministerio de Defensa).

Aún hay grandes diferencias, porque Washington evita cuanto puede estacionar tropas en Afganistán, y no ha empleado todo su poderío aéreo.

Sin embargo, políticos estadounidenses de extrema derecha lamentan que la situación es igual a la de Vietnam en el sentido de que la acción militar es acotada por la estrategia política, que procura ante todo articular una amplia coalición capaz de asegurar la estabilidad futura de Afganistán.

Eso impide que las fuerzas armadas aniquilen al ejército talibán para permitir que la Alianza del Norte, representante de minorías étnicas tajikas,

uzbekas y hazaras, se tome Kabul e instale un nuevo gobierno, que excluiría a la mayoritaria etnia patán (pashtún), predominante en el Talibán.

“La prioridad es atacar a Bin Laden y al Talibán. Dejemos el fastidio de preocuparnos por el próximo gobierno y concentrémonos en ella”, sostuvo Gary Schmitt, director del derechista Proyecto para un Nuevo Siglo Estadounidense, cuyos miembros ocupan altos cargos en el Pentágono y el Consejo Nacional de Seguridad.

Personas como Schmitt, dentro y fuera del gobierno, piden una campaña más agresiva, que deje de lado intentos de conciliar intereses a menudo contradictorios entre facciones afganas y países vecinos a Afganistán, como Pakistán, India, Rusia e Irán.

Esa demanda es similar a la que formulaban los llamados “halcones” durante la guerra de Vietnam, pero las “palomas” (sectores moderados) de Washington también levantan vuelo.

“¿Cuánto más continuará el bombardeo? Vamos a pagar un alto precio en el mundo musulmán por cada hora y cada día que continúe”, advirtió el presidente de la Comisión de Asuntos Externos del Senado, Joseph Biden.

Washington corre el riesgo de ser considerado en la región y en el mundo como “un matón tecnológico convencido de que puede hacer lo que quiera desde el aire”, advirtió, en un eco de agrios debates durante la guerra de Vietnam.

Las afirmaciones de Biden son significativas, por el cargo que ocupa en el Senado y porque siempre había defendido posturas agresivas en materia de política exterior.

Senadores del gobernante Partido Republicano acusaron a Biden de “consolar a los enemigos del país”.

Otro factor que hace recordar el pasado es la velocidad con que se agrieta la credibilidad del gobierno.

Eso se debe a afirmaciones prematuras sobre amenazas creíbles a la Fuerza Aérea en Afganistán, secreto sin precedentes sobre operaciones militares, desmentidos iniciales sobre bajas civiles, contradicciones sobre el ántrax y brusca desaparición de los sitios gubernamentales en Internet, la red mundial de computadoras.

Tales hechos, junto con el contraste entre la inicial confianza y la actual ausencia de progresos tangibles, recuerdan los tiempos de Vietnam, en los cuales se erosionó sin remedio la confianza de la población en la competencia y honestidad del gobierno.

INTER PRESS SERVICE (IPS)

Es la principal fuente mundial de información sobre los temas de seguridad humana, cuenta con el respaldo de una red de periodistas en más de cien países y enlaces con miles de medios de comunicación en todo el planeta. Fundada en Roma en 1964, como un puente entre los países del Norte y el Sur, IPS se expandió rápidamente, primero en América Latina, y luego en Norteamérica, el Caribe, África, Europa y Medio Oriente.

Es una organización no gubernamental estructurada como Asociación Internacional de Periodistas sin fines de lucro. En las Naciones Unidas tiene status consultivo Categoría 1 como ONG.

IPS brinda con independencia noticias internacionales y un servicio especializado de análisis de los procesos globales y sus consecuencias en el desarrollo de los países del Sur. Su red de noticias en la actualidad cubre alrededor de 100 países.

El servicio de IPS es distribuido diariamente en numerosos idiomas entre los que se destacan: alemán, inglés, kiwahili, noruego, español, sueco, finlandés, holandés y portugués. Ofrece además semanal o mensualmente boletines sobre inversión, ambiente, energía, población, integración, mujer, cultura, derechos humanos y ciudades. También elabora el suplemento *Tierramérica*, especializado en medio ambiente, que se distribuye en más de quince periódicos de América Latina.

IPS tiene una destacada especialización en noticias contextualizadas y focalizadas en procesos, más que en eventos específicos, identificando las tendencias para que estos hechos sean comprensibles a los lectores. IPS realiza a su vez una cobertura diaria desde el Sur, siguiendo los procesos en desarrollo y concentrando su atención en los actores no tradicionales.

Es también el primer servicio en publicar diariamente información sobre las Organizaciones no Gubernamentales (ONG), en especial, en las conferencias más importantes de las Naciones Unidas, a través del suplemento "Terraviva" publicado en las cumbres mundiales de Río de Janeiro, Viena, El Cairo, Copenhague y Beijing. De acuerdo con recientes estudios de la Association for Progressive Communication (APC), IPS cuenta con el principal resumen global de noticias para activistas de ONG en todo el mundo.

Para suscribirse al servicio de IPS envíe un e-mail a latam@ipsenespanol.org